

LOS AMANTES
DE LA
VIRGINIDAD

74

IDAD AUTO
CIÓN GENE



PQ6574

.V25

L5

C.10M

RALD

011666



1080022876

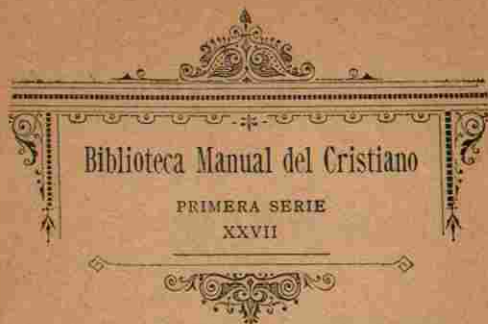


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOS AMANTES DE LA VIRGINIDAD

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Obras del R. P. Valencina

Cartas á Teófila sobre la vida espiri-
tual. 1 tomo.

Cartas á Sor Margarita sobre la vida
monástica. 1 tomo.

Historietas piadosas del peregrino de
la capucha. 1 tomo.

Soliloquios amorosos. 1 tomo.

Los Amantes de la Virginitad. 1 tomo.

LIRIOS DEL VALLE

ó

LOS AMANTES DE LA VIRGINIDAD

POR EL

M. R. P. Ambrosio de Valencina

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tallex



MEXICO

HERRERO HERMANOS EDITORES

Callejón Santa Clara to

Biblioteca Universitaria

1902

47762

PQ6594

V25

L5



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA PRELIMINAR



Cuatro ediciones se han hecho de la presente obra: la primera vez la publicó en artículos sueltos "La Revista Católica de Sevilla."

La novelita aparecía escrita por "El Peregrino de la Capucha," pseudónimo con que firmaba en su juventud el Padre Valencina casi todos sus escritos; tenía además un prólogo muy extenso, el cual se ha suprimido en estas últimas ediciones por las razones que se aducirán al fin del libro; y sólo se ha conservado de aquel prólogo el siguiente párrafo, lleno de gracejo, para que sirva de introducción á la obra.

011666

PROLOGO

Al piadoso lector

Este librejo se ha escrito para ti; lector devoto; y si no eres devoto ni piadoso, dígame desde ahora que lo sueltas, como cosa que no te pertenece; mas si no quieres hacerme caso y te empeñas en leerlo, dejaré por cortesía que satisfaga tu curiosidad, para no exponerme á tener una bronca contigo. Y puesto que para entretenerte coges en tus manos una novela, dichó se está que serás persona desocupada y curiosa, sobre todo si eres mujer, y por consiguiente que desearás ver algo de lo que en él se contiene, pero ¿y si después no te gusta? ¿No valdrá más que lo dejes? ¿No quieres dejarlo? ¡Pues allá tú! Ahí lo tienes con libertad para que lo leas, si te gusta; ó lo sueltas, si te desagrada; que yo por mi parte quedo tan satisfecho de lo primero como de lo segundo. ¡Adiós!

LIRIOS DEL VALLE

ó LOS

AMANTES DE LA VIRGINIDAD.

CAPITULO I

Machacar en hierro frío

A dona Fernanda le parecia muy puesto en razón que la menor de sus hijas, recién llegada del colegio, donde había pasado cuatro años y cumplido quince, estuviera encaprichada con las monjas que le sirvieron de maestras y enamorada de la vida del claustro, como ella decia; pero á su marido, que tenia sobre la chica planes más egoistas y miras algún tanto interesadas, le irritaban aquellos caprichos y le sentaba malísimamente el ver que su hija había salido del convento inclinada á la vida religiosa. La madre se deleitaba oyéndola contar los propósitos que traía, y el plan de vida que había de adoptar: acostarse temprano y madrugar mucho, para hacer

PROLOGO

Al piadoso lector

Este librejo se ha escrito para ti; lector devoto; y si no eres devoto ni piadoso, dígame desde ahora que lo sueltas, como cosa que no te pertenece; mas si no quieres hacerme caso y te empeñas en leerlo, dejaré por cortesía que satisfaga tu curiosidad, para no exponerme á tener una bronca contigo. Y puesto que para entretenerte coges en tus manos una novela, dichó se está que serás persona desocupada y curiosa, sobre todo si eres mujer, y por consiguiente que desearás ver algo de lo que en él se contiene, pero ¿y si después no te gusta? ¿No valdrá más que lo dejes? ¿No quieres dejarlo? ¡Pues allá tú! Ahí lo tienes con libertad para que lo leas, si te gusta; ó lo sueltas, si te desagrada; que yo por mi parte quedo tan satisfecho de lo primero como de lo segundo. ¡Adiós!

LIRIOS DEL VALLE

ó LOS

AMANTES DE LA VIRGINIDAD.



CAPITULO I

Machacar en hierro frío

A dona Fernanda le parecia muy puesto en razón que la menor de sus hijas, recién llegada del colegio, donde había pasado cuatro años y cumplido quince, estuviera encaprichada con las monjas que le sirvieron de maestras y enamorada de la vida del claustro, como ella decia; pero á su marido, que tenia sobre la chica planes más egoistas y miras algún tanto interesadas, le irritaban aquellos caprichos y le sentaba malísimamente el ver que su hija había salido del convento inclinada á la vida religiosa. La madre se deleitaba oyéndola contar los propósitos que traía, y el plan de vida que había de adoptar: acostarse temprano y madrugar mucho, para hacer

media hora de oración y oír misa por las mañanas; rezar el rosario por las tardes con las criadas, para enseñarlas á ser buenas, y por la noche recogerse pronto para hacer examen de conciencia y otra media horita de oración: y luego, echándose al cuello de su madre y hablándole muy bajito al oído, añadía que observaría ese método, mientras estuviera en casa, porque ella tenía el firme propósito de ser religiosa. Esto, dicho en un tono confidente y en medio de mil besos y caricias, embelesaba á doña Fernanda que acababa siempre abrazando á su hija y diciéndole con el tono más alto del entusiasmo y del cariño: ¡Eres un ángel! ¡Vida mía! ¡Cielo mío!

El padre, por el contrario, cada vez que observaba aquellas confianzas de hija y madre, se ponía de mal humor, y hasta le sacaba de tino el pensar que los caprichos monjiles de la muchacha podían destruir sus proyectos. Semejante á ciertos médicos que todas las llagas quieren curarlas quemando ó cortando, el mal aconsejado padre trató de curar radicalmente y de una vez lo que llamaba manía de su hija. Esta, sin contar con la huésped, y creyendo encontrar en él el mismo recibimiento que en su madre, deseaba comunicarle también sus resoluciones; pero el padre deseaba mucho más que ella la tal comunicación, para

echarle una riña tremenda y sacarle de la cabeza por fuerza ó de grado la grandísima tontería de querer ser monja.

Un día que ella estaba preparando ciertas piezas para vestirse de "religiosa," y dar á su madre una sorpresa, en el momento mismo en que acababa de ponerse una que le servía de toca, entró su padre malhumorado, y al verla mudó de color y dió evidentes muestras de enfado. La pobre niña se arrancó de pronto aquel traje postizo, y se acercó tímidamente hacia su padre preguntando: Papá, ¿no le gusta á V. que sea monja?

—¡No y no!—respondió él seca y desabridamente.

—Pues yo quiero ser religiosa.

—¡Religiosa tú! ¿monja una hija mía? ¡qué disparate!

—Pues yo quiero ir al convento de las Reparadoras.

—¡Pues no irás, aunque te mueras!

—¡Pues sí que iré, si Dios quiere!

—¡Calla, insolente! ¿Eso es lo que has aprendido en el colegio? ¿Ese es el fruto que yo recojo de los miles que he gastado en tí? ¿Para eso confié yo tu educación á esas monjas hipócritas y especuladoras? ¿Para que te arranquen de mi lado con un gran dote y te hagan vestir el maldito velo, amargando mis últimos años, y turbando la paz de mi casa?

Y no tendré yo razón para ir y poner como un trapo á esas. . . .

Aquí, sudando de coraje y balbuceando de rabia, se le escapó á mi hombre una palabra disonante. Su hija, toda afilida, no sabía lo que le pasaba, ni á cuál de sus dolores soltar las riendas; pues de saber que tres cosas le dolían en esta ocasión: la indignación de su padre, el desprestigio de sus maestras y el verse contrariada en lo que jamás pensó hallar oposición. Mas impulsada por los nobles instintos de su corazón y olvidada de sí misma, acercóse á su padre, y con profundo dolor, pero con santa energía, le dijo:

—Las monjas no han influido en mi determinación, y buena prueba de ello es que no quiero ir al convento donde me han educado, sino á otro que nada tiene que ver con él. No son las religiosas las que me llevan, sino Dios que me llama; es el claustro que me tira y me atrae; es el mundo que me espanta, me horroriza y me obliga á huir de él y á encerrarme en una celda. Si usted no me da licencia para entrar en convento, tendré que resignarme hasta que Dios quiera ablandar el corazón de V., ó esperar hasta que sea mayor edad, si antes no me proporciona el Señor lo que necesito para obedecer á su divina voluntad.

—¡Soberbia! ¡Mala hija! ¡Miserable!

—gritó él, levantando la mano como si le fuera á pegar.—¿Amenazas á tu padre? ¿A tu padre lecciones? ¿Esa es la humildad, esa la obediencia y el respeto que te han enseñado aquellas brujas con tocas? ¿No te avergüenzas de rebelarte contra mí, y decirme en mi cara que serás monja á pesar mío, aunque yo no quiera, el día que salgas de la patria potestad, si por fortuna no reviento antes?

—Yo no he dicho eso, contestó ella azorada.

—¡Calla, bribona!—repuso él furioso, dando violentamente en la cara con el puño vuelto á la pobre chica, que hizo grandes esfuerzos para no romper á llorar.—¡Calla, bribona! y quitate de mi presencia, si no quieres que haga contigo una locura. ¡Yo te aseguro que te he de sacar de los cascos esa manía, y esos necios caprichos con que te han entontecido aquellas holgazanas: hipocritonas!

La pobre muchacha se abogaba. No era ya la indignación de su padre, ni el desprestigio de las religiosas, ni el verse contrariada en su vocación lo que más le apenaba; más que todo eso le atormentaba el pensar que su padre no sería un buen cristiano, puesto que hablaba mal de las religiosas y se oponía al llamamiento divino que ella sentía en su

alma. Desgarrado su corazón con este cruel pensamiento, quiso hablar y no pudo, porque un sollozo amarguísimo le ahogó la voz en la garganta; los ojos se llenaron de lágrimas y cayó de rodillas ante un magnífico cuadro del Corazón de Jesús que allí estaba.

El padre aprovechó aquellos solemnes momentos, y tomando á su hija de la mano le preguntó con tono imperioso:

—¿Te arrepientes de haberme ofendido?

Y ella, cogiendo con sus manos la de su papá y llenándosela de besos y lágrimas, y mirándole con ansiedad y con mucha pena, respondió: —Si le he ofendido, con todo mi alma pido á V. que me perdone; pero las monjas no son

El la interrumpió tirándole de la mano y añadiendo con viveza: —¿Haces propósito firme de enmendarte y no darme otro disgusto?

—Mi vida daría yo por no disgustar más á usted; pero las monjas no

—¡Calla y dime! me serás obediente en todo lo que te mande?

—Sí, papá, siempre y en todo lo que yo pueda, pero las

—¿Y me prometes dejar esa manía de querer ser monja para vivir siempre á mi lado?

La heroica joven se puso en pie, al parecer tranquila y mudada; las fuentes

de sus ojos se secaron de repente, y con ademán tan humilde como sereno, contestó: —Papá, eso no puedo; Dios me llama para sí, y yo debo ser de Dios.

—¡Fanática! —volvió á gritar su padre otra vez enfurecido; y empujándola con aire hacia la puerta, añadió, rechinando los dientes: Vete de aquí y ten entendido que como te echo de este cuarto te echaré de casa si no desistes de tu capricho.

—Entonces —dijo ella desde afuera— entonces, levantando los ojos al cielo podré decir con verdad lo que dijo San Francisco en igual caso: Padre nuestro que estás en los cielos. Y estoy segura que aquél padre no me abandonará.

—¡Canalla! vociferó él, viéndose de este modo vencido por su hija: la sangre se le subió á la cabeza, y cogió una silla para tirársela á tiempo que ella se encerraba en la habitación inmediata, diciendo con muy humildad: Pero, papá, ¿á quién se debe obedecer primero, á Dios ó á los hombres? Júzguelo usted, papá, y verá cómo se tranquiliza.

La pobre chica tenía razón; pero ¿de qué sirven las razones á un hombre encolerizado que no las quiere comprender? En fin, él viendo que ya no podía desahogar el enfado con su hija, se fué á buscar á su esposa que no sabía lo

que pasaba, y con ella sostuvo algo impaciente este interesante diálogo:

—¿Sabes lo que pasa, Fernanda? No he matado á tu hija, porque se ha encerrado en tu cuarto.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Que tu hija me ha faltado. Le he hablado con la confianza y el cariño de padre y me ha dicho, ¡pásmate! me ha dicho con muchísimo desparpajo y con una insolencia digna de que la hubiera abofeteado que fanática!

—¿Qué, hombre, qué? ¿Quieres acabar de decirme lo que te ha dicho?

—Que quiere ser *monja*. Que quiere ser Adoratriz.

Y eso es todo lo que te ha dicho?

—Pues, ¿qué más podía decirme? Hasta me ha insultado diciéndome que será monja por encima de mi cabeza.

—Vamos, hombre, no seas tan impetuoso. ¿Qué cosa más natural que una niña que ha pasado unos cuantos años en un colegio, educada por unas religiosas, quiera ser como sus maestras? ¿No comprendes que hasta hoy no ha habido para tu hija nada más bonito que una monja? ¿Qué extraño, pues, que quiera serlo? Déjala decir y rezar y señalar con su velo, y su hábito, y la paz del claustro, y la antesala del cielo, como ella le dice. Poco á poco se le irá pasando todo eso. No tengas pena, hombre; que

si es cosa de la naturaleza y no de la gracia, si es capricho suyo y no vocación divina, pronto perderá ese barniz místico que ha sacado del colegio; y si es obra de Dios en vano nos opondremos á ella porque Dios la realizará á pesar nuestro.

—¿Pero no ves que si se empeña en ser monja, vamos á quedar en el más completo ridículo? ¿Qué diría entonces la familia de Valdelirios?

—¡Bah! que no sería la primera que por consagrarse á Dios renunciaba una pingüe fortuna y una boda brillante.

—Me gusta la frescura. Yo no puedo permitir semejante cosa.

—Pues mira, el mejor remedio que hay para eso es dejarla decir y hacer.

—Pues no la dejaré.

—Pues, si no la dejas, no harás otra cosa que machacar en hierro frío y ser causa de que la chica se empeñe en ello. Si antes le enamoraban sus monjas por las caricias y regalos que le prodigaban, al verse ahora contrariada y maltratada en su casa, deseará perderla de vista para volver al convento. El único modo que hay de arraigar en ella la manía religiosa es que te tome por un mal cristiano que quieres quitarle su vocación y sus ideas religiosas; porque entonces aborrecerá la casa y estará siempre suspirando por el convento.

Aquí reconoció el marido que su mujer tenía razón, y que el procedimiento por él empleado había sido contraproducente. Entonces comenzó á decir en su interior: Esto se llama ir por lana y salir trasquilado. Bueno, en adelante emplearé otro método: que haga lo que quiera.

Doña Fernanda, que leía estas reflexiones en el semblante de su esposo, terminó diciéndole: Vaya, quédate tranquilo, y déjala soñar con sus monjas, que yo cuidaré de ella.

—Bueno, cuida tú de ella.

¡Ella! ¿Pero quien es ella?—te habrás preguntado tú más de una vez, pacientísimo lector, durante este capítulo. Pues si quieres saberlo, sigue leyendo que voy á satisfacer tu curiosidad en el siguiente.



CAPITULO II

Quién era ella.

ELLA era hermosa como la sonrisa de un ángel, bella y encantadora como las alboradas de Mayo. Tenía por nombre Inés, palabra que en su original latino significa ovejita.

Predestinada esta ovejita de Dios para reinar entre las vírgenes sin mancha, supo conquistarse aquella inmortal corona con su santa vida, vida tan angelical como llena de misterios.

Según los datos, que yo tengo recogidos para escribirla, antes que Inés hubiera visto por vez primera la dulce luz de los cielos, un día oyó su Madre en el fondo de su alma estas palabras misteriosas: "Conságrame ese fruto de tus castos amores, porque para mí la quiero."

La afortunada madre no dudó que aquellas palabras expresaban un deseo del Corazón divino de Jesús, y le consagró la hija de sus entrañas, apenas vino al mundo.

La niña crecía al lado de su buena madre como flor en templado invernadero, como arbusto plantado en las márgenes de un río: sus pensamientos eran flores de virtud, y sus obras frutos de santidad.

Los ángeles fabricaron en el corazón de Inés un nido de amores, de amores divinos; y ella moraba en su nido abstraída por completo de las cosas de la tierra.

Muchas noches tenía la joven Inés sueños de gloria, y en sueños la visitaba un ser divino envuelto bajo un velo transparente y misterioso.

Una noche la dijo: "Hija mía, dame tu corazón, porque para mí lo he criado; si me lo entregas serás dichosa con dicha incomparable, sin que nadie pueda menoscarla, ni apartarte de mí lado, porque donde tú estés, estará siempre el Amado de tu alma. Dime, Inés, ¿quieres ser esposa mía?"

El júbilo inundó el alma de Inés, como inunda los campos el torrente desbordado que se desprende de los montes, y quiso contestar con los labios, pero como estaba dormida no pudo hacerlo.

En cambio un suspiro amoroso salido del fondo de su alma, dió al misterioso personaje respuesta afirmativa; y éste desapareció diciéndole como el ángel

del Apocalipsis: "Seme fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida."

Desde entonces comenzó Inés á sentir hastío de las cosas de la tierra, y deseos inefables de las cosas del cielo: los sentimientos de su alma eran tiernos, como el tallo de las plantas, y puros, como las gotas de rocío que cuelgan de las flores.

Nunca recordaba aquel sueño venturoso, sin que acudiera á su mente la celda solitaria, el retiro del convento y otras mil imágenes seductoras que veía oscilar su fantasía bajo las bóvedas del claustro. Este es, se decía, éste es el palacio de mi Amado, ¿quién pudiera volar de él!

Sus deseos no tardaron en cumplirse, porque á los once años entró Inés en un convento, donde estaba una tía suya, hermana de su padre, el cual (lo diremos de paso) vió con sumo gozo la entrada de su hermana en el monasterio, por lo mismo que le dejaba á él único heredero de las riquezas de sus padres: aunque á decir verdad, Inés no entró precisamente en el convento, sino en un colegio de educandas que las monjas tenían allí, contiguo á la clausura. En él eran educadas las jóvenes que entraban, no á la francesa, como suele pasar en otros centros de enseñanza, sino puramente á la española, con lo cual logra-

ban las religiosas formar doncellas punzonosas y recatadas que odiaban la coquetería; esposas de costumbres intachables, tan recogidas como las mismas doncellas; madres que sabían apreciar su santa dignidad y amaban las faenas y el retiro de sus casas, como ama la tórtola el nido donde duermen sus polluelos.

Cuatro años estuvo Inés en el colegio: y cada vez que su padre la sacaba á veranear, durante las vacaciones, le parecía la chica muy compuestita y muy mona. Era muy bien mandada, eso sí, pero alegre como unas castañuelas, cantadora como un grillo y traviesa como una mariposa. Así es que nunca le pasó por el pensamiento que Inés quisiera ser monja; pero sí pensó muchas veces que podía ser la esposa del conde de Valdelirios. Esta idea le halagaba tanto, y podía tanto con él eso de tener una hija *condesa*, que este pensamiento fué la ilusión de toda su vida. Por otra parte esa ilusión no carecía de fundamento, porque el condesito de Valdelirios parecía estar prendado de Inés.

Ella, no obstante, pensaba de otro modo, y por diela suya el último año que pasó en el convento hizo los ejercicios espirituales de San Ignacio en compañía de su tía; y en ellos conoció claramente que Dios la llamaba para sí. La

vida del mundo, que apenas había gustado en los meses de veraneo, le daba miedo, le horrorizaba, y todas las potencias de su alma la impulsaban hacia Dios con dulce violencia. No sabía los designios de su padre; pero le parecía que había de oponerse enérgicamente á su resolución. Ir á su casa le espantaba, porque era ponerse en las garras del mundo que procuraba rendirla y hacerla suya; y por eso escribió á su padre, notificándole su resolución, para que no fuese más por ella. La contestación que recibió fué, ver entrar á la señora Prudencia, el ama de llaves, que venía de parte de su padre á sacarla del convento y llevarsela, con el pretexto de que la viruela invadía la ciudad donde el convento radicaba, y él quería irse con toda su familia á respirar el aire puro de las montañas á una de sus magníficas propiedades.

Inés fué recibida en su casa con mucho entusiasmo y alborozo. Desde su padre, hasta la última de sus criadas, todos se miraban en ella. Suele decirse que no hay quince abriles feos; y los de Inés no solamente no eran feos, sino que eran los más hermosos que imaginarse pueda. Alta, esbelta, airosa y agraciada parecía hecha de encargo por la madre naturaleza, para mostrar hasta dónde puede llegar la hermosura exte-

rior del bello sexo. A estas relevantes dotes unía Inés unos modales finísimos, una prudencia extremada, una humildad sin límites, y, sobre todo, una modestia tal, que nadie ponía en ella los ojos sin sentirse de repente inclinado á la virtud.

Cuando llegó á su casa, distribuyó sus ocupaciones con la misma regularidad que las tenía en el colegio, y esto fué lo que empezó á disgustar á su padre, que deseaba verla brillar en el mundo. Nada más ajeno de Inés que este deseo de su padre, y como él quería que su hija se dejase de monjas é hiciera su voluntad, un día que estuvo mal humorado, sin pararse en pelillos, fué á buscarla, y con formas impropias y descompuestas le habló y le amenazó tan de mala maza que, como ya se dijo, fué por lana y salió trasquilado; es decir, confirmó más á su hija en la manía que él quería quitarle.

Pasada aquella triste escena y serenados los ánimos, Inés fué á pedirle perdón á su padre, antes que anocheciera; y él, que no tenía el corazón ni insensible ni duro, al ver la hija á sus pies postrada, pálido el semblante y los ojos llorosos, estuvo á punto de romper á llorar como un niño y sintió impulso de pedirle perdón á ella por el másimo rato que le había dado. Era la primera vez que veía una persona á sus pies, haciendo un acto de hu-

mildad profunda, y como las almas generosas imitan lo bueno que ven, la suya se humilló también, cuanto como padre podía humillarse, levantando á su hija del suelo y consolándola. Constante en su propósito de emplear un método distinto con ella, comenzó á llenarla de caricias, diciéndole al mismo tiempo que no le gustaba oírle hablar de monjas ni conventos, porque ya no era una niña, sino una mujer hecha y derecha, y debía tener más altos pensamientos, fijando su vista en el porvenir. Aquella conferencia fué tan suave y dulce, como brusca y amarga había sido la anterior, hasta que por fin hija y padre la terminaron, ella repitiendo muchas veces: Papá, no me niegue usted esa gracia; y él contestándole otras tantas: Hija, no me hables tú de eso; sin que sepamos hasta hoy cuál fué de los dos, el último en pronunciárselas.

Ella, sin embargo del cariño que de allí en adelante vió en su padre, y no obstante el delirio con que su madre la amaba, vivía ansiosa de abandonar la casa paterna, que miraba como á cárcel, y volar al convento, donde esperaba gozar la libertad de las esposas de Cristo. Dos veces, además de aquella, había vuelto á declarar los deseos de su alma al distraído padre, y otras dos había recibido la misma cruel negativa. — ¿Tú

monja? ¡Ingrata! ¿Tú abandonar á tu padre? ¡Jamás! ¡Ni pienses tal cosa, ni me hables más de eso!

Y aquí volvían los dos á su antiguo estribillo:

—Papá, no me niegue V. esa gracia.

—Hija, no me hables tú de eso.

—Papá, no me lo niegue V.

—Hija, no me lo pidas tú.

Y así porfiaban hasta que Inés cedía.

La pobre joven ahogaba en silencio sus penas y esperaba confiada que, siendo su vocación obra de Dios, Dios terminaría la obra que ella había comenzado, y con esta esperanza empezó á vivir tranquila en casa, amando mucho á su padre.

—Y dale con el padre, canario! ¿Quién era ese hombre? ¿Cómo se llamaba?

Vamos, lector discreto, ten paciencia, que de seguida lo vas á ver.



CAPITULO III

Quién era él, con otras cosas necesarias para la buena inteligencia de esta historia.

PUES nuestro hombre, lector amigo, llamábase Agustín. Y no vas á creer que es un mal cristiano, porque lo has visto maltratando á su hija sin razón, y diciendo peste de las monjas; que todo eso fué efecto de un acaloramiento, de una de tantas debilidades como el hombre tiene. Es verdad que él no es un católico ferviente y práctico, es decir, un católico íntegro; pero tampoco es malo del todo. A nadie mejor que á él le cuadra el sobrenombre de moderado, porque en materias religiosas es grande amigo de la moderación. No le disgustan los sermones ni las funciones de Iglesia; pero debe tener, á lo que parece, una teología muy cómoda para su uso particular, porque á fin de no alarmar á ningún partido, hace poco ca-

so de las doctrinas de la Iglesia y de las enseñanzas del Papa. Es el *hombre de orden*, morigerado y de buenas costumbres; quiere que le tengan por honrado y hasta por bueno; pero no por beato. En materia de piedad no aspira á mucho; en política se conforma sin dificultad con los hechos consumados, y se incomoda fácilmente con la intransigencia de los pícaros íntegros. Es, además, partidario del justo medio, y aprueba con toda su alma el presente orden de cosas, por aquello de que el siglo XIX no es el siglo XVI, y por aquello otro que el adagio dice: "Del lobo un pelo..."

Por estas señas tan marcadas, ¿no conoces todavía quién es nuestro hombre, distraído lector? Pues entonces, dígame con franqueza que eres muy cándido y que te fijas poco, porque el tipo que te he presentado abunda por desgracia en estos calamitosos tiempos. Pero, en fin, para completar el retrato, te diré que Agustín es un rico propietario de trato muy sencileo, enemigo del bullicio de la ciudad, y muy amigo de la vida del campo tan dulcemente cantada por Fr. Luis de León. Aunque tenía casa en Sevilla, gustábase pasar gran parte del año en una hermosa hacienda ó quinta que poseía en el Condado de Niebla. La quinta, cuyo término era muy vasto, contenía dentro de la cerca (además de

su gótica capilla,) un lugar espacioso, su molino de aceite y una huerta deliciosa. A esta propiedad se había trasladado con su familia, huyendo de laviruela, pocos días después que Inés salió del colegio.

Esta, siempre amiga del retiro, se había hecho formar en el interior de la huerta una estrecha cellita, donde se retiraba á leer, á rezar sus devociones y hacer su oración; oración en la que Dios le comunicaba dulzuras inefables, consuelos divinos, que aumentaban su hastío del mundo y sus deseos de morar en el claustro.

Una tarde que salió de la oración emocionada, se sentó en la huerta bajo un corpulento y florido naranjo, de aquellos que perfuman el ambiente en las béticas praderas.

Sus ojos hermosísimos, que tenían el color de un cielo sin nubes, derramaban copiosas lágrimas; y sus labios, hechos al parecer con hojas de amapolas, dejaban escapar de su pecho un hondo suspiro.

¡Ay! ¡murmuraba aquél ángel de la tierra! ¡Ay! ¡si mi padre me dejara ir al convento para consagrar en él mi corazón al dulcísimo Jesús! ¡oh, dicha negada á mis deseos! ¡oh, felicidad por la cual lloro inútilmente! ¡oh, que desgracia, ser tan querida de un padre, que no me quiera toda para Dios!

Así expresaba Inés su sentimiento á tiempo que el sol se ocultaba, escondiéndose entre los olivos que tan frondosos crecen en aquél fértil suelo de Andalucía. El labrador soltaba sus bueyes, el campesino dejaba sus afanes y todos volvían alegres á su hogar á gozar del descanso de la noche. Las aves daban el último adiós á la luz del día; el cordefito retozaba inguetón en el prado, aprovechando el crepúsculo vespertino; el perro ladraba alegremente; el ruiseñor escondido en la enramada soltaba al aire algunas notas sueltas, como si quisiera ensayarse para los divinos conciertos con que obsequia á la Inmaculada en el mes de las flores; y estas exhalaban de su pequeño cáliz una fragancia embriagadora, la que unida á la hermosura del cielo, á la suavidad del clima, á la transparencia de una atmósfera brillante y al canto del ruiseñor, hacía de la huerta de Inés un trasunto del paraíso.

Las campanas del vecino pueblo dejaban oír á lo lejos un eco grave, solemne, meditabundo y sonoro, invitando á la oración; y el campesino, que conserva su fe pura, como el aire de sus campos, se quitaba el sombrero y con la cabeza descubierta se paraba á rezar en medio del camino.

Al oír la campana, Inés se levantó también á rezar el *Angelus*.

No bien lo había terminado, cuando vió venir, corriendo hacia ella, al perrito de casa, meneando la cola y haciéndole fiesta. Inés lo acarició, y mientras le pasaba la mano por el cuello le decía: Leal, ¿vienes á decirme que papá vuelve del campo? Pues vamos á recibirle; y el perro, saltando de gozo, cual si la hubiera entendido, tomó la delantera y la guió á la puerta principal, que daba frente á un magnífico paseo.

Por él venía Agustín, con su escopeta al hombro, satisfecho de haber visto el ganado en aumento, las mieses sazonadas y los trabajadores contentos de su amo, á quien llamaban á boca llena el padre de los pobres. Traía en su compañía á su hijo Jacinto, joven de bella postura, muy amante de su padre, y tan despejado para resolver una duda en el bufete, como listo para dirigir en el campo un apero de labranza.

Quando vieron venir á Inés, su hermano se adelantó para ofrecerle un pájaro volantón que había cogido en el prado; y entonces Agustín se abandonó á un sentimiento indefinible mezclado de gozo, de gratitud y de orgullo. ¡Dios mío! decía, ¡soy feliz en cuanto puede serlo un hombre! He visto prosperar mis ganados y fructificar mis campos; veo las cañas del trigo inclinadas al suelo con el peso de las espigas, los olivos carga-

dos de aceitunas y las viñas prometiendo abundante cosecha; veo á mi Jacinto mostrarse digno de una dicha mayor que la mía, y ahora, al llegar á casa, donde me espera para cenar una esposa amada, me encuentro con mi Inés, con el ángel de mi casa, con... ¡ay! con un ángel del cielo, enviado por tí á mi hogar para hacer la felicidad de mi familia. ¡Oh, Dios mío! ¡no me prives de mi dicha! ¡No me castigues, si deliro por mi Inés!

Aquí se detuvo para saludar á su hija que se le acercaba, y en cuya frente depositó un tierno beso.

—Inés, le dijo después, ¿no te parece que tenemos sobrados motivos para bendecir á Dios? ¿Habría en España una familia que no envidiara nuestra dicha, si la conociera?

—¡Ay papá! En el mundo no hay dicha cumplida; siempre falta algo para ser una feliz.

—¿Qué te falta, Inés? Dímelo pronto y lo tendrás en la mano, aunque sea un brazaletes de oro ó una corona de perlas.

—No necesito tanto, padre mío: me contento con una corona de flores sobre mi toca blanca, después de haberme consagrado á Dios en el convento.

—¿Qué dices, Inés? ¿Tú siempre á la tuya! El convento que á tí te conviene es un palacio, y tu corona ha de ser

una corona conal. ¿No sabes que el conde de Valdelirios?.....

—¡No, papá—interrumpió Inés sin dejarle proseguir— si usted me ama, si desea mi felicidad, me ha de permitir que tarde ó temprano me retire á un monasterio.

—Bien, no hablemos de eso que me da pena; eres aún muy niña, y.....no parece sino que piensas que yo no te quiero, según pretendes alejarte de mi lado.

—¡Por Dios! ¡Papá! Ya sé que me quiere usted demasiado, mucho más que yo merezco, y esto me hace creer que me permitirá V. hacerme religiosa cuando sea mayor: ¿es verdad?

—Veremos, hija, veremos.

En esto entraban en la quinta, donde las criadas afanosas, por orden de la señora, preparaban la mesa para la cena debajo del emparrado. Al verlos entrar hicieron á su amo un saludo respetuoso, y enviaron una amable sonrisa á la *Amante de la virginidad*; así llamaban á Inés.



CAPITULO IV

La prisión: Cuadro de costumbres andaluzas.

Diez minutos después se hallaba la familia de Agustín reunida en el cenador de las parras, situado en medio del jardín: allí comían en santa paz la exquisita caza que Jacinto había cogido aquella misma mañana en el soto de arriba. Agustín llenaba las copas de un vino más oloroso que el de Montilla, y su esposa separaba de su plato el pedazo más tierno de una liebre para Fernandito, el menor de sus hijos.

Terminada la acción de gracias, cada mochuero voló á su olivo: lués se retiró para hacer á solas una comunión espiritual, según lo prevenía el reglamento que con todo escrupulo observaba: Carmen, la hija mayor de casa, salió á juntarse con las criadas y las hijas de los colonos, que tramaban aquella noche una conspiración contra su ama: y Jacinto había empuñado ya su guita-

rra, y rasgueaba de firme sentado entre los rosales de la huerta. Sólo Agustín y su esposa permanecían en el cenador, porque hasta Fernandín había salido fuera, jugando con el perro. De repente paró el rasgueado de la guitarra y se oyó la voz de Jacinto vibrante y sonora, que lanzaba al aire esta copla:

Mis encantos son las flores,
Mi diversión la guitarra,
Y mis placeres mayores
Remediar una desgracia.

Una salva de aplausos estalló en la puerta del jardín, antes que Jacinto terminara la última nota. Eran los trabajadores de la quinta, que unidos á las criadas y capitaneados por Carmen, venían á prender á la señora: costumbre sencilla y divertida que tienen los andaluces, cuando sus amos son buenos y les inspiran esa confianza que es hija del respeto y del cariño verdadero. Estó pasaba el veintinueve de Mayo, y la esposa de Agustín se llamaba Fernanda, con lo cual damos al lector la clave para descifrar el enigma de esta prisión.

El grupo de aldeanos y criadas entró tumultuosamente en el jardín, llevando á Carmen por guía. ¿Qué habrá pasado? dijo Agustín, sin caer en la cuenta. ¿Qué

será eso? repuso doña Fernanda algo sobresaltada. ¡Ya! ¡ya! exclamó Agustín riéndose, y su risa llevó la calma al corazón de su esposa, que se vió como por encanto rodeada de colonos y aldeanos.

— ¡Dése usted presa! gritaban unos: ¡presa! contestaban otros: y entretanto la rodeaban de una larga faja que al efecto llevaban preparada.

La pobre señora no sabía qué hacerse y Agustín se reía de lo lindo, viéndola tan sitiada de aquellos que se decían alguaciles de la misericordia.

— ¡Vaya! gritaba Carmen, para hacerse oír entre todas: ¡no faltaba más! ¡que es mañana San Fernando, y que fuera la señora á pasar el día sin pagar lo que debe en obsequio de su santo!

— ¡A la cárcel, hasta que pague, contestaban los demás!

— Y que la redención del alma, añadía otro, ha de costar mucho, porque ella lo vale: con que ya puede D. Agustín preparar la bolsa.

— ¡No, no!— decía Agustín, tomando parte en la broma. Yo no la redimo, que la rediman sus hijos: bastante me ha costado ya; á la cárcel con ella! Y él mismo, asiéndola de la mano, la condujo con los hombres de la faja á un extremo del jardín, entre los vitores y aplausos de los trabajadores que mar-

chaban detrás de sus amos colmándolos de bendiciones.

Fernandín se había cogido á las faldas de su madre y haciendo coro con los demás gritaba: ¡á peso! ¡á peso! ¡á la cáce! ¡á la cáce! ¡Guau! ¡guau! ladraba el perro, como si quisiera contestar medio en francés á lo que el chico decía en mal español.

En esto llegaron al aposento que servía de invernadero en el jardín, y entre sus cristales dejaron presa á la noble y piadosa señora.

Nunca el invernadero estuvo tan lleno de flores como ahora, decía el hortelano, señalando á doña Fernanda. ¡Que saquen á la señora! gritaban las criadas: ¡que la rediman! decían los trabajadores. ¡Que se redima! ella contestaba Agustín.

— ¡Yo? ¡si no tengo en el bolsillo más que tres pesetas! ajustemos el precio del rescate, y que me dejen salir, que yo lo pagaré.

— ¡No! reponía Agustín, deseoso de alargar aquel rato de placer que disfrutaba el hermoso corazón de su esposa, con tan sencilla escena; no la dejen salir, que la rediman sus hijos.

— Que la redima el señorito que tiene muchos cuartos, decía Prudencia, el ama de llaves. ¡Mejor Inés! decían otros. ¡No, Inés, no! gritó desgañitándo-

se una pobre vieja. ¡Inés, no! Angelito mío: todo lo que tiene es para los pobres y para las viejecitas como yo. ¿Qué podrá ella dar por el rescate de su madre?

En esto llegaban Inés y Jacinto á tomar parte en la prisión de su madre. ¿Mamá, usted cautiva? le preguntaba riendo.

—Y que lo estaré hasta que entre los dos me redimáis.

—¿Y en cuánto está ajustado el rescate de mi madre?

—En lo que usted quiera, señorito!

—En lo que diga la señorita Inés!

—Pues yo doy por su rescate dos carneros de los mejores del rebaño, y una cántara de vino. Mañana muy temprano el capataz repartirá dos libras de carne y una botella de vino por familia, para que todos ustedes celebren el día de San Fernando á la salud de mi mamá.

—¡Bien, bien! gritaban los hombres. ¡Bendita sea su boca! decían las mujeres: ¡Es una santa! repetían los criados. Es el ángel de mi casa, decía Agustín emocionado y limpiándose una lágrima de gozo que habían arrancado de sus ojos los justos elogios tributados á su hija.

—Yo, añadió Jacinto, para remate de fiesta daré un puro á los trabajadores, y Carmen un pastelito á las mujeres.

—¡Bravo, bravo! ¡Que se ponga á la señora en libertad!

Inés abrió la puerta de la supuesta cárcel y con los brazos abiertos recibió á su madre. Al besarla ésta con delirio le dijo Inés al oído: A ver cuándo me saca usted de la cárcel en que yo estoy, y me da libertad para volar al claustro. Otro beso ruidoso fué la contestación que dió á su hija la buena doña Fernanda.

Los trabajadores, después de pedir á la señora dispensa por tanto atrevimiento, se despidieron de sus amos llenos de satisfacción. ¡Qué buenos son! decían por el camino, ¡qué buen humor tienen! Nos tratan no como á criados, sino como á parientes y amigos. Dios los bendiga y aumente sus riquezas para remedio de nuestras necesidades.

Jacinto por su parte había vuelto á su guitarra; Inés á su oración, Carmen á su tertulia. Los dos esposos emprendieron en el jardín un paseo, con esa dulce satisfacción que produce el socorro de una desgracia ó el placer de verse queridos de todo un pueblo.

—¡Qué buenos hijos nos ha dado el cielo! decía Agustín á su esposa.

—Sí; ellos son la alegría de nuestra casa, nuestro consuelo y el báculo de nuestra vejez.

—Pero, sobre todo, esa Inés, si los

ángeles tomaran alguna vez forma humana, yo creo que escogerían la de ella. ¡Oh! ella cerrará mis ojos; nunca consentiré que se aparte de mi lado.

—Pues qué, ¿tú crees que Inés será religiosa?

—Sí, que lo creo.

—¿Y en qué te fundas?

—En que Dios la quiere para sí; Dios la llama claramente, y nosotros no debemos oponernos á la voluntad divina.

—¿Cómo? ¿Y consentirás que se aparte de tu lado?

—Lo veré con pena; pero me conformaré, si Dios lo quiere. ¿Cuánto mejor estará ella en un convento rogando por sus padres, que no en un palacio, en poder de... no sabemos quién... que le hará víctima de sus caprichos?

Lo que toca esa joya no es digno ningún hombre de poseerla: sólo á Dios le entregaría yo de buena gana esa hija mía, aunque me costara el hacerlo torrentes de lágrimas. Porque si de todos modos, casada ó monja, se ha de separar de nosotros, ¿cuánto más vale dejarla en el claustro, llevando una vida angelical, que no sujeta al arbitrio de un hombre?

—Sí; todo eso es verdad, pero yo no puedo resolverme á decirle que sí. ¡Es tan joven todavía!

—Pues al menos no la hagas padecer

tanto: dale siquiera esperanzas. ¡Si tú vieras cuántas veces me la he visto en la capilla deshecha en lágrimas, pálida y amortecida por tus bruscas negativas!

—Mujer, ¿y qué quieres? la amo tanto, que no puedo sufrir que me hable de ¡monjío.

—Eso es, y por no sufrir tú un poco, haces que la pobre niña se consuma de penas, y se ponga más desmejorada cada día. Mira, ella quiere ir al Loreto para la Porciúncula y quedarse allí dos ó tres días con Flora, su amiga de colegio. Mira, que no se lo niegues.

—¿Tú la acompañarás?

—Iremos todos á ganar el jubileo.

Aquí interrumpieron su diálogo para escuchar de nuevo la voz de Jacinto que entonaba la última estrofa del himno vespertino.

Al acabarse este día.

¡Oh mi Dios! yo te bendigo,

Porque tu bondad divina

Me ha librado de peligros.



CAPITULO V

El Loreto.

SIGUIENDO la carretera que va de Sevilla á Huelva y dejando muy atrás el triste pueblo que sirvió de cárcel á Hernán Cortés, después de haber conquistado grandes imperios; pasada ya la cuesta que da su nombre á Castilleja, se entra en una hermosa llanura poblada de verdes olivos y fructíferas viñas. En medio de ella, sobre elevada meseta, se levanta entre cipreses un magnífico convento, célebre por el trágico suceso de la noble dama que lo fundó, y más célebre todavía por los santos y hombres ilustres que en él moraron. Este convento es el *Loreto*, el cual debe su nombre á una imagen de la Virgen de *este título*, aparecida en aquellos contornos, después de la reconquista.

Cuando la impía revolución del año *treinta y cinco*, entró á mano armada en los claustros, arrojando de ellos á sus indefensos moradores, los Padres del

Loreto se desparramaron por los pueblos comarcanos, donde eran amados entrañablemente. Allí, empleados en las funciones del santo ministerio, ejercieron la cura de almas y comunicaron á sus feligreses el amor y veneración que ellos profesaban á su antiguo monasterio. Nunca faltó en él algún padre que hiciera á la Virgen la guardia de honor, y cuidara de conservar los preciosos restos que perdonó el vandalismo de los liberales. Los demás venían de vez en cuando á visitar el santuario acompañados de sus parroquianos, en especial de aquellos jóvenes á quienes instruían en los rudimentos de la lengua latina, para poder estudiar después más fácilmente la carrera eclesiástica.

Por este medio vinieron á conocerse y relacionarse todas las familias buenas de los lugares circunvecinos, y el Loreto llegó á ser el punto céntrico, donde convergían en días determinados todos los aspirantes al sacerdocio. ¡Oh! ¡cuántos, rodeando la tumba del Padre Manolito, enviábamos su virtud y referíamos los milagros que de él se contaban! ¡Cuántas horas pasé rezando en el estrecho aposento en que durmió San Diego de Alcalá, y en la celda que habitó San Francisco Solano, el Apóstol del Perú! ¡Cuántas veces paseé aquellos hermosos claustros al lado del

P. Miguelito, muerto en olor de santidad, y cuya memoria es bendita por las dos generaciones que le conocieron! ¡Cuántas gracias me concedió el cielo en aquel santo retiro por medio de sus antiguos moradores! Séame lícito consignarlo aquí en prueba del afecto que profesa mi corazón al Santuario de la Virgen del Loreto que guarda los más gratos recuerdos de mi infancia, mezclados con las cenizas del V. P. Miguel, cuyo último discípulo acaso acaso podré llamarme con propiedad.

En la época que vamos narrando, los antiguos padres del Loreto habían descendido al sepulcro y estaban reemplazados por otros hijos de San Francisco, que la impiedad francesa (una vez favorable á nuestra España) arrojó de su propio suelo. Aquellos religiosos destruidos de su patria es la única cosa buena que de Francia nos ha venido. En poder de ellos continuó siendo el convento punto de reunión para todas esas buenas almas que el mundo, modificador impio, llama beatas.

Cuando Inés con su familia llegó al monasterio, vió que le habían precedido en la llegada otras muchas de los vecinos pueblos. Allí estaba Isabel de Villanueva, que fué después fervorosa capuchina; allí Rosita de Salteras, la que convirtió á su padre: allí Romana de

Olivares, cuyo pecho era un volcán de amor divino: allí Manolita de Albaída, la cantora de las glorias de María: allí Pepita de Umbrete, diestra en adoctrinar las niñas y en prepararlas para la primera comunión; allí Elisa de Saulúcar, célebre por su piedad con los pobres; allí Flora de Espartinas, que más tarde floreció por su virtud en Santa Inés de Sevilla; no faltaron Paquita la de Pilas, ni Teresa la de Cala; y por no estar allí Amparo de Valverde y su amiguita Trini, no vió aquel día á sus pies la Virgen de Loreto á las dos jóvenes más virtuosas y bellas de toda la comarca.

Todas ellas poseían grandes virtudes mezcladas de pequeños defectos, defectos que el mundo malvado sacaba á relucir para desprestigiar la virtud. El mundo, demasiado complaciente con las que siguen sus torcidas sendas, se mostraba intolerante con ellas; como se muestra siempre con toda persona verdaderamente devota. Porque ellas despreciaban á los hombres, éstos les exigían que fueran ángeles del cielo; y porque aspiraban á la perfección cristiana, el mundo no podía tolerarles ni perdonarles ningún defecto, ¡como si los defectos fueran inseparables de la mísera condición humana! Ni la piadosa Inés, con ser la que era, pudo escapar libre

de la mordacidad del mundo; pero ella se gozaba en su desprecio, recordando aquella sentencia de Jesucristo: No ha de ser el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su Señor: si á mí me despreciaron, no habéis de extrañar que hagan otro tanto con vosotros.

Grandes cosas que consultar debió Inés de llevar al Loreto, porque en los días que estuvo en él pasó largos ratos en el confesonario, del cual salía siempre diciendo entre dientes: "Dios llevará á cabo la obra que ha comenzado en mi corazón; El lo quiere, y será; pero yo debo procurararlo, insistiendo con mi padre, hasta conseguir su permiso." Estas palabras se referían seguramente al asunto de su vocación, pues no era otro el que ella consultaba con tanta escrupulosidad.

La familia de Agustín estuvo hospedada en casa de Flora, durante los días de jubileo, y la tierna Inés aprovechó aquellos días para desahogarse con su amiga del alma, como ella la llamaba. Flora, que participaba de los mismos sentimientos y de los mismos deseos que Inés, se compadeció mucho de ésta y le ofreció trabajar por su causa. Para hacerlo mejor, convinieron en que Flora, si su madre se lo permitía, se iría con la familia de Inés á la quinta á pasar una temporadita; y una vez allí, las

dos unirían sus esfuerzos, á ver si podían vencer la resistencia de aquel padre, que no quería conceder á su hija el logro de sus santos deseos.

Ningún trabajo costó á Inés alcanzar de la madre de Flora, que ésta se fuera en compañía suya, en lo cual vino también muy gustosa Doña Fernanda, que apreciaba en extremo á la de Espartinas.

El viaje quedó aplazado para la mañana siguiente muy de madrugada, á fin de que los calores caniculares de aquellos días no cogieran á la familia en el camino. Todavía la aurora no había comenzado á blanquear el oriente, cuando Inés y Flora, después de haber ofrecido á Dios las obras del día, y de haber hecho juntas su oración despertaron á la familia. Entretanto que ésta se arreglaba, el criado Paladín preparaba el coche: sacude el polvo de los asientos, lava las ruedas enlodadas, coloca sobre el tiro las flexibles correas, y termina su operación con un agudo silbido. Calderón, diestro domador de caballos, trae de seguida dos hermosas yeguas blancas compradas en Jerez, cubiertas ya con sus arreos para ser unidas al coche. Prudencia, harta ya de días, y muy experimentada en materia de viajes, dispuso en una cesta sabrosas tortas de mazapán y una botella de ese

vino generoso que alegra el corazón del hombre, y con ella se colocó en el primer asiento. Poco á poco se fueron acomodando los demás; y cuando Agustín, montado en su brioso corcel, hace la señal de marchar, Paladín empuña las riendas y cruje en el aire el látigo sonoro, se santigua Doña Fernanda, y el vehículo se pone en movimiento. Mientras la familia de Flora despedían á sus huéspedes, las yeguas se lanzan á la carrera con tal velocidad, que apenas las ruedas trazan ligera huella sobre la tierra movediza de la carretera. El coche levanta á su paso una pequeña ráfaga de polvo que, oprimida por el rocío del alba, apenas se elevaba sobre los montones de piedra del camino semejando á la espumosa estela que deja un barco cuando corta las tranquilas aguas del Océano.

Quando el sol comenzó á remontarse en el cielo, ya tenían nuestros viajeros andado gran parte de su camino: habían dejado atrás la hermosa llanura á que dió su nombre aquel modelo de caballeros cristianos, Tablante de Ricomonte, y estaban cerca de los tres pinos, bajo cuya sombra juraron los hijos de Sanlúcar, victoriosos de los franceses, visitar en peregrinación todos los años á la Virgen del Rocío.

A la hora en que el pastor diligente conducía su rebaño amodorrado á sestear bajo la copa de seculares encinas, paró el coche á la puerta de la quinta. La familia, molestada del viaje, baja á tomar descanso: Paladín quita á las yeguas los bridones llenos de espuma: limpia cuidadoso el lomo de los animales cubierto de menudo polvo, y les pone delante una espuerta de cebada. Inés, en tanto, entretiene á Flora enseñándole los adornos de su capilla, hasta que una criada viene á decirles que ya está el tocador preparado, y pueden pasar á mudar el traje de camino. Allí mismo idearon las dos amigas el plan de campaña que habían de seguir para conquistarse la voluntad de Agustín, y en un momento favorable dar el asalto; pero antes se encomendaron muy de veras á Santa Rita, abogada de imposibles, y al patriarca San José, que es fama favorece á las almas que desean consagrar á Dios el lirio immaculado de la pureza.



CAPITULO VI

Que explica cómo se dió el asalto y se ganó con él un poco de terreno, que luego se perdió otra vez.

LOS ejercicios de Inés y Flora, durante la mansión de esta última en la quinta, fueron muy parecidos á los que se cuentan de Virginia y Rosalía, cuando estaban más fervorosas. Se levantaban temprano, hacían juntas su oración, iban á misa y comulgaban juntas, y juntas hacían la lectura espiritual y se paseaban por la huerta, cuando el sol se inclinaba al ocaso y había refrescado.

La primera vez que bajaron á ella, se encontraron por casualidad con Prudencia, la criada de más confianza, y con ella tuvo Inés esta conversación interesante.

—Prudencia, tengo que confiarle á usted un secreto, y pedirle un favor.

—Señorita, V. sabe que puede mandarme.

—No, mandarla, no; el servicio que espero de usted debe ser muy espontáneo.

—Siempre he servido á V. con mucho gusto.

—Pues, Flora y yo hemos trazado un plan de campaña, y necesitamos que V. nos ayude.

—Señorita, incondicionalmente.

—¡Bien! Sabe V., Prudencia, los grandes deseos que tengo de consagrarme á Dios en la soledad del claustro, lo mismo que mi amiga Flora; el único obstáculo que encuentro es el consentimiento de mi padre; y como sin él no puedo hacer nada, es preciso que me ayude usted con su prudencia á conseguir el permiso deseado.

—¡Por Dios, Inés! usted, la alegría de esta casa, el consuelo de sus padres, la esperanza de su familia, ¿usted meterse monja? Perdone usted señorita; pero á eso no puedo yo ayudarla, porque sería infiel á mis amos.

—¡Prudencia! ¡Prudencia! ¿también usted? hay es la vez primera que la veo obrar en discrepancia con el nombre que lleva.

—¿Y qué quiere usted, señorita? yo no soy para eso; guardarle á usted el secreto, eso sí; pero hablar á su señor pa-

dre para que la deje ir á un convento, eso no. ¡Bonita iba á quedar la casa! ¡Cuánto lloriqueo y cuántos días de luto! Vamos, señorita, quiero á usted demasiado para trabajar en apartarla de mi lado.

—Válgame Dios! cuánto me cuesta ese cariño fundado en... Dios lo sabe. ¿Al menos guardará usted el secreto?

—Señorita, eso sí; palabra!

—Ya ves Flora, le decía Inés á su amiga, así que despidió á la criada: ya ves, hija; el primer tiro ha sido errado.

—No importa, Inés; yo doblaré mis esfuerzos y haré sola lo que haríamos Prudencia y yo: no temas. Mira, allí viene tu papá con Fernandín; ahora mismo le voy á disparar la primera descarga á quema ropa, á ver lo que sale. A la ocasión la pintan calva, y yo no pierdo esta. Ven, ven por aquí; salgamos al encuentro.

Después de un saludomuy cortésano, Flora tomó en brazos al hermanito de Inés, y comenzó á decir: ¡qué niño tan hermoso! éste va á ser la honra de la familia. ¡Míralo qué lindo! tiene cara de canónigo. Fernandín, ¿tú qué quieres ser?

—Canónigo, canónigo, respondía el chiquitín.

—Sí; tu serás canónigo, Inés y yo monjas; y tu vendrás al convento á predicarnos un sermón.

—Sí, yo predicar y ustedes monjas.

—Pero tu papá no quiere, añadió Flora con la intención que puede suponerse.

—Sí, papá; yo canónigo; Inés y Flora monjas.

Agustín sonrió de mala gana, y haciendo una caricia á su hijo, añadió: Bueno, tú canónigo.

—Y nosotras monjas, repuso Flora que veía escapar por la tangente.

—Bueno, monjas—contestó Agustín en el mismo tono,—mientras que Flora sin dejarle continuar, se puso á ensartar este montón de sentencias. Hay padres en el mundo que jamás aciertan á comprender que sus hijos no deben ser para ellos, sino ellos para sus hijos, que es lo que Dios manda: que no se hacen los pájaros para el nido, sino el nido para los pájaros, y cuando éstos tienen alas lo deben abandonar. Así los hijos; están destinados por Dios á formar familia independiente de la familia paterna, sin que los padres se lo puedan impedir: pues si nosotras queremos formar parte de una familia celestial, unida con los estrechísimos y dulces lazos del espíritu, ¿por qué se nos ha de estorbar? Mire usted, Agustín: Inés ha de acabar por casarse ó hacerse religiosa, y en ambos casos ha de salir de casa, y separarse de usted; pues si ella cree ser

desgraciada en el matrimonio y dichosa en el claustro, al que se siente tan inclinada, ¿por qué se lo ha de impedir? ¿por qué no ha de contribuir usted á labrar la felicidad temporal y eterna de su hija?

—¡Yo! ¡yo! respondía Agustín entre-cortado—yo no se lo impido: me da pena que se vaya; pero si se empeña, marchad las dos al convento con una carretada de santos.

Flora soltó la carcajada en señal de triunfo; Inés sonrió con su habitual dulzura, y fué á pagarle á su padre el buen rato que acababa de darle, besándole la mano; y Agustín, que gozaba viendo gozar á su hija, la desvió de sí blandamente diciendo: ¡Hala! ¡Al convento! allí es donde deben estar encerradas las malas beatas como ustedes.

—Verá usted qué buenas somos desde hoy en adelante, contestaban las dos alejándose satisfechas de su victoria.

Fácilmente adivinará el lector lo que pasaría entre las dos amigas el resto de la tarde; los plácemes que se darían, y los proyectos que estarían ideando para el día de su triunfo definitivo. Sin embargo, Inés no las tenía todas consigo: aquella calma tan apacible le parecía á ella presagio de cercana tempestad; aquel día tan hermoso le trajo á la memoria esos días esplendorosos del oto-

ño, en que el cielo de puro despejado parece un manto azul, en que el sol brilla, produciendo un calor impropio de la estación, y que por lo propio pica, anunciando para el día siguiente espesas nieblas ó un cambio brusco de temperatura. Por desgracia el corazón de Inés era demasiado fiel, cuando le anunciaba contratiempos, y esta vez tampoco le engañó.

Pasó la noche inquieta, pensando en una celda que nunca había visto, y por la mañana muy temprano buscó pretexto para entrar en la habitación de su padre y ver de qué talante lo encontraba.

Agustín se había levantado malhumorado aquella mañana, y apenas la vió entrar le preguntó friamente: ¿qué traes?

—Venía á ver cómo había pasado usted la noche y á darle gracias por... lo de ayer.

—Véte de aquí, Inés! vete y no seas tonta—la interrumpió el padre medio indignado sin dejarla proseguir:—vete! que no te dejo ser monja, aunque me lo pidan frailes dezcalzos; y ni tú, ni Flora, ni nadie me vuelva á hablar más de eso.

Y tomando el sombrero que tenía sobre la mesa, arrugó el entrecejo y pasó por delante de su hija, que mudó en un momento todos los colores del arco iris.

A su rostro salió ese encarnado que unas veces es hijo del pudor santo y otras del dolor del alma; y á poco la pena lo trocó en pálido, la esperanza en verde, y el desconsuelo en obscuro, como el fondo de una nube en días de truenos. Copiosa lluvia de lágrimas acudió á sus ojos; pero aquella lluvia no pudo serenar la atmósfera en que la pobre Inés se ahogaba sin poder respirar.

¿Quién podría decir lo que sufrió el corazón de Inés, durante aquella mañana? Lloraba la pobrecilla con el mismo desconsuelo con que se llora la memoria de un bien perdido; con la misma pena con que llora un huérfano, cuando despierta de un sueño delicioso al rumor de los besos que su madre le daba, y al abrir los ojos á la luz, ve disiparse su ilusión, hallando por doquiera el negro luto y la desgarradora tristeza de que se ha vestido la casa con la muerte de su madre.

Mientras se limpiaba las lágrimas le ocurrió un pensamiento luminoso que vino á desterrar las tinieblas de su alma; ó mejor dicho, sintió en el fondo de su corazón como que le decían estas palabras del Evangelio, que había meditado la noche antes: Pedid y recibiréis, llamad y os abrirán, buscad y encontraréis. Aquella voz interior le causó tal consuelo en su alma, que llena de

valor y de una santa confianza empezó á recitar estos versos de Fray Luis de León en la traducción de los salmos:

Yo espero firmemente,
Señor, que me he de ver en algún día
A tus bienes presente,
En tierra de alegría,
De paz, de vida y dulce compañía.

.....
Guíame de continuo,
Señor, por el camino verdadero
Pues sólo á tí me inclino,
A tí solo yo quiero,
Y siempre en tí esperando persevero.

Y estos sentimientos del Salmista llevaron la serenidad á su semblante, pero dejando en él señales inequívocas de la tormenta pasada; así como se nota en la alterada superficie de los mares la furia de la tempestad que pasó trocando sobre sus movedizas ondas.



011666



CAPITULO VII

Que refiere cómo volvió á ganarse hoy lo que ayer se perdió.

BIEN quiso Inés ocultar á su amiga el apurado lance en que se había visto, pero le fué imposible, porque Flora se lo conoció, y poco á poco la fué sonsacando, hasta que por fin averiguó la verdad del caso. Desde luego vió desconcertados sus planes, y caído por tierra el magnífico castillo que su imaginación levantó la tarde anterior; pero no se dió por vencida. Hablar con Agustín del asunto, no era prudente, porque esto sería descubrir á su amiga; en lo cual le haría muy poco favor; callarse como una muerta tampoco convenía, porque, además de ser una derrota completa, daba motivos para que sospechara Agustín lo que ella no quería. ¿Qué hacer, pues? Determinó de nuevo encomendarse á Santa Rita, abogada de

imposibles, y esperar confiadamente ocasión más oportuna.

Esta no se hizo esperar.

Agustín llegó al campo adonde fué á disipar su mal humor; y al ver en su era la inmensa parva que trillaban las yeguas, y la animación de los trabajadores, se le dispó de tal modo, que recobrada su calma habitual, se puso á tararear una seguidilla, según tenía de costumbre. Pasó contento en el campo toda la mañana, y no volvió á casa hasta la hora de comer. Durante la comida preguntó á Flora por su prima Emilia, y al oír este nombre, vió ella el cielo abierto, como suele decirse.

Era Emilia una joven que en sus buenos tiempos tuvo vocación religiosa, la cual abandonó por el necio empeño que pusieron sus padres en casarla con un comerciante de Sevilla que la había pretendido. Bien fuera porque no nació para casada, bien porque Dios quiso castigar su falta de correspondencia al llamamiento divino, el resultado fué que sufría mucho en su nuevo estado, que vivía con muchos disgustos, y que estaba pesadosa de haberse casado. Flora aprovechó la ocasión, y pintó con negros colores la situación de su prima, la vida tan triste que llevaba y la desesperación que le causaba tener que vivir siempre de aquel modo; y luego torciendo la con-

versación á su objeto, declaró á sus tíos culpables de todo, los hizo responsables ante Dios de la infelicidad de su prima, y execró la conducta de aquellos padres que imponen á sus hijos el yugo del matrimonio, especialmente si para ello les quitan la vocación religiosa. ¡Pobre primita!—decía—; cuánto la compadezco! A ella no le gustaba el novio; pero le gustaba á su padre, porque era rico, y tuvo que ceder. Emiliano quería al comerciante; pero lo quería su madre por ella, y la obligó á casarse. Le pintaron tan dulce la vida de familia, le ponderaron tanto la felicidad que su enlace traería á la casa, que al fin cayó en el anzuelo. Pero Dios ha castigado la crueldad de sus padres, haciéndolos más desgraciados que á Emilia. Desde que se casó ella, no viven en paz mis tíos.

La otra noche fui á su casa (1) y estaban desconsolados y llorosos. Les pregunté la causa, y me dieron á leer una carta de mi prima en que se quejaba de su mala suerte; refería las amarguras que pasaba y echaba á sus padres la culpa de todo, por no haberla dejado entrar en el convento, cuando ella lo pretendió. Y la carta terminaba con esta tristísima exclamación:

(1) Histórico.

“;Dios no os tome en cuenta la desdicha que habéis echado sobre vuestra hija! No parece sino que me dísteis la vida del cuerpo, para quitarme la del alma, haciéndome infeliz! Habéis preferido que fuera esclava del mundo, antes que esposa de Cristo y reina del cielo; y perdí mi reino.... y soy esclava... esclava con las duras cadenas que me labraron ustedes. Que Dios os perdone como os perdona vuestra desventurada....

EMILIA.”

Al leer yo la última palabra de la carta, me eché á llorar; mis tíos no podían contener la desesperación que bullía en sus pechos, y uno empezó á culpar al otro de la desgracia de Emilia. Ninguno quería ser el causante de la desdicha de su hija, y la verdad es que los dos lo fueron. Ella echa las cargas á él, y él á ella, y así andan siempre riñendo.

—Pues, para que á mí no me pase eso—exclamó doña Fernanda algún tanto conmovida—yo declaro, terminantemente que no quiero causar la desgracia de mis hijos; si alguna quiere ser religiosa, por mí no quedará.

La relación de Flora había surtido efecto; Agustín miró á Inés, se acordó de lo ocurrido con ella por la mañana,

y como si temiera que su hija le diera las amargas quejas que Emilia á su padre, dijo á Flora:

—Yo tampoco apruebo la conducta de tus tíos; porque entre casar una hija á disgusto, ó meterla en un convento, hay un término medio; dejarla en el seno de la familia siendo el pimpollo de la casa.

—No! no!—repuso Flora, que veía desvirtuado el efecto de la historia de Emilia—el mayor mal no fué casar á mi prima; el mayor mal fué impedirle ó quitarle la vocación. Porque si no se hubiera casado quizá le hubiera pasado como á Matilde Bermúdez. Ya sabe usted que murió en olor de santidad, porque era un ángel; en su muerte estuvimos Teresa la de Cala y yo, porque la queríamos mucho. Pues bien; desde que su padre le negó la entrada al convento empezó á desmejorar, como planta que deja de regarse, y á poco cogió la enfermedad de que murió. Un día en que su padre le hablaba delante de nosotras, le indicó la pena que tenía de verla padecer, y que daría no sé cuánto por verla buena. Si quiere usted verme sana, le contestó ella, haga voto de dejarme ser religiosa, y le prometo que la enfermedad se va; pero mire V., papá, que el voto ha de hacerlo antes del día de la Asunción de la Virgen; después no lo admitirá el Señor.

Ella debió saber esto por revelación divina, porque se cumplió á la letra.

El día quince hará un año, que el médico dijo terminantemente que Matilde se moría. Yo creí que su padre se volvía loco. Todo era ir y venir á la cama de su hija, mirándola azorado, hasta que ella, con amarga sonrisa, le dijo una vez contestando á sus preguntas: Sí, papá, me muero, porque no quiso usted dejarme ser esposa de Cristo en la tierra, el Esposo divino me llama al cielo, á celebrar las bodas en ausencia de mi padre. Colgado de la percha verá V. ya el traje que me adornaba, desierta la habitación donde he morado, y vacía esta cama donde voy á morir. Estos objetos serán tres acusadores permanentes que le estarán diciendo siempre al oído: ¡Aceleraste la muerte de tu hija! ¡Tu obstinación obligó al Señor á llamarla para sí á pesar tuyo!

Tales fueron las últimas palabras de Matilde: su padre cayó al suelo sin sentido antes que ella acabara de pronunciarlas, y no recobró el uso de sus facultades hasta después de veinticuatro horas. Cuando volvió en sí vió vacía la cama y desierto el aposento de Matilde; un féretro cubierto de raso blanco y colocado en medio de la sala contenía el cadáver de mi amiga, hermoso y sonriente cual si estuviera viva: una coro-

na de flores ornaba sus blancas sienas, y en su mano derecha empuñaba una palma cuajada de azucenas, símbolo de la virginidad. El padre se abalanzó á besar el rostro de Matilde, pero se detuvo de repente, porque le pareció que el velo que la cubría le rechazaba diciendo: aceleraste la muerte de tu hija; y cayó desplomado al suelo. Desde entonces anda atontado y gozando de poquísima salud. Esto es notorio en todo Umbrete.

Flora suspendió su relato y observó la impresión que había causado en sus oyentes. Doña Fernanda estaba emocionada, Inés pálida, Jacinto asombrado, y Agustín limpiándose una lágrima que involuntariamente acudió á sus ojos. Aquel féretro cubierto de flores, aquella habitación desierta, y aquel velo acusador le habían impresionado hondamente, y le habían hecho temer la misma suerte que al padre de Matilde. Flora, sin dar lugar á que se repusiera Agustín de la emoción que sentía, añadió:

Y lo que acabo de referir no es un hecho aislado; llenas están las vidas de los santos de episodios semejantes; y aun en mis pocos años he alcanzado otro parecido á éste. La experiencia enseña que Dios castiga duramente á los padres que apartan á sus hijos de la

vocación religiosa, ya con la muerte de unos, ya con la de otros, y á veces con mayores castigos. Feísima ingratitud y grande locura es negar á Dios lo que de derecho le pertenece, y lo que El nos puede quitar á pesar nuestro. Elige Dios á una joven para sí, y el padre se opone á que ésta sea toda de Dios; pues Dios se dará traza de cumplir sus designios, llevándosela al cielo, á pesar de su padre. . . .

Aquí la dulce Inés interrumpió á la sentenciosa Flora, diciendo: Papá, ¿cómo ¡me quiere usted mejor, muerta ó monja?

Agustín no se atrevió á responder, estaba indeciso, porque en su corazón luchaba el amor de padre con el deber de cristiano; y queriendo salir de aquel aprieto, hizo lo que hacen todos los hombres de poca resolución: aplazar las cosas para más adelante. ¡Ya sabes—le dijo—que cuando seas mayor no te prohibiré seguir las inspiraciones de tu corazón, pero todavía! . . .

—Y si Dios quisiera ahora, ¿por qué lo habíamos de dejar para luego? Es preciso fijar plazo, antes que Dios se lo fije á V. ¿Para cuándo me dejará entrar en el convento?

—Para el año que viene; y no hablemos más de esto.

Larguísimo pareció el plazo á Inés, y

corto á Doña Fernanda; pero al fin se hubo de aceptar, esperando mejor ocasión para introducir en él algunas variaciones. A quien no pareció ni largo ni corto fué á Agustín, que tomó el año por un tiempo indefinido, y así se levantó de la mesa, musitando como el otro de la fábula:

En diez años de plazo que tenemos,
¿El burro, el rey ó yo nos moriremos?

Y en efecto: él no tenía mucha fe en la vocación de su hija y creyó que cedería fácilmente el día que se viera festejada y pretendida por un joven que llenara las aspiraciones de la dama más exigente; y ese día que él deseaba, lo veía, á su juicio, muy cerca. Llegó, en efecto, ese día de tentación, y cayó en ella la pobre Inés? Espera, lector amado, y verás el fin de esta verídica historia.



CAPITULO VIII

El cual trata de lo que verá
el curioso que lo lea.

AL llegar aquí es forzoso suspender nuestro relato, y retroceder algún tanto, para dar á conocer otros personajes que tienen íntima relación con Inés y sus propósitos. El principal de estos personajes cualquiera puede figurarse que fué el condesito de Valdellirios. La condesa, su madre, y Doña Fernanda eran amigas de toda la vida, y después que tomaron estado, tuvieron la buena suerte, según ellas decían, de vivir en una misma calle, á corta distancia una de otra.

La condesa se llamaba Isabel, y tuvo algunos puntos de semejanza con su gloriosa patrona la santa reina de Hungría. Quedó viuda siendo todavía joven, y su marido le dejó al morir dos hijos que fueron el encanto de toda su vida. Renunció con toda su alma las segundas nupcias, que se le presentaron muy ven-

corto á Doña Fernanda; pero al fin se hubo de aceptar, esperando mejor ocasión para introducir en él algunas variaciones. A quien no pareció ni largo ni corto fué á Agustín, que tomó el año por un tiempo indefinido, y así se levantó de la mesa, musitando como el otro de la fábula:

En diez años de plazo que tenemos,
¿El burro, el rey ó yo nos moriremos?

Y en efecto: él no tenía mucha fe en la vocación de su hija y creyó que cedería fácilmente el día que se viera festejada y pretendida por un joven que llenara las aspiraciones de la dama más exigente; y ese día que él deseaba, lo veía, á su juicio, muy cerca. Llegó, en efecto, ese día de tentación, y cayó en ella la pobre Inés? Espera, lector amado, y verás el fin de esta verídica historia.



CAPITULO VIII

El cual trata de lo que verá
el curioso que lo lea.

AL llegar aquí es forzoso suspender nuestro relato, y retroceder algún tanto, para dar á conocer otros personajes que tienen íntima relación con Inés y sus propósitos. El principal de estos personajes cualquiera puede figurarse que fué el condesito de Valdellirios. La condesa, su madre, y Doña Fernanda eran amigas de toda la vida, y después que tomaron estado, tuvieron la buena suerte, según ellas decían, de vivir en una misma calle, á corta distancia una de otra.

La condesa se llamaba Isabel, y tuvo algunos puntos de semejanza con su gloriosa patrona la santa reina de Hungría. Quedó viuda siendo todavía joven, y su marido le dejó al morir dos hijos que fueron el encanto de toda su vida. Renunció con toda su alma las segundas nupcias, que se le presentaron muy ven-

tajosas, y se aplicó con esmero á ser una viuda cristiana, cual la describe el Apóstol (1) aprobada con testimonios de virtud, cuidadosa de sus hijos, hospitalaria, limosnera, dada á la piedad, ejercitada en buenas obras, y, por decirlo de una vez, se aplicó á ser una viuda modelo.

Muerto su esposo, tuvo que dedicarse á la penosa y complicada tarea de examinar los papeles y cuentas que él tenía; y después de haberlo dejado todo corriente, se reservó una buena suma para obras pías en sufragio del difunto, y nombró apoderado de sus bienes al padre de Inés, hombre de toda su confianza, el cual había quedado también de albacea y testamentario del conde. Con este motivo, las relaciones entre ambas familias llegaron á ser muy íntimas, tanto que á veces pasaban largas temporadas juntas, como si fueran una sola.

Los hijos de la condesa se llamaban José y Concepción, pero la buena señora, que sabía sobreponerse á los respetos humanos y á todo cuanto olía á impiedad, tuvo la debilidad de seguir la moda impía y pagana de mudar á sus hijos el nombre cristiano, llamándole al uno Pepito y á la otra Conchita. ¡Tris-

(1) Tim .5. 10.

te tributo que pagan las buenas almas á una moda maldita introducida en el mundo, nada menos que por Satanás y compañía! Porque has de saber, lector querido, que según afirman los libros santos, los espíritus de las tinieblas, bien que á pesar suyo doblan la rodilla, tiemblan y se estremecen al oír pronunciar el santísimo nombre de Jesús; y lo mismo debe decirse, guardando la debida proporción, cuando oyen pronunciar el dulcísimo nombre de María, de José y de aquellos santos que más los confundieron y más almas arrancaron de sus infernales garras, para encaminarlas al cielo. Pues, aconteció que un día, cansado y rabioso Luzbel de oír tantas veces aquellos nombres que tan mal sientan á sus oídos, convocó en el infierno reunión extraordinaria y habló así á sus compañeros de infortunio.

“¡Enemigos de Cristo! ¡hijos de la libertad, raza independiente y noble, guerreros invencibles y fieles vasallos míos! Supongo que vuestras orejas estarán como las mías continuamente atormentadas, oyendo sin cesar el nombre de nuestra Enemiga, el de su cobarde Esposo y el de sus despreciables siervos. Pues bien; he determinado que no se pronuncien más en la tierra tales nombres, en especial el espantoso y horrible nombre de Concepción, por llamar-

se así el desgraciado momento que aquella enemiga nuestra me pisó la cabeza y se burló de mí. Por tanto, espíritus engañadores, volad á la tierra y buscad cuantos medios os sugiera vuestra inteligencia, fecunda siempre en astucias, para que no se oigan más en el mundo tan aborrecidos nombres."

Así habló el vencido blasfemador de María Inmaculada, y al punto salieron del infierno, cual espesa nube de langosta, los diablillos más traviesos y simuladores que en él había. Toman las formas y los ademanes de modistas entrometidas, de jóvenes afeeminados, de viejos pisaverdes, de solteronas enamoradas, y se entran por las puertas de cada cristiano, fingiéndose personas conocidas y preguntando con voz muy melosa: "¿Cómo está la Srita. Concha? Y Pepito, ¿dónde anda? Tú, Conchita, ven acá, monina, ¡qué linda eres! Don Paco ¿y usted?" *et sic de ceteris*. Resultado, que al cabo de dos semanas, por arte é industria de Satán, entre los cristianos papanatas se habían convertido las Concepciones en mariscos, y ya eran conchas ó conchitas; los Josés se habían convertido en fruta de huertas, y ya eran pepitos ó pepinos ó pepitas, que todo va allá; y los Franciscos ó Franciscas se habían convertido en unos animalitos americanos llamados pacos

ó pacas. Desde entonces, en vez de estremecerse el infierno cuando se pronuncia un nombre de éstos, suena allí una horrible carcajada en señal del triunfo obtenido, con la mudanza de nombres cristianos; y cuando más se ríen los demonios es cuando esos nombres los pronuncian almas tan buenas y candorosas, como era la condesa de Valdelirios. Verdad es que la pobre señora no sabía este cuento, y por tanto no era culpable: pero, lector piadoso, tú y yo que lo sabemos no careceríamos de culpa, si contribuyéramos á los planes de Satán y compañía. Por eso, si no lo tomas á mal, sepultaremos en el olvido al marisco *Concha* y al curcubitáceo *pepino* y *pepita*, para llamar á nuestros personajes cristianamente como ellos se llamaban: José y Concepción.

Pues Concepción y José cuando eran niños andaban siempre jugando con Jacinto y con Inés, y pasaban los días en esas ocupaciones infantiles é inocentes que tan dulces recuerdos causan después: unas veces hacían altares y casitas, otras salían al jardín á cazar mariposas, otras á echar pan á los peces del estanque, y luego á colocar por orden la enorme cesta de juguetes que tenían entre todos, donde no faltaban soldados de á pie ni de á caballo, músicos con

sus instrumentos á cuestras, y todo género de muñecas y muñecos de los mejores que se compraban en la feria. Inés nunca tuvo á José más que esa inclinación natural que tienen todos los niños á jugar con otros niños; pero de José contaba su madre que siempre estaba hablando de Inés, que todo lo hacía pensando en ella, que se disgustaba con Jacinto y reñía á Concepción cuando éstos no daban gusto á Inés, y, en fin, que para verlo obedecer con presteza, no tenía más que decirle que le privaría de jugar con ella ó le diría que era muy malo.

Este amor tierno y apasionado arraigó profundamente en el corazón de José y fué creciendo con los años. Cuando niño inventaba juegos y travesuras para agradarle y entretenerla á su lado: cuando mayorcito, se aplicaba con esmero al estudio para merecer algunos premios que regalarle; y cuando ya joven, quería sobresalir entre sus compañeros y soñaba notas y triunfos no imaginados, con que granjearse la estimación de Inés. Aquel amor casto y profundo que le tuvo siempre, preservó á él y le libró de muchos peligros; fomentó en su corazón la piedad y la pureza y le obligó á ser un joven ejemplar. Tenía aquella pasión algo de religioso respeto, algo de santa veneración que ha-

cía á José capaz de la mayor abnegación y de los mayores sacrificios para labrar la felicidad y la dicha de aquella mujer, que había llegado á ser, sin pensarlo ni quererlo ella, el ídolo de su corazón. En fin, el amor de José era uno de esos amores puros y santos que descuellan sobre el vulgo de los amores mundanos como la rosa entre las flores, como el águila entre las aves, como el sol entre los astros. Ese amor le animaba en el estudio, le fortalecía en sus trabajos, y también recibía su recompensa durante las vacaciones, pues solía pasar algunos días de éstos en la quinta de Agustín.

Esto, no obstante, jamás habló José de sus amores con nadie, ni siquiera se atrevió á decir nunca á Inés que la amaba. ¿Qué necesidad—decía entre sí—qué necesidad tengo yo de decirle una cosa que ella sabe y que ella ve? No se lo están diciendo mis modales y las atenciones que le guardo? ¿No se lo están diciendo á cada paso la mirada de mis ojos? ¿No lo ve ella en la sonrisa de mis labios y en el gozo de mi semblante cuando me habla? ¿Pues para qué le he de hacer tal declaración? Tau natural es que yo la ame como que el fuego queme, como que el sol alumbré, como que los árboles den flores, y como que esas flores exhale grato aroma. ¿Y para qué pre-

guntarle que si me corresponde? Eso es indudable, eso es tan claro como la luz del mediodía, tan fijo como el curso de los planetas; pues aunque las distancias nos hayan separado, siempre su alma y mi alma han estado juntas y unidas por las mismas ideas, los mismos sentimientos y la misma aspiración. Yo nací para ella y ella para mí, como los ojos se hicieron para ver la luz y la luz para alumbrar los ojos; y un mutuo y santo amor nos tendrá unidos siempre en esta vida y en la otra.

Así pensaba José consigo mismo. Cuál no sería, pues, su sorpresa al oír decir el último día de vacaciones, cuando ya no tenía tiempo de averiguarlo, que Inés quería ser monja á todo trance. ¡Pobre joven! estuvo á punto de echarse á llorar de pena. Privado desde la infancia de las caricias de su padre, y ausente durante los estudios de la vista de su madre y hermana, sentía él en su corazón un vehemente deseo de amar y ser amado con ese amor puro, franco y leal, no hijo de las pasiones humanas ó del vil interés, sino de los nobles sentimientos de un corazón cristiano; y este deseo sólo encontraba alguna satisfacción, cuando su madre le acariciaba, ó cuando en casa de Agustín veía la correspondencia de una fina amistad. Pues, si al volver él de sus estudios con

la carrera ya terminada, se encontraba sin Inés; y en vez de la dulce satisfacción de otras veces, sólo hallaba en casa de Agustín un vacío insaciable para su alma. ¿cómo podría él vivir? ¿Cuánto hubiera dado José porque le sacaran de aquella horrible incertidumbre! Como esto no podía ser, reflexionó un momento y dijo: Mañana lo sabré todo: Jacinto me lo dirá cuando vayamos en el tren ó cuando estemos en la Universidad. Y en efecto, así fué.

Jacinto y José se trataban y se querían como dos hermanos. Ambos entraron á la vez en el famoso colegio que los padres jesuitas tienen en el Puerto de Santa María, donde adquirieron la instrucción y buena educación que á su clase convenía, bajo la inspección de aquellos sabios religiosos; y ambos se matricularon á la vez en la Universidad Central, donde esperaban obtener el grado de doctores en jurisprudencia terminado el curso que iban á comenzar. En tantos años de estudios habían adquirido los dos jóvenes entre sí esa amistad estrecha, nivelada y confirmada por la igualdad en el nacimiento, en la edad, en los bienes, en los talentos, en las inclinaciones y en las demás circunstancias de la vida. Y como, según reza el adagio, el amigo es otro yo, ca-

da uno de ellos tenía tanta confianza en el otro como en sí mismo.

Con esa confianza íntima, hija de la amistad verdadera, preguntó José á Jacinto lo que deseaba saber, y éste satisfizo sus deseos, diciéndole que, efectivamente, Inés quería ser religiosa, pero que su padre se lo había prohibido terminantemente, y como ella era dócil y buena, cedería con facilidad. Además—continuó él—papá le ha prohibido que le hable de eso, por lo menos, hasta que yo me haya doctorado. La alegría que recibió José y la paz que llevó á su alma semejante noticia, sólo puede comprenderla el que haya sufrido las amarguras de una vida cruel como la que á él le martirizaba.

Pero dejemos á los dos amigos estudiando su último curso en santa paz, para fijar la atención en un suceso que hace mucho á nuestro propósito. Las campanas de Santa Inés de Sevilla, repicando alegremente, llamaban á los fieles de la ciudad al santo templo en una templada tarde del mes de Diciembre. Allí tenía lugar uno de esos espectáculos que alegran á los ángeles y enternecen á los hombres. Sobre el altar ardían cirios perfumados, difundiendo un esplendor suave por toda la Iglesia atestada de gentes; del interior del coro salían voces dulcísimas cual si fueran de

ángeles que cantaban con deliciosa armonía el himno de las vírgenes; por la puerta interior comenzó á entrar una procesión de jóvenes con hachas encendidas, y desfilando poco á poco entre la multitud fueron á colocarse á los lados del presbiterio. Detrás de todas venían dos vestidas de blanco, una de las cuales llevaba sobre su cabeza una corona de flores, que atraía sobre sí las miradas de todos. Al llegar á las gradas del altar, un sacerdote revestido con los ornamentos sagrados, le preguntó: «Hija mía, ¿qué has venido á buscar aquí y qué es lo que pides á esta santa comunidad?»

—Busco, ministro de Dios! y pido á estas santas vírgenes que me den el velo de las esposas de Cristo, mi único amor en esta tierra de llanto.—La que así hablaba era Flora de Espartinas, y la joven que la acompañaba vestida de blanco, haciendo con ella las veces de madrina, era Inés. Al oír la respuesta de Flora, un murmullo de admiración se oyó en el templo. A Inés se se escapó un sollozo mal comprimido, y otras muchas personas rompieron á llorar. Terminada la ceremonia, volvió á desfilarse la procesión, dirigiéndose á la puerta que da entrada al monasterio. Al pasar Flora entre aquella turba de señoras y señoritas decían unas: ¡Ton-

ta! que va á encerrarse para siempre. Y repetían otras: ¡Dichosa ella! Y añadían las de su familia, llorando: Perdemos á un ángel: se nos va la bienhechora del pueblo, el consuelo de los tristes. A las primeras contestaba Flora con una mirada de profunda compasión; á las segundas con una sonrisa placentera, y á las otras con una mirada de gratitud. En esto llegaron á la puerta donde esperaba la comunidad á la nueva hermana, para despojarla del vestido seglar y cubrirla con el traje de las esposas del Cordero. Antes de entrar, Inés y Flora se abrazaron con tiernísima efusión, vertiendo cada cual un torrente de lágrimas. Se dijeron al oído muchas cosas, pero yo no pude percibir más que estas últimas palabras: Es muy grande el empeño que hay en quitarte la vocación: constancia, Inés, constancia.

Yo me aparté de allí hondamente impresionado, y no sé qué más pasó; lo que sí puedo decir es que aquella noche estuvo Inés llorándole á su padre y pidiéndole por Dios, por la Virgen y por todos los santos, que le dejara ir al convento; á todo lo cual respondía Agustín mal humorado:

—Pero, mujer, no seas cansada: ¿no hemos quedado en que lo dejarías para el año que viene?

Inés bajó la vista, exhaló un suspiro y se apartó de allí. Agustín, que la vió ir tan placentera, guiñó el ojo y se dijo: Vamos, ya la voy convenciendo; al fin cederá.

CAPITULO IX

La Noche buena: Episodio interesante.

EL mes de Diciembre iba ya muy adelantado, y en casa de doña Fernanda se hacían grandes preparativos para la fiesta de Navidad. Inés se entretenía en fabricar un *portalito* dentro de su cuarto para representar al vivo la consoladora y tiernísima escena de Belén; pero con mayor cuidado preparaba dentro de su pecho una cunita de amor al divino Niño, á quien pedía constantemente que viniera á nacer por la gracia en el humilde pesebre de su corazón. Por la noche reunía á las criadas y con ellas hacía las *fofnaditas* y rezaba las cuarenta avemarías de aquella devoción sublime que la misma Madre de Dios enseñó á su sierva Santa Catalina de Bolonia.

Pues aconteció que una noche, después del rezo, se reunió una tertulia de confian-

za en casa de Agustín. Allí estaba la condesa con su hija Concepción; un anciano magistrado de la Audiencia, que fué toda su vida modelo de caballeros; un sacerdote muy conocido en Sevilla por su virtud y su ciencia, y más todavía por las tremendas palizas que dió á los *Cabreristas* cuando quisieron implantar el trasnochado protestantismo en aquella tierra de María Santísima; y además había dos chicos ahijados de los amos, jugando con Fernandito. Estos se entretenían mirando las estampas de los libros; los hombres saboreando cada cual su largo puro habano, obsequio del Magistrado; Carmen, hablando con su madre y con la condesa, mientras que la hija de ésta se había apartado á un rincón de la sala con Inés, que estaba haciendo flores para su portalito.

De repente suelta el libro Fernandín, y aprovechando un momento de silencio que reinaba en la concurrencia, miró á su padre, y como si tratara de un negocio grave, le dirigió con una formalidad impropia de sus pocos años esta pregunta, que hizo reír á todos los que la oyeron:

—Papá, ¿cuántos aguinaldos me vas á dar estas pascuas?

—Los que tú quieras, pichoncito, —le contestó Agustín, pasándole la mano por la cara.

—Pues yo quiero un tambor gordo, y un caballito grande, muy grande.

—Si eres bueno, ya verás cómo te lo compro.

—Y á mí me tiene V. que regalar el reloj de oro—saltó Carmen con mucha energía.—¡Caramba! tanto tiempo que me lo tiene prometido y aún no me lo ha comprado.

—¡Bueno! también tú tendrás reloj, —dijo el padre en tono placentero; y dirigiéndose á las otras, añadió:—¿Y las floristas no me piden nada?—Inés dió un pequeño suspiro, parecido á los que da una persona fatigada del trabajo, levantó sus hermosos ojos, y pasando una rápida mirada por la tertulia, los volvió á fijar en la rosa que estaba haciendo sin decir palabra.

—Vamos, —insistió Agustín:—¿tú no quieres nada?

Las mejillas de Inés tomaron un tinte de carmín que rivalizaba con el de la rosa que tenía en sus manos, y respondió un poco confusa:

—Papá, yo temo pedir lo que deseo.

—Vamos, no seas tonta, y pide lo que quieras.

—Si me da vergüenza—contestó ella cada vez más sonrojada.

El Sacerdote conoció que la petición de Inés encerraba un pensamiento su-

blime, en extremo virtuoso, y la animó á declararlo, diciéndole:

—Vaya, tú que eres tan amiga de la santa obediencia, por obediencia nos vas á decir lo que quieres.

Sonrió Inés, y procurando serenarse, continuó:—Pues, mire V., como me han hecho enfermera de la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís, corre de mi cuenta visitar los hermanos enfermos de esta parroquia; y por desgracia tengo malito ahora, no lejos de aquí, á un pobre anciano, tercero de muchos años, que vive con una hija suya, viuda con dos niños, de los cuales es el único amparo. Son tan pobres que viven en un sótano, pues no merece otro nombre el entresuelo que habitan; y como el pobrecillo hace tiempo que no trabaja, quizás la *Noche buena* sea noche mala para ellos, porque no tendrán qué cenar. ¡Pobrecitos! ¿quién pudiera hacer con ellos lo que hicieron los pastores en Belén con la Sagrada Familia! ¿quién pudiera llevarles con que pasar las pascuas felizmente! Por eso deseo (y me da vergüenza de decirlo) deseo algunos cuartos para socorrer á mi buen anciano (que parece un San José), y á su pobre familia.

Al terminar Inés, una lágrima involuntaria corría por las mejillas del sacerdote, y á duras penas podían conte-

ner los demás las que querían brotar de sus ojos. Bien hecho, hija mía,—dijo aquél, por fin, limpiándose los ojos:— ¡bien hecho! y yo te ayudaré en tu buena obra, si tus papás no se ofenden; y diciendo y haciendo, soltó sobre la mesa una moneda de plata, que sonaba, alegrando los oídos de los pequeños. Y dirigiéndose al Padre continuó:— Dispense usted, Agustín, que no se trata de dar una limosna á su hija, sino de contribuir por su medio al socorro de una familia. ¡Cuántas veces nos gastamos un duro en una tontería sin tener el sublime pensamiento de esta criatura!

El magistrado siguió el ejemplo del sacerdote, tirando sobre la mesa otro duro, y las señoras le siguieron después. — ¡Yo también quiero poner!—gritaba Fernandín.—Yo también pondría, pero no tengo,—decía Carmen á tiempo que Inés se levantaba para dar un beso á su hermanito; y con esa industria, sólo conocida de la caridad verdadera, dirigióse á los dos diciendo:— Todos podemos poner, si acudimos al tesoro del sacrificio, privándonos por amor del Niño Jesús de juguetes y tonterías para socorrer á los pobres. Deja tú el tambor, y Carmen el reloj, y verás cómo tienes dineros para hacer limosnas.

— Bueno, renuncio el tambor,—decía

el chico,—pero me dejarás tocarlo encima de la mesa.

—Pues yo, no renuncié á mi reloj,—dijo la otra;—pero que me lo compre papá más barato, y ponga por mí lo que quiera.

— ¡Cánario!—interrumpió el magistrado... si todos los chicos fuéramos como esta chica, desaparecería el pauperismo antes de año nuevo, y estaba resuelta la tremenda cuestión social que en vano tratan de resolver los gobiernos de Europa.

¿No te parece, lector querido, que el buen magistrado tenía razón? ¿No es cierto que la llamada cuestión social no tiene otra solución posible, que la de la caridad cristiana? Si los altos funcionarios del estado liberal, que nada tienen de liberales y dadivosos, renunciaran en bien de los pobres, alguna que otra vez, sus pagas exorbitantes, y sus trenes lujosísimos, y sus banquetes escandalosos y otras cosas por el estilo, ¿cuánto podrían aliviarse los tributos y contribuciones, y cuántos pobres saldrían de su misera situación! ¿Mas quién pide un acto de liberalidad á los que se llaman liberales por un contra sentido? Pero en fin, dejémonos de digresiones y vamos á nuestro asunto.

Inés recolectó aquella noche unos diez duros para sus pobres; su padre ade-

más le dió permiso para que de las provisiones de casa llevara á sus socorridos la cantidad que quisiera de aceite, pasas, carne, arroz, pan, etc., etc. Y se convino en que ella y Concepción, acompañadas de Fernandito, habían de ir á entregar aquella limosna la víspera de Navidad. Llegó la hora deseada y en el cuarto de Inés tuvo lugar una escena que los ángeles del cielo debieron contemplar embelesados. Ella y Concepción, teniendo en medio á Fernandito, oraban ante el portalito que la primera había dedicado al Divino infante en aquellos días. Oremos, hijo mío, decía Inés á su hermano, oremos y demos gracias á Dios, porque nos ha concedido la dicha de remediar las necesidades de nuestros prójimos. Así nuestra limosna será más grata al cielo.

Terminada la oración se pusieron en marcha. Inés iba radiante de alegría, como si fuera á socorrer no á unos pobres, sino á la sagrada familia cuando caminaba para Belén. Un criado llevaba en los grandes cestas abundante provisión para aquellos días, y ella se había reservado el dinero y algunos dulces para sus favorecidos.

Poco rato después entraban aquellos tres ángeles de paz en una habitación estrecha y oscura. Un anciano yacía tendido en una dura cama formada con

dos bancos, tres tablas y un jergón de pajas: una mujer de mediana edad estaba sentada al pie del techo pensativa y meditabunda, y dos chicos dormían en un rincón sobre un montón de ropa vieja. Al abrirse la puerta, se puso de pies la pobre mujer, y ofreció su silla respetuosamente á las dos aristocráticas señoritas, diciendo al mismo tiempo: Inés, ¿otra vez por aquí? ¡Válgame Dios y que buena es usted, señorita!

—Vamos, repuso ella, ¿cómo está su padre? ¿Le han traído las medicinas? ¿Ha mejorado algo? Vaya, cuénteme V. todos sus apuros y trabajos. El anciano lanzó á las dos jóvenes una mirada de gratitud; los chicos comenzaron á rebullirse en su rincón, al oír una voz extraña, y la buena mujer empezó á decir: Mi padre sigue mejor; pero ¡ay señorita! estoy affigidísima y no sé lo que me pasa. Esta mañana ha estado aquí el administrador de la casa, y me ha dicho que si no pagamos los dos meses que debemos, nos echarán de aquí á últimos del mes; y como no puedo dejar solo á mi padre con estos chicos para ir á la costura, no puedo ganarme una peseta como antes para pagar. Y lo que más pena me causa es que mi pobre padre y mis hijos se mueren de frío, porque he tenido que empeñar algunas piezas de ropa para no morirnos de ham-

bre. Y al decir esto, la pobre mujer se tapó el rostro con el delantal para ocultar la pena, el rubor y las lágrimas que caían de sus ojos.

Inés, derramando también una lágrima, no sabemos si de compasión ó de júbilo santo, depositó en manos de la desconsolada viuda los diez duros envueltos en un papel, diciendo: Con eso hay para salir ahora de apuros: más adelante . . . Dios proveerá! La gratitud arrancó de los ojos de aquella mujer más lágrimas que el rubor y la pena, y levantado los brazos exclamó: Señorita, permítame V. que le abraze; déjeme usted que la bese; y aquellas dos damas de la nobleza sevillana, se confundieron en estrecho y caritativo abrazo con la humilde hija del pueblo.

Entre tanto que esto pasaba, Fernandín estaba jugando con los chicos, diciéndoles que su hermana traía muchas cosas. Inés los llamó y ellos avergonzados se atrevieron á ir hasta que ella les enseñó el dulce que llevaba. Luego comenzó á desocupar las dos cestas, y al ver los chiquillos una de ellas, llena de nueces y castañas comenzaron á dar saltos, tocando al son de ruidosas palmas; Esta noche es noche buena. . . .

Inés sentóse luego un rato á la cabecera del enfermo, le habló de la conformidad con la voluntad de Dios en los

trabajos que nos envía, le consoló y le dejó más aliviado con su vista que si hubiera tomado el más eficaz confortativo. Al despedirse le dijo el buen anciano: Señorita Inés, ¿con que pagaremos á usted tan inmerecidos favores? Y ella le contestó: Con rogar á Dios por mí, y por los bienhechores que me han dado esa limosnita.

Cuando llegaron á casa, estaba ya reunida la tertulia para pedir cuenta á Inés de la inversión de la colecta. Fernandín con su media lengua fué el que la dió, contando lo que aquella señora lloraba y los abrazos que dió á Inés: la condesita no hacía más que elogiar los rasgos heroicos de la caridad de su amiga; y doña Fernanda, con la voz embargada por la emoción y llena de la más dulce satisfacción dijo á Inés estrechándola entre sus brazos: Hija mía, Dios ha premiado tu sacrificio. Prosigue así, Inés de mi alma; procura ser siempre la guía de tus hermanos y el consuelo de los pobres; y no dudes que Dios te concederá algún día las peticiones de tu corazón.

La alegría que rebosaba en el corazón de Inés bastaba para recompensa de su buena obra; pero Dios que ha prometido dar el ciento por uno en esta vida á sus fieles servidores, premió aquella misma noche á su fiel sierva. Inés se dur-

mió con el sueño de los justos, y llena de un gozo celestial, ya muy entrada la noche; y en aquel sueño tuvo visiones misteriosas que recordaba siempre con la más pura alegría. Le pareció que era llevada en espíritu al cielo ó á otro lugar muy parecido, donde se representaba muy al vivo el nacimiento temporal del Hijo eterno de Dios. Allí estaba San José radiante de gloria y hermosura y rodeado de ángeles que le llevaban su floreciente vara, á los cuales decía: Inés me ha dado una buena limosna para mi divino Niño: escribid esa hermosa acción en el libro de la vida. Allí estaba también la Madre del Verbo, cercada de espíritus bienaventurados que cantaban el *Gloria in excelsis Deo* al divino infante, y dirigiéndose á Inés le dijo estas palabras, que le recordaron las de la pobre socorrida: Ven, hija, y te daré un abrazo, ven Inés que quiero besarte. Y á tiempo que sentía las inefables caricias de la divina Madre, vió que el Niño Jesús le dirigía una dulcísima sonrisa, pronunciando á la vez esta sentencia del Evangelio: Lo que hiciste con aquel pobre por mi amor, conmigo lo hiciste.

Cuando Inés despertó creyó morir de gozo: conservaba grabados en su mente, con tal viveza los principales detalles del sueño, que toda aquella pascua an-

duvo como absorta y embelesada: y cuando alguna circunstancia le traía á la memoria la dulcísima mirada del Niño, quedaba como enagenada de los sentidos, mirando atentamente una cosa que nadie veía más que ella. Esa mirada indefinible fué una de las cosas que más se notaban en Inés desde entonces.

Agustín aprovechó aquella ocasión para insistir en el necio empeño de quitar la vocación á su hija: y una vez que ésta le habló de lo que agrada á Dios la virtud de la limosna, le dijo él: Pues si tanto agrada á Dios que demos limosna, harás una solemne tontería metiéndote monja, porque entonces no podrás dar ni una estampa; mientras que, si perseveras en casa, toda ella estará á tu disposición para hacer limosnas. Inés estaba de prisa y no quiso contestar á su padre, por lo cual se quedó él diciendo para sí: Ya va cediendo: antes de medio año hemos ganado el pleito: ¿Cómo va á resistir ella la tentación de ser condesa de Valdelirios? ¿Cómo podrá sufrir sin quemarse las miradas de fuego de José? ¿Y cómo no caerá en el lazo, si le decimos que tendrá á su disposición todo un condado para hacer limosnas? ¡Imposible, imposible!

¿Y cayó la pobre Inés en ese bien tendido lazo? Esta pregunta se te ocurrirá de nuevo, curioso lector, y yo por toda

contestación te digo que leas el capítulo siguiente, si quieres que tu curiosidad quede satisfecha.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO X

La tentación vencida.

BRILLANTISIMOS fueron los exámenes que hicieron Jacinto y José en la universidad matritense, donde obtuvieron el grado y la borla de doctor en leyes, entre el aplauso y los parabienes de sus condiscipulos. Volvieron, pues, los dos jóvenes á Sevilla cargados de laureles y triunfos literarios, capaces de envanecer y llenar de satisfacción á sus familias. La primera diligencia de la condesa, cuando llegó el hijo á su casa fué aconsejarle como buena madre que hiciera una semana ó diez días de ejercicios espirituales, bajo la dirección de su director (que era un padre Jesuíta) ya para purificarse de las inmundicias universitarias, si alguna había contraído, ya también para prepararse con ellos á entrar en posesión de las riquezas paternas y del título de conde que ella quería otorgarle.

Durante aquellos días de retiro y de

contestación te digo que leas el capítulo siguiente, si quieres que tu curiosidad quede satisfecha.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO X

La tentación vencida.

BRILLANTISIMOS fueron los exámenes que hicieron Jacinto y José en la universidad matritense, donde obtuvieron el grado y la borla de doctor en leyes, entre el aplauso y los parabienes de sus condiscipulos. Volvieron, pues, los dos jóvenes á Sevilla cargados de laureles y triunfos literarios, capaces de envanecer y llenar de satisfacción á sus familias. La primera diligencia de la condesa, cuando llegó el hijo á su casa fué aconsejarle como buena madre que hiciera una semana ó diez días de ejercicios espirituales, bajo la dirección de su director (que era un padre Jesuíta) ya para purificarse de las inmundicias universitarias, si alguna había contraído, ya también para prepararse con ellos á entrar en posesión de las riquezas paternas y del título de conde que ella quería otorgarle.

Durante aquellos días de retiro y de

silencio fué cuando José, elevándose á la contemplación de las verdades eternas, descubrió los inmensos y confusos horizontes de la vida humana, viéndose á cada momento perplejo y atormentado con las incertidumbres de un porvenir dichoso ó funesto. Más de una vez, aconsejado por su confesor, se había puesto á meditar sobre el camino que debía tomar: sobre el estado que había de elegir, y sobre el partido que debía abrazar una vez hecha la elección de estado. Su corazón naturalmente bueno, y la pureza de su vida le inclinaban á imitar los ejemplos de virtud que había visto, siendo joven, en los religiosos de la Compañía; y aquel ardiente deseo que sentía de ser amado le hacían soñar á veces con un ángel en forma humana, que siendo el compañero de su vida compartiría con él las penas y las alegrías de este destierro; y entonces aparecía á sus ojos, hermosa y radiante la figura de Inés, á quien dió en llamar el ángel de sus sueños; pero como temía que ella quería ser religiosa, terminaba siempre este importante punto de meditación, poniendo su futura suerte en manos del Patriarca San José, pidiéndole afectuosamente que le allanase el camino de la vida para poder sin tropiezo arribar á la patria bienaventurada.

De común acuerdo convinieron las dos familias pasar aquel verano en la quinta que ya conocen nuestros lectores. Agustín fué el que puso más empeño en ello, porque le pareció que de allí saldría indefectiblemente el casamiento de Inés con el condesito. La condesa accedió con gusto, porque se llevaba muy bien con Doña Fernanda, y amaba en extremo á Inés, á quien solía llamar con marcado acento *hijita mia* desde que conoció que su hijo la amaba, si bien respetando en su interior el derecho que tenía á elegir el estado que más le agradara. Concepción, que había ocupado en el corazón de Inés el lugar que tenía Flora antes de entrar en el convento, se avino mejor que nadie á pasar aquella temporada en compañía de su amiga. El único que recelaba ir era José, porque le habían contado tantas cosas de Inés, que como amante apasionado llegó á sospechar si algún pícaro sacristán la habría engañado con sus apariencias místicas para meterla en un convento; y despechado con este pensamiento, interiormente llamaba á Inés sin pensarlo tonta, necia, ingrata y escéntrica; pero cuando lo notaba, volvía sobre sí, reprendíase con viveza, y la adoraba de nuevo como al ángel de sus sueños y á la compañera de su vida. Fluctuando pues, entre el

temor y la esperanza, tuvo que marchar con todos; pero dispuesto á ser muy reservado hasta que observara y espíara con toda diligencia á Inés, á ver si sorprendía en ella algún síntoma ó señal de lo que tenía. Apenas llevaba en la quinta cuatro días, cuando las virtudes de Inés le llamaron la atención sobremanera. Su espíritu observador escudriñaba con atención todas las acciones de Inés, sus móviles y sus fines más ocultos, y al descubrir en ella cada día más subidos quilates de virtud, se avergonzaba de haber formado tan bajo concepto de ella. Inés, con su elevación de pensamiento, su nobleza de alma, su hermosura incomparable y su honestidad sin tacha, le pareció una mujer superior á todas, con una superioridad tanto mayor, cuanto que ella misma parecía ignorar su propio mérito, á pesar de verse reverencia de todos. Estas eminentes cualidades de la hija de Agustín robaron por completo el corazón de José, el cual tenía que hacer grandes violencias para ocultar el fuego que en él ardía. Como era bien nacido y miraba á Agustín como á padre, á él fué el primero á quien declaró su pensamiento, manifestándole la secreta simpatía que Inés le inspiraba y lo dichoso que sería si lograra unir su destino con el de aquella alma santa.

Agustín, que no deseaba otra cosa, y que con ese intento había procurado la venida de la Condesa y sus hijos, disimuló el gozo que esta pretensión le causaba y se contentó con decirle: "Ella parece que tenga más altos pensamientos: se ha encaprichado en ser monja, cosa que yo no quiero, y por eso no me atrevo á darle una palabra que no esté en mi mano cumplir. En cuanto está de mi parte yo te cedo la mano de Inés, pero á cuenta tuya y de su hermano Jacinto corre el obtener su consentimiento, porque yo no quiero casarla contra su voluntad."

José dió las gracias al disimulado Agustín, y con la venia de éste se puso á buscar ocasión para hablar con Inés á solas. Mucho le costó por cierto encontrarla, porque las inseparables compañeras nunca se separaban; y como el amor no admite dilaciones, saltó por cima de todo, y bajó á la huerta á declararle á Inés su pensamiento una tarde en que las dos amigas estaban en el jardín, haciendo unos ramos para el altar de la capilla.

José se hizo el distraído, y como si anduviera persiguiendo una mariposa, así corría de planta en planta y de arbusto en arbusto, hasta que se acercó al sitio en donde Inés y Concepción tejían sus ramos. El corazón le latía de

una manera inusitada: sentía el ánimo turbado, y temía que sus palabras comunicaran su turbación á la candorosa Inés. Hizo un esfuerzo sobrehumano para acercarse y adelantó unos pasos hacia ella; pero pronto retrocedió ruborizado, porque le pareció un crimen turbar la paz de la inocencia, declarando el pensamiento que en su pecho abrigaba. Por fin se acercó con trémulos pasos y dirigió á las dos amigas esta melodiosa pregunta: ¿Qué hacen las palomitas de María?

—Un ramo para nuestra Madre, contestó Inés.

Bien quisiera yo tener parte en el mérito de esta obra, y supongo que V. no despreciará la flor que yo le ofrezca.

—No, de ningún modo: que yo también tendré sumo gusto en presentar á María las rosas de un hijo suyo.

—Dichoso me juzgo hoy porque mis flores serán ofrecidas á la Virgen por manos de V.; pero aún sería más dichoso si... si...

—Si se las ofreciera Concepción, que es más buena que yo, le interrumpió Inés que ni siquiera sospechaba las intenciones de José. Este se vió cortado cuando estaba á punto de hacer su declaración, y el rubor tiñó de carmín sus blancas mejillas. Concepción, que oyó la alabanza de su amiga, herida en su humildad

trató de disimular como si nada oyera, y cantando por lo bajo se retiró hacia el rincón de las dalias donde se puso á cortar las que necesitaba para el ramo.

Viendo tan bella ocasión, hizo José el último esfuerzo, y sin atreverse á mirar á Inés por el respeto que ésta le infundía, teniendo sus ojos fijos en el ramito de azucenas que tenía en sus manos, entabló con ella este diálogo que llenó de júbilo á los ángeles que lo escucharon:

—Inés, tengo que revelar á usted un secreto, y para ello cuento con el permiso de su padre.

—Pronto, pronto, José. ¿Será usted acaso el dichoso mortal que me trae la buena nueva de mi redención? ¿Me ha obtenido usted de mi padre una gracia que los ruegos de mi madre juntos con mis lágrimas no han podido conseguir?

Estas palabras tan ambiguas lisonjearon las esperanzas de José, el cual, alentado con ellas, continuó: No sé cómo decirlo, Inés; perdone V. mi franqueza, y por Dios no se turbe, si no acierto á decirlo con la delicadeza que V. merece. Mil veces he oído decir á mi madre que se tendría por dichosa, si lograra dar á V. el dulce nombre de hija; el padre de V. dice de mí lo mismo; y yo he descubierto en V. al ángel de mis ensueños. Con que Inés, no se

niegue V. á labrar la dicha de los tres seres que más la aman sobre la tierra.

Aquí dió un suspiro para desahogar el ardor de su pecho, y enmudeció, esperando en silencio la respuesta de Inés. Ella, como si nada hubiera oído, absorta y abstraída había clavado sus penetrantes y enternecidos ojos, en un objeto entrañablemente amado, pero invisible y desconocido para José. Su rostro angelical conservaba la acostumbrada expresión de franqueza y de candor, pero esta vez realzado por no sé qué de misterioso. Una ligera y dulcísima sonrisa se mecía alrededor de sus labios, como se balancea una rosa sobre el tallo que la sostiene; y su frente espaciosa, eresa y blanca, medio cubierta con el velo de las vírgenes, parecía el trono donde la pureza reina sin contrarios que la persigan.

José, sin mirarla todavía, y extrañado de su silencio, volvió á interrogarla:

¿Qué me dice V.?

Esta dió un suspiro, y como si volviera de un éxtasis delicioso, exclamó con la esposa de los cantares:

—Mi Amado (para mí y yo para mi Amado).

José levantó los ojos y vió que los de Inés tenían aquella inocencia de paloma que dice el poeta sagrado, y que su mirada estaba fija más allá de los ob-

jetos que la rodeaban, en uno, visible sólo para ella, y que sin duda alguna le había robado el corazón; y al verla así sintió en su alma una respetuosa emoción. Perdóneme V., Inés, añadió, si con mi franca declaración la he ofendido; y más si ella le ha traído á la memoria otro amante más dichoso que yo.

—Sí; el que hirió mi corazón y en él grabó su sello, para que no pueda yo admitir otro amante más que él, respondió Inés.

—¿Luego renunciáis á ser la condesa de Valdelirios?

—Toda la gloria del mundo con sus grandezas y pompas vanas, las he despreciado por amor de Aquel á quien adoro, en quien espero, á quien amo y á quien quiero con toda el alma.

—¿Es decir, Inés, que he llegado tarde, que ya tenéis otro amante?

—Sí, ya estoy prometida á otro de cuya belleza el sol y la luna se maravillan, porque es el más hermoso de los hijos de los hombres.

—¿Habláis del esposo divino?

—Sí, de El hablo; á El debo mi vida, á El guardo mi fe, y á El me entrego con toda confianza; porque El me abraza y quedo pura, yo le acaricio y me conservo casta, yo le estrecho sobre mi seno sin dejar de ser virgen—y al decir estas palabras apretó Inés so-

bre su pecho el crucifijo que llevaba al cuello.

—Pues, que ese amor dure mucho y haga á usted feliz.

—Eternamente, eternamente, respondió ella.

El coloquio habia terminado: José estaba emocionado sin acertar á separarse de allí. Aquella negativa habia profundizado la herida de su corazón y casi lo habia transformado; á pesar de ver la imposibilidad de lo que pretendía, amaba á Inés más que antes; pero la amaba ya con ese amor purísimo con que se aman los ángeles del cielo. Renunciaba de buena gana á ser el esposo de Inés; mas quería poderla llamar hermana.

—Amable Inés— volvió á decirle— me consuela el saber que no me desprecia usted por ningún esposo humano, sino por el divino, y puesto en parangón con El, yo no puedo menos que aplaudir la resolución que usted ha tomado.

—¿Despreciar yo á usted? ¡Dios me libre! Siento en mi corazón un profundo aprecio y un inmenso cariño á la persona de usted; pero ese cariño no corresponde al amor que usted acaba de manifestarme, porque uno es mi Amado y á El vivo consagrada. Si así no fuera, sería el Conde de Valdelirios el único mortal que tendría derecho á lla-

marme suya. En cuanto á mi resolución, juzgue usted mismo, si puede ser dudosa la elección entre lo percedero y lo durable, entre lo temporal y lo eterno, entre la criatura y el Criador, entre el tálamo terreno y el celeste; entre el Esposo Divino y el esposo mortal. Con este último, por cada hora de gusto hay un día de pena, por cada día de placer un mes de pesares, y por cada mes de gozo, años enteros de angustias y zozobras. Y aunque la dicha y el placer fueran constantes, llega al fin un día en que la muerte arrebatá á uno de los consortes, y para el otro no queda más que viudez penosa, amargo llanto y triste soledad. Mas el esposo de las almas puras (que á él se han consagrado) no le toca la muerte, y ésta, lejos de apartarme de sus brazos, me llevará á ellos, para jamás separarnos. Por eso envidio la muerte del alma religiosa, que rodeada de otras almas castas oye entonar para alivio de su agonía aquel *ven esposa de Cristo á recibir tu corona*. . . A eso sólo aspiro, á morir virgen, como la madre del Verbo, para que mi alma vuele por los espacios celestes hacia el tálamo divino; y allí en aquel piélago infinito de suavísima luz, gozar las inefables delicias del divino Esposo, siempre puras, siempre nuevas, siempre llenas de indefinibles consuelos. Dichosa

yo, si aquí y allí logro vivir eternamente embriagada en sus purísimos amores. Mi resolución al menos es ésta, y resolución irrevocable, porque he jurado vivir y morir defendiendo la inmaculada bandera de la Virginitad. Esta flor—añadió mostrando á José el ramo de azucenas que tenía en la mano;—esta flor es su símbolo, guárdela usted para que le recuerde siempre la conversación que aquí hemos tenido.

—No—contestó José;—ofrézcaselas usted á la Virgen de mi parte, y pídale que me inspire la heroica resolución que usted ha tomado.

En esto llegaba Concepción trayendo la falda de su blanco delantal lleno de dalias que entregó á Inés sonriendo; y José aprovechó aquel momento para separarse de allí disimuladamente, yéndose á la sombra del naranjo á darse cuenta de lo que le había pasado.



CAPITULO XI

En el cual el autor calló de intento la materia de que trata.

SENTOSE nuestro joven debajo de aquel árbol testigo de los suspiros de Inés; estaba el pobrecillo sofocado y como fuera de sí, dudando si dormía ó velaba, si era sueño ó realidad lo que le estaba pasando. Si la tierra se le hubiera abierto de repente para tragárselo; ó si el sol se hubiera obscurecido de improviso en mitad del día, dejando el mundo en tinieblas; ó si la mariposa, tras la cual poco antes corría, se le hubiera convertido en horrible Dragón, es probable que el pobre José no hubiera quedado tan atónito, tan espantado, ni tan fuera de sí como le dejó la resolución de Inés. Su corazón había sufrido un desengaño tremendo, un desencanto cruel, y estaba asombrado, yerto, como si en un punto hubiera perdido para siempre toda la alegría de su vida; pe-

ro jamás exhaló por ello un suspiro, ni se le escapó una queja, ni dió el más leve indicio de la amargura que torturaba su alma. Inés comprendió perfectamente lo que pasaba en el fondo de aquel corazón herido, se lo agradeció profundamente, y hasta quiso mitigar sus penas, evitando de allí en adelante el verse á solas con José.

Su padre, por el contrario, le rodeaba sin cesar buscando oportunidad para hablarle del asunto; pero viendo la reserva que José guardaba y no pudiendo aguantar más, le soltó un día á quemarropa esta pregunta: ¿Cómo anda el negocio? Tú la amas y ella te quiere; pero tu timidez por un lado y sus escrúpulos por otro, os alejan mutuamente, haciéndooos creer que todo es pecado.

—No es eso Agustín—respondió José con amarga tristeza:—Inés misma me ha dicho que ha consagrado á Dios su corazón todo entero, que será religiosa, y así, que no piense más en ella.

Agustín se mordió los labios de rabia, y fingiendo que aquello era una sonrisa, exclamó: ¿Inés monja? ¡Vamos, no seas niño! ¿Cómo quieres que se meta de monja una joven del talento y hermosura de mi Inés? ¡No, hombre no! Monjas sólo se meten las tontas, ó las feas que no tienen quien de ellas se acuerde; pero Inés? ¡Cá! ni pensarlo. Ni yo lo con-

sentiré, ni ella lo querrá ser: si tú te atraviesas por medio, Inés será tu esposa, si tú no renuncias á ella, es decir, si tú te atreves á quitarle los escrúpulos que ha sacado del colegio.

Todo este razonamiento lo oyó José meditabundo, con la cabeza inclinada y los ojos bajos, revolviendo allá en su pensamiento lo que Inés le había dicho, y al terminar Agustín su última frase, irguió la frente, y con grande pena, pero con voz reposada, síntoma de una decisión resuelta, contestó: Sólo Dios sabe el sacrificio que me cuesta renunciar la mano de Inés; pero conozco ahora que no soy digno de poseer un alma tan hermosa, que sin duda alguna Dios ha criado para sí. Que se consagre pues al Esposo de las vírgenes, que sea religiosa, que así y todo, yo no podré olvidarla, yo la adoraré siempre; yo la amaré más cada día con el purísimo y santo amor que ahora le profeso. Porque ha de saber usted que la quiero mucho, más que á mí mismo, más que usted pueda quererla; pues la quiero toda para Dios. Y aunque me cueste la vida renunciar su mano, y aunque yo pudiera fácilmente hacerla mía, no seré yo quien le quite su vocación ni quien se oponga á la voluntad divina. Sea ella feliz, siendo esposa de Cristo, y mis deseos están cumplidos. Al decir esto, José cogió el som-

brero que tenía sobre la mesa, y desapareció de allí para no volver á pisar más la quinta de Agustín, el que, al verlo marchar, se quedó helado y musitando: ¿Si será manía? ¿Si la otra le habrá pegado sus escrúpulos? ¿Si andará el diablo por medio? Y como era hombre que hacía las cosas antes de pensarlas, salió de allí en busca de su hija.

Encontróla por fortuna sola en su habitación, y sin más preámbulos ni rodeos, ocultando la ira que le devoraba, y mostrando una pena que no tenía, comenzó á decirle:

—¡Necia! ¡ingrata! ¡mevas á quitar la vida!

Inés, víctima de una sorpresa, comenzó á palidecer, y miró á su padre con mucha extrañeza, como queriendo decirle: pero ¿qué pasa? El, que comprendió muy bien la expresión de aquella mirada, continuó: ¡Ingrata, más que ingrata! Tu padre se desvela por hacerte feliz, y tú por despreciar la felicidad que tu padre te procura. Yo me desvívo por proporcionarte un porvenir dichoso, y tú por alejar de tí el brillante porvenir que yo te había proporcionado. ¡Ingrata! ¿Así correspondes al amor que te tengo? ¿Así me pagas los desvelos que por tí me he tomado?

—Si usted supiera lo mucho que lo quiero, quizá no me diría eso, porque no

hay en todo el mundo otra criatura á quien yo ame como á usted; pero. . . .

—¡Pero no me quieres dar gusto en nada, y quieres acabar conmigo!

—¡Yo, papá?

—¡Tú, tú misma! ¿Por qué has rehusado tan groseramente la mano de José, que podía hacer tu felicidad, y la de toda la familia?

—Porque Dios me llama al claustro, y quiero ser religiosa—contestó Inés sencillamente.

—¡Necia! ¡insolente! ¡atrevida!—gritó Agustín medio desesperado.—¡Mala hija! vete de aquí y ten entendido que si no desistes de tu manía te daré de palos; y al decirlo, dió tan fuerte puñetazo en la mesa donde Inés tenía sus labores, que todo fué rodando por tierra. Agustín tomó la puerta y la pobre Inés tapándose la cara con su blanco delantal, y oprimiéndose con las manos sus labios para que no se le escaparan los sollozos, se metió en su alcoba, y arrojada ante la imagen del Corazón de Jesús que allí tenía, dió rienda suelta á su llanto.

—¡Ay de mí, Señor,—decía—ay de mí, que cada vez estoy más lejos de vos, Dios mío! Yo desprecio las vanidades del mundo, y ellas me persiguen sin cesar. Yo deseo volar á la soledad y cada vez hallo más cerrada la puerta para en-

trar en ella. ¡Ah! si me hubiérais criado menos rica ó menos noble, si me hubiérais hecho menos hermosa ó más desgraciada, quizás mi padre fomentara mi vocación, quizás el mundo me despreciara, quizás estaría ya en un convento, gozando las delicias de tu amor, libre de tanta seducción, de tanto peligro, de tantas ilusiones y mentiras como en el mundo veo. Dichosos los que moran tu casa. ¡Dios mío! ¿Cuándo me concederás á mí esa dicha? ¿Cuándo moraré yo en tu palacio? ¡Sea pronto, Señor mío; sea pronto, cueste lo que costare, aunque sea la sangre de mis venas! ¡Dichosa yo si por tí la derramara! ¡Dichosa si por ser te fiel me azotara mi padre, y padeciera yo por tí algo de lo mucho que tú por mí padeciste! ¿Hasta cuándo, Señor?

Inés creía que nadie le escuchaba, y por eso desahogó su corazón con el soliloquio que hemos apuntado; pero se engañaba, porque su padre estaba detrás de la puerta oyéndolo todo. Hubo un momento en que estuvo á punto de estallar, correr hacia su hija, cogerla por el cabello y arrastrarla por el suelo; mas al oírle decir que deseaba ser azotada por imitar al Salvador del mundo, le dió un golpe el corazón, y comenzó á pensar si sería cierto que Dios escoge algunas almas para sí, y las llama clara, distin-

ta y resueltamente. Despreció aquella corazonada, cual si fuera una tentación, y dió entrada á una tentación verdadera que el diablo le sugirió. He perdido el pleito—se dijo—pero pobre porfiado saca mendrugo. No ha podido ser en la temporada de verano, pues será en la de invierno: yo no desisto. Un día la llevaré á tertulias, otro á bailes, luego á los toros, y no me ha de perder este invierno una función de teatro. Así le tengo quitados los escrúpulos para carnaval, y entonces veremos cómo no se hace sorda á las voces del Condesito. ¡Tonto de mí!—añadió dándose un golpe en la frente.—¿Cómo no se me ocurrió antes esa idea?

Y dominado por esta diabólica idea, dispuso Agustín cuanto antes el regreso de la familia á Sevilla, pretextando no sé que negocio urgente; pero en realidad no había nada. El mismo se dedicó desde luego á buscar amigas y amigos para su Inés, con el exclusivo objeto de que la trajeran y la llevaran arriba y abajo, de acá para allá, á fin de no darle tiempo para pensar en su vocación ni en nada bueno. El se gastaba á veces un dinerito en billetes de entrada que repartía luego entre pollos y pollitas para que acompañaran á su hija y le ayudaran en la horrible tarea de desecristianizar á la pobre muchacha. ¿Qué más? Hasta le

hacía fijarse en cosas ajenas de una doncella, cuando le acompañaba al baile ó al teatro. Es verdad que conociendo la tentación, quiso Inés resistir á ella, pero la madre le aconsejó que no disgustara al papá, para tenerlo más propicio el día de mañana; es cierto que al principio se pertrechó con todos los medios que le sugirió su fervor, y que iba al baile con cilicios, y al teatro con gemelos llenos de trapos para no ver nada y estar durante ese tiempo en oración; es también cierto que muchas veces se fingía enferma para no verse obligada á mezclar lo sagrado con lo profano, yendo á comulgar por la mañana, y por la noche al teatro; pero puede tanto en una joven la seducción del mundo, cuando está autorizada con los malos ejemplos ó la imposición de los padres!

¡Ay padres! ¡padres! Cuando os veo conducir de la mano á vuestros hijos al templo santo; cuando os veo apartarlos de los peligros y conservar en ellos con mil industrias esa santa ignorancia de todo lo malo, que es como tutora de la inocencia, cuando veo que los apartais con cuidado del mundo y sus seducciones; entonces me parecéis ángeles de guarda, enviados por Dios al mundo para conservar en las almas la inocencia y la virtud. Pero cuando os veo acompañar á vuestras hijas al baile y á

los festines; cuando os veo llegar con ellas á las butacas de un palco, cuando observo que las metéis en medio del mundo y las exponéis á ser objeto de impuros deseos y bajas pasiones, entonces me parecéis diablos abortados por el infierno para arrancar del mundo la moralidad, la virtud y la inocencia. ¿Qué humildad no se rinde á los ciertos tiros de la vanidad halagada? ¿Qué planta se conserva lozana y hermosa arrancada del jardín y arrojada á un estercolero? ¿Qué corazón se conserva incólume y puro entre las embriagadoras seducciones del mundo, demonio y carne? ¡Ay, padres! ¡padres! ¡Qué tremenda responsabilidad tenéis contraída ante Dios si seguís los ejemplos del desdichado Agustín!

Este siguió llevando y trayendo á su hija á donde más pronto y mejor le parecía á él que perdería la vocación; hasta que un día la pobre muchacha, tímida y pálida, se acercó á su padre y le dijo:

—Papá, esta vida que llevo me es insostenible; yo no quisiera darle á usted el menor disgusto, pero así no puedo vivir. Por Dios, padre mío, tenga usted compasión de mi pobre alma, y no me obligue á ir á festines, bailes, ni reuniones, que me son más amargas que la muerte.

—¡Anda, escrupulosa! —le dijo él sonriendo:—¿No van fulanita y menganita, que son tan buenas ó mejores que tú?

—Sí, papá, pero por lo mismo que son más buenas podrán resistir ellas sin peligro; más yo, ¡imposible! ¡yo no puedo más!

—¡Pues tendrás que cumplir con los deberes que la sociedad y el nacimiento te imponen!

—Pero ¿qué falta hago yo en esas fiestas? ¿Qué tiene el mundo que ver conmigo? ¿Por qué me han de obligar á sentir unos remordimientos que me devoran?

—¡Calla y obedece, orgullosa! ¿Quieres tú reformar el mundo? Así lo has encontrado, y así lo dejarás.

—¡Pues yo no quiero alternar con el mundo!

—¡Pues alternarás por fuerza!

—Pues á donde quiera que vaya, llevaré el rosario en la mano y me meteré por los rincones á rezarlo, para que se burlen de mí, y no me quieran en ninguna parte.

—Pues hazlo, si te atreves, y vas á saber quién es tu padre.

Inés se apartó de allí vencida, pero con propósito de cumplir lo que dijo: y lo cumplió, porque á la primera reunión que fué se llevó su rosario y comenzó á rezar por los rincones; mas

apenas observó que unos se le reían, y otras se le burlaban, y aquellos cuchicheaban en otro rincón, mirándola con sarcástica sonrisa, se puso verde, se indignó, apretó el rosario entre los dedos hasta romperlo, y lo guardó medio destrozado en su bolsillo. El maldito respeto humano había triunfado de Inés.

El ángel de su guarda le inspiró en aquel momento una resolución heroica:—¡Sigue! —le dijo interiormente. ¡Sigue! Haz ese acto de humildad tres veces. Sufre otras tantas las burlas y moñas del mundo á imitación de aquél que por tu amor quiso ser burlado y escupido. Ponte por tres veces más por blanco de las injurias y chacotas del mundo, y tu victoria es completa. Pronto se te abrirán por premio las puertas del convento.

Ella fué á poner por obra esta inspiración; mas al notar el burlesco mohín que hizo una pelirrubia que allí estaba, desistió de su intento, diciendo: Bueno, otro día. ¡No! ¡ahora, ahora! —le decía su corazón.—¡Haz ahora el sacrificio! ¿Ahora? —contestaba ella.—¡qué vergüenza! otro día....

¿Qué más? Nada: que aquella noche el ángel de su guarda se desveló y se entristeció, porque la conducta de Inés

le inspiraba serios cuidados. La había vencido el respeto humano; había sido víctima del maldito *qué dirán*. ¡Pobrecilla!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO XII

De cómo á Inés se le fué apagando la luz, y poquito á poco se quedó á obscuras.

LOS deleites del mundo, sus gustos, comodidades, regalos y placeres, fueron poquito á poco y con muchísima blandura filtrándose en el alma de la pobre Inés, la cual fué despertando insensiblemente del sueño de la inocencia, y poniéndose en comunicación con el *gran mundo*. Cuando salió del colegio le pareció falta de modestia mirarse con detención al espejo; y tentación de vanidad (insulsa y repugnante para ella) oír las alabanzas que los hombres prodigaban á su hermosura. Por eso, asustada, cerraba los ojos y los oídos y se ponía colorada al ver aquellos espejos y al oír aquellas alabanzas; pero como á cada paso le salía un espejo retratando su belleza, y á cada momento

oía que la llamaban hermosa, elegante y guapa, se cansó la pobrecilla de ponerse colorada, se aburrió de tanto cerrar los ojos y los oídos, y dijo para sí un día cuando comenzó á componerse:

Pero, ¿qué tonta soy! ¿Qué mal hay en arreglarse una bien, ni en mirarse al espejo? ¿Qué pecado es que yo sea hermosa y que los hombres me lo digan? Y apenas hizo esta preguntas, cuando oyó allá en el fondo de su alma una voz clara, vigorosa y enérgica que le decía como á Eva en el paraíso: ¡De la fruta del árbol vedado no se puede comer sin morir! Yo no sé si esta voz era de Dios ó de la conciencia, ó de un gusanillo inferior que anida en el fondo del corazón humano, y se llama remordimiento; lo que sí sé que Inés se estremeció al oírla, y estuvo para contestarle y obedecerle; mas se volvió á mirar al espejo, se hizo la desentendida, y el ruido y confusión del mundo apagaron y extinguieron el eco de aquella voz poderosa. La voz no dejó por eso de llamar y reprender; pero ensordecida Inés con el clamoreo y tráfago mundano dejó de oírla, y fué para ella aquella voz divina, la voz del que clama en el desierto, como dijo el profeta Isaías.

A todo esto, Inés no pensaba abandonar su vocación religiosa, eso no; pero ¡había tantas dificultades que vencer!

Se necesitaba un buen dote y la licencia de su padre, refractario como nadie á que fuera monja; y esto para ella era un obstáculo insuperable. No tengo otro remedio—decía—que resignarme, y seguir como voy, abrazarme con mi cruz y hacer en el mundo el bien que pueda.

—¡En el mundo no!—le gritaba la voz de la conciencia—en el mundo no, en tu retiro es donde has de abrazarte con la cruz y hacer el bien que puedas; pero Inés, aficionada ya algún tanto á las fiestas y diversiones, contestaba: ¡En el mundo, en el mundo! que así estará mi vocación más probada. Y la voz que (al parecer) sabía muchas sentencias de las escrituras sagradas, le respondió: El que ama el peligro en él perecerá. Y volvió á extinguirse de nuevo.

A pesar de todo esto, Inés cada día se engolfaba más en el mundo y navegaba por él á velas desplegadas. Se inscribió en muchas cofradías y hermandades, se cargó con la presidencia de las Hijas de María en su parroquia, con la de las conferencias de San Vicente y, no recuerdo con qué otro cargo en el Apostolado de la oración. Lo cierto es que la pobre no se daba un momento de reposo. La mañana la pasaba en el templo, luego dedicaba un rato á los pobres y á los negocios de sus cargas; después comía, y casi sin tomar descanso, hacía

ó recibía visitas; el resto de la tarde lo empleaba en el paseo, bien fuera en las Delicias, bien en la plaza de San Fernando, y la noche en la reunión ó en el teatro. Ella misma cuidaba de que el mejor coche que pasease por las Delicias y el mejor palco del teatro, y los vestidos más elegantes y de última moda fueran los suyos; engañándose á sí misma con la necia ilusión de que todo lo hacía para atraer los tibios á la piedad, y para llamar la atención á los descuidados á fin de ganarlos para Dios. Y cuando el gusanillo interior comenzaba á morder y á decirle que no era así, que no fuera tonta, porque á Dios no se engaña, entonces ella le contestaba que en el mundo era donde se reñían los combates más gloriosos, y donde mayores triunfos se obtenían; y más cuando ella, á imitación de San Pablo, se hacía todo para todos, á fin de ganarlos á todos para Jesucristo.

Yo no sé si nuestra joven los ganó: lo que sí sé es que el mundo le pagaba con ganancia las consideraciones que ella le tenía, porque en Sevilla no se hablaba de otra cosa que de Inés, maravillándose cuantos la conocían de ver en ella una espantosa mezcla de mundo y de religión. Según decían, Inés sabía hermanar como nadie los deberes religiosos y sociales; la piedad con el lujo, la

oración con las diversiones, la riqueza con el amor á los pobres. Cuando ella oía estas alabanzas, sentíase complacidísima en lo interior de su alma y le decía al gusanillo que dormía allá dentro: ¿Lo ves, lo ves? este es un triunfo de la religión: estas alabanzas que me tributan, no las tributan á mi persona sino á mi cristiandad, es decir, á Cristo, á quien yo haré que amen todos mis admiradores. Y el gusanillo con algún poco de insolencia le contestaba: ¡Tonta, tonta! acuérdate de lo que dijo el apóstol: Si yo pretendiera agradar al mundo, ya no sería siervo de Jesucristo: y se volvía á dormir.

Inés seguía afanosa su tarea de convertirse de piadosa en mundana, para hacer á los mundanos devotos como ella: por lo visto no había leído nunca la fábula de las manzanas podridas, pues de lo contrario, hubiera sabido á qué atenerse. La verdad es que los admiradores de Inés se iban multiplicando, y convirtiéndose en algo más que admiradores, en pretendientes. Todos los domingos y algunos días entre semana, se plantaban á las puertas de la iglesia donde ella oía misa, una turba de mozalbetes, y allí estaban esperando que saliera para echarle flores. Tan poderoso era el encanto de Inés para llevar la juventud indevota al templo; ¡digo

no! ¡a las puertas del templo! y no con esto se desengañaba.

Lejos de desengañarse formó un *círculo piadoso*, flor y nata de la devoción sevillana, y al cual puso el retumbante nombre de la *Caridad elegante*. Es de advertir que el dicho *círculo* lo componían unas cuantas amigas íntimas de Inés, jóvenes de su clase, un par de viudas jóvenes todavía, y una señora casada: estas últimas servían de acompañantes á las primeras en sus funciones de *caridad elegante*. Cuando se reunían trataban de los asuntos de piedad que tenían entre manos, y proyectaban tertulias, fiestas y bailes de confianza para hacer en ellos una colecta en beneficio de los pobres; y los ratos desocupados, que eran los más, los empleaban en alabarse mutuamente unas á otras; en burlarse del prójimo, cortando un vestido al más pintado, y en murmurar y criticar las acciones de los otros; achaque muy común entre mujeres.

Uno de los ramos de aquella *caridad elegante* era el buscar trabajo á los pobres, colocación al necesitado de ella, y recomendaciones á todo el que con buen título la pedía. Ellas tenían entrada en las fábricas de la Gran Cartuja, en el Hospital de la Sangre, en el Palacio Arzobispal, en la Fábrica de Tabaco, en el Gobierno, en la Capitanía General, y

hasta en San Telmo y en el Alcázar, cuando allí moraban los infantes ó los reyes. A todos estos puntos llevaban las jóvenes del *círculo piadoso* recomendaciones, credenciales, nombramientos y ascensos, con los cuales gravaban muchas veces la caja provincial ó municipal, y ejercían ellas la caridad á costa del Ayuntamiento ó de la provincia. Agustín, que á pesar de no ser hombre de política, pertenecía aquel año á la diputación provincial, ayudaba á su hija cuanto podía y estaba satisfecho, fuera de sí, loco de contento con la mudanza de Inés. Aquel era el triunfo mayor que él había obtenido en su vida.

Entusiasmado con su inesperada victoria, dábale Agustín á Inés para sus corradías y asociaciones cuanto ésta le pedía. Un día le ocurrió á la niña una idea peregrina, que comunicó á su padre. Papá, le dijo, he pensado que podíamos hacernos célebres, á lo menos muy queridos y nombrados con poco trabajo: podíamos fundar un establecimiento de caridad y enseñanza en... (aquí entra el nombre del pueblo donde radica la hermosa quinta de Agustín.) Las hermanas Terceras de San Francisco se encargarán de él y tendrán al mismo tiempo hospital y escuela gratuita. Con que llevemos allá unos días á predicar al Sr. Magistral, ó dos padres

del Loreto para que den una misión y expongan el asunto, el pueblo se entusiasmará y trabajará gratis ó poco menos hasta terminar el edificio: V. no tiene más que dar el terreno cerca del pueblo, y la madera (de tantos pinos como tenemos) y poner un par de carros á la disposición de aquel ayuntamiento; y en menos de nada está hecho el edificio y la familia nombrada patrona de una gran casa de beneficencia.

—Hermoso pensamiento! —dijo Agustín lleno de gozo— y maquinamente prometió á su hija cuanto ella quisiera para realizarlo. Aquello de verse contado entre los ilustres patricios, y aclamado por amigo del país y por amparo y protector de la beneficencia pública; el considerarse respetado de sus compatriotas, adorado de su pueblo, y con su nombre immortalizado, pudo tanto con él que dió por bien empleado cuanto su Inés quisiera gastarle: y añadió para sus adentros: Así me gusta á mí, que no piense en monjío; gracias á Dios que se le quitó ese capricho.

Inés, alentada con la promesa de su padre, comenzó á trabajar el negocio con mucha actividad: ya lo tenía casi todo preparado, y sólo faltaba que las hermanas terciarias se encargaran de la fundación. El día que fué á tratar de este asunto con la madre general, que-

dó todo arreglado, es decir, todo no porque Inés quedó más desarreglada que nunca. Fué el caso, que mientras ella hablaba con las religiosas, se despertó otra vez el gusanillo interior, que por lo visto dormía, y empezó á decirle: ¿Y tú, por qué no entras monja? ¿Para cuándo lo vas á dejar?

Púsose de mal humor al oírlo, y le contestó como ofendida: ¡Más adelante, más adelante! Bastante hago con no renunciar á serlo, viéndome tan contrariada como me he visto, y tan pretendida como me veo. Yo no renuncio á mi vocación, pero más adelante. El gusanillo volvió á callar y ella comenzó á hablar consigo misma: Pero ¿tendré yo valor ahora para meterme monja? ¿Y qué falta hago yo en el convento? ¿Qué prisa tengo? Si hace una aquí tanto bien que allí no podrá hacer! Y sobre todo que soy muy joven ¡Tiempo tengo! no renuncio á mi vocación, pero más adelante veremos!

Al decir esta última palabra, sintió un frío intenso y una grande obscuridad allá en lo más recóndito de la conciencia. Era que el gusanillo, causado de llamar en vano, dió un golpe á cierta luz que allí había y la apagó, dejando á Inés en tinieblas.

CAPITULO XIII

De cómo Inés, habiéndose quedado á obscuras, comenzó á tropezar.

POR aquellos días hubo en Sevilla una inundación espantosa. El Guadalquivir salió de madre causando enormes perjuicios, y dejando á muchas familias en la miseria. Apenas el río se encerró en su cauce natural y las calles se pusieron transitables, Inés comenzó á preparar un concierto para contribuir con el producto que de él sacara al socorro de los anegados. Terminado éste, le ocurrió otra idea.

Como estaban en cuaresma, le pareció de perlas dar unas cuantas funciones de teatro, representando en ellas la comedia de la Pasión. Porque, como ella decía, ya que no podía restablecer la piedad y el recogimiento propio de aquel santo tiempo de penitencia; ya que los mundanos no querían asistir á los sermones, ni dejar de divertirse en cuares-

ma, sería muy conveniente que por lo menos celebrasen la santidad del tiempo jugando y divirtiéndose con las cosas santas, ¡con la Pasión de Jesucristo, nada menos! ¡Horrible fué este primer tropezón, que dió Inés! Como se había quedado á obscuras, empezó á correr y pasó de la intransigencia santa á la cobarde mesticería, y se hizo partidaria del mal menor. Menor mal le parecía á ella ver que las gentes se divertían con la Pasión sacratísima de Cristo, que verlas retiradas en sus casas, ó divirtiéndose con otras cosas menos vengadoras; pero un relámpago de luz cruzó por su mente iluminando un instante aquellas tinieblas, y entonces vió que era mucho peor reirse y divertirse con los objetos sagrados que retraerse de ellos por miramiento, respeto ó indiferencia. . . . ¡Ni por ésas! Inés no desistió.

El segundo tropezón no fué más pequeño. Con el mismo objeto que dejó indicado, dióse una velada musical y literaria en el teatro Real, donde había de hablar, invitado por las señoras del *circulo piadoso* un orador célebre, recién llegado por aquellos días á la capital de Andalucía. Era Castelar, apóstol de la democracia, testafarro de la república, político funesto, fabricante de heréticos discursos, propalador de ridícu-

las patrañas, traficante de verdades y charlador sempiterno. Este lorito que charlaba mucho sin saber lo que decía, dedicó sendos párrafos de su discurso á elogiar la abnegación de las damas se villanas, que inspirándose en el espíritu democrático del Evangelio, deponían su altivez de raza para tender una mano benéfica al pobre desharapado y hambriento. Luego habló de la influencia de la mujer en la sociedad y del bien que podían hacer en el mundo, apoyadas por el hombre. "Porque—decía él—¿qué será de esa bella flor que llamamos mujer, si no la sostiene y le da vida el robusto tallo? ¿Qué será de esa vid fecunda, si no está enlazada al olmo para que la sostenga y le ayude á tener suspensos en el aire sus apiñados racimos? Esa flor se secará, y esa vid no dará fruto; y de darlos no llegarán á sazón."

Aquella era la primera vez que Inés oía un orador profano; y como estaba acostumbrada á escuchar con docilidad y respeto los sermones á que asistía, dispensó el mismo honor al galiparlante D. Emilio. Más todavía, lo escuchó como á un oráculo, y tomó sus palabras como inspiradas de Dios. Es verdad lo que ha dicho Castelar,—pensaba ella.—Yo sola no podré hacer en el mundo todo el bien que deseo. Para ir á cual-

quier parte una joven como yo, necesita que la acompañe su padre ó su madre ú otra persona de respeto. En el presente estado no tiene una representación alguna para nada, ni goza de libertad, ni puede ponerse al frente de cosa ninguna, sin ser notada y tenida de todo el mundo por un marimacho. ¿Si tendría razón mi padre cuando me dijo que en casándome podría hacer mucho bien, porque sería dueña de mi persona y de grandes riquezas? ¡Jesús! añadió: ¡Ave María purísima! ¿Yo casarme? ¡no, no! ¿Qué diría Mamá? ¿Qué diría el mundo?

No vayas á creer, cándido lector, que estas últimas palabras se las inspiró él gusanillo de la conciencia, porque no es así: que éste se había encerrado en su capullo como gusano de seda. Otro bicho que ella tenía en su cabeza, veleidoso y liviano como una mariposa, era el que solía ponerse en contestaciones con ella. Esta nueva mariposa era un reclamo del demonio ó poco menos: porque al ver los aspavientos de Inés á la primera idea de casorio, comenzó á decirle con mucha dulzura: Cásate, mujer, y no seas tonta. ¿No ves que por todas partes te rodean necios amadores? ¿No ves las miradas de lascivo fuego que unos y otros te dirigen? ¿Y no te parece indigno de tí estar inspirando torpes de-

seos á esa juventud masculina que te rodea por todas partes? ¿Hasta cuándo vas á ser objeto de mezquinas y viles pasiones? ¿No ves que es menor mal casarte que vivir como vives? Inés reflexionó un momento y exclamó: Tiene razón Es verdad Me decido á

Antes de pronunciar la última palabra, el gusano del remordimiento despertó alborotado y gritando: No! ¡no! ¡no! y como te cases ¡ay de tí!

Esto pasaba al día siguiente de haber oído ella á Castelar: serían entonces como las tres de la tarde: y fué tal y tan mala la impresión que le causó á Inés la amenaza del gusanillo, que en toda la noche siguiente no pudo dormir. Después de una semana de insomnios, y de muchos días de mal humor, y de un mes de incertidumbres y dudas, buscó un remedio para tranquilizarse. Se acordó de su amiga Flora, la cual había profesado hacía ya muchos meses. Inés fué invitada para la fiesta como madrina, y deseó ir, y hasta pagó la función que se hizo; pero ella no asistió, porque se lo impidieron los negocios de su *Círculo piadoso* recién fundado; y primero era la obligación que la devoción como ella decía:

Trató, pues, de consultar el asunto con aquella excelente religiosa, parecién-

dole que si Flora lo aprobaba, se quedaría tranquila. Para hacerlo más despacio sentóse en su mesa y escribió una carta de tres pliegos muy bien pensada, comunicándole á su antigua amiga al estado de su alma, las dificultades de su vocación, las inspiraciones (así las llamaba ella) que sentía, las circunstancias en que se hallaba, etc., etc.; pero puesto con tal maestría á manera de argumentos, que de todas las premisas se deducía lógicamente esta consecuencia: Si no es lo mejor, es lo que más conviene Puedes casarte tranquilamente. Cerró la carta y llamó á Prudencia para que se la llevara á Flora, y se la diera en propias manos: de lo contrario, le encargó que se la trajera. Al irse Prudencia, quedóse Inés murmurando: Después de todo, si su respuesta es satisfactoria me tranquilizará; y si no ya veremos.

Flora recibió la carta, y después de pasar la vista por la primera platá con grandísima pena, le dijo á la criada: Espere V. un momento. Subió á su celda, y bajó inmediatamente con un sobre cerrado que entregó á Prudencia diciéndole: Dígale usted á la señorita Inés, que me acuerdo mucho de ella, que por ella ruego, y por ella lloro y por ella me mortifico.

Partió la criada con el recado, que

dejó en la mesa de Inés, porque ésta había ya salido á sus negocios. Cuando volvió y halló la carta, abrióla precipitadamente y se quedó fría al ver que no era más que de una hoja escrita por un solo lado. La carta de Inés á Flora no ha llegado á mis manos, porque Flora la rompió apenas la hubo leído; y es lástima grande que lo hubiera hecho así, porque si la hubiera conservado pudiéramos admirar hoy toda la finura, toda la agudeza, todo el ingenio, ó por mejor decir, toda la astucia y toda la sofistería de una casquivana de diez y ocho años que, al pedir un consejo, presenta delante un montón de argumentos, para que le digan lo que ella desea y nada más. La que si ha llegado á mi poder por una feliz casualidad es la de Flora á Inés que decía de la siguiente manera:

Queridísima Inés:

*Dichosa, si te retiras,
De ese mundo engañador,
Y escondida en tu interior,
¡Sólo á ser perfecta aspiras!*

GLOSA

Dichosa serás, si viendo
Del mundo infiel los engaños,

A fin de evitar sus daños
De él te apartas huyendo,
Dichosa si conociendo
Del mundo vil las mentiras,
A salvarte sólo aspiras,
Dándole el adiós postrero:
De ese mundo lisonjero
¡Dichosa si te retiras!

Dichosa tú, si olvidada
Del mundo y su vanidad
Buscas en la soledad
Vivir á Dios consagrada.
Dichosa, si retirada
De tu casa en lo interior
A Dios consagras tu amor
Y le procuras servir,
Sin dejarte seducir
De ese mundo engañador.

¡Oh qué dichosa serías
En el claustro silencioso!
¡Oh cuánto al Divino Esposo
Aquí feliz amarías!
¡Oh cuánto gozarías
Con este amable Señor!
Pero ya que tal favor
Hoy no puedas conseguir,
Procura con él vivir
Escondida en tu interior.

Dichosa en fin si careces
De todo lo que embaraza,

Si el amor de Dios te abrasa
Y nada más apetece;
¡Dichosa mil y mil veces
Si sólo su amor respiras!
Dichosa, si siempre aspiras
A vivir toda endiosada,
Y de ese mundo olvidada
Sólo á ser perfecta aspiras.

Tu amiga del alma que mucho te
quiere,

SOR FLORA DE SAN JOSÉ.

Flora era aficionada á la poesía, y al ver que Inés no pareció por el convento el día de su profesión, y al saber lo metida que andaba en el mundo, se compadeció de ella y le escribió estos versos con ánimo de enviárselos, á ver si la confirmaba en su vocación; pero temió pecar de imprudente y los guardó. Viendo pues que ahora Inés le pedía consejo, se los mandó sin añadir más palabra que la de la fecha. Inés los recibió como recibe la niña mimada una contradicción que sobremañera la irrita.

¡Esta no es la respuesta! ¿Habrá tonta?—decía Inés; y en vez de rumiar y meditar la carta, metiéndola dentro de un libro para no acordarse más de ella; más a pesar de ésto, el porfiado y empachoso gusanillo del remordimiento con voz

lenta y apagada, como la del tísico que se muere, le decía muchas veces á Inés en el fondo de su alma: Sí, esa es la contestación: léela despacio y lo verás.

Otras veces el gusanillo dejaba su voz lenta y apagada; y tomando voz de trueno se encaraba con ella y le decía con mucho desparpajo y con toda la amargura de la verdad: ¡Embustera! ¡Mentirosa! ¿Qué es lo que dices? ¿En qué piensas? ¿A quién tratas de engañar? ¿A Dios? ¡Insensata! ¿A Dios no puedes engañarlo, porque El ve tu corazón! ¿Quieres engañar al mundo? Pues el mundo conocerá tu hipocresía, y él te dará el pago. ¿Quieres engañarte á ti misma? Eso no lo conseguirás, ¡necia! porque aquí estoy yo, para decirte la verdad, hoy, mañana, siempre, eternamente, en esta vida y en la otra. Quieras ó no quieras te diré siempre la verdad, y la verdad es que Dios te quiere para sí toda entera en cuerpo y alma; quiere que te consagres á El y que seas toda suya y solamente suya; quiere que rechaces por su amor todos los amores, y que no busques pretextos para desobedecerle. Si tienes hermosura, riquezas, posición, compromisos y un porvenir muy brillante, todo eso lo ha puesto El á tu paso para que merezcas más, sacrificándose lo todo, porvenir, compromisos, posición, riquezas, hermosura, y una vida

de opulencia. ¿Lo entiendes? Y si se te ofrecen dificultades y embarazos, demasiado sabes tú que las obras de Dios están rodeadas de contradicciones y dificultades, de pruebas y de trabajos; pero que todo eso desaparece un momento, cuando llega el tiempo señalado por Aquél que tiene en su mano el corazón y la voluntad del hombre. ¿Me oyes? ¡Desdichada!

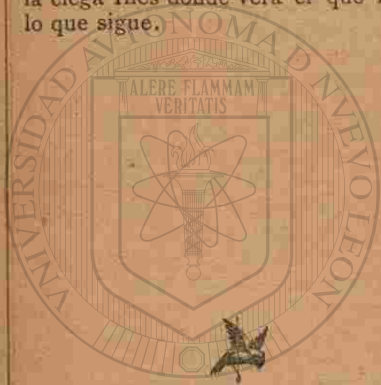
Demasiado que oía nuestra joven esta voz de su conciencia, pero la rechazaba con energía y decía que era una tentación; que el demonio á veces se trasformaba en ángel de luz, y que envidioso del bien que ella haría quedándose en el mundo, le atemorizaba con aquellas peroratas á ver si desistía. Llegó con esto al estado más triste á que puede llegar un alma piadosa, á tener por tentación las inspiraciones del cielo ó los avisos de la conciencia; y por inspiración divina las sugerencias del demonio, y los halagos del amor propio. Dios te libre, lectora mía, de tentación, que no parece tentación sino pensamiento prudente y razonable; porque difícilmente dejarás de caer en ella, si Dios no tiene de su mano. Por eso, cuando el demonio tienta á un alma piadosa, lo primero que pretende es que no le parezca ni lazo ni tentación lo que él le propone, sino cosa conveniente y

provechosa; y, como esto consiga él, todo lo tiene alcanzado. Cuando la tentación viene descubierta y cara á cara, cualquiera la rechaza y la vence, pero cuando viene vestida y disfrazada con el traje de virtud, de conveniencia y honor, ¿quién la rechazará?

Si el ladrón se presenta como es, nadie le acoge en su casa; pero si se finge amigo y trae muchas recomendaciones, ¿quién no le admite? Alerta pues, lectora mía, y al enemigo de tu alma, al ladrón de tus riquezas espirituales, no le des entrada en tu pecho, como se la dió nuestra pobre Inés.

Contrariada la niña y malhumorada con la respuesta de Flora, no quiso consultarla más: ni se acordó tampoco de aquel P. del Loreto, que tantos santos consejos le daba otras veces; pero en cambio, como no podía vivir tranquila, meditó, consultó y preguntó á otras personas; volvió á meditar, á preguntar y á consultar, y consultas, respuestas y meditaciones, todo apoyaba su resolución de casarse. ¡Claro! Preguntaba á las jóvenes del mundo, consultaba á sus iguales, y meditaba consigo misma: ¿qué extraño es, que todos coincidieran? Lo extraño, lo raro, lo incomprensible hubiera sido lo contrario, porque lo natural, lo probable, lo seguro y cierto es lo que la razón dicta, y lo que el Evangelio di-

ce: que si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en el hoyo. Por eso cayó, ¡quién lo pensara! ¿Quién se fiará de sí mismo? ¿quién tendrá seguridad de que una mujer será constante? Por eso cayó la ciega Inés donde verá el que leyere lo que sigue.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XIV

De cómo Inés, al tercer ó más tropezón, vino á caer donde no quería.

RO dice la historia quién comunicó á José la nueva resolución de Inés, pero se sabe que llegó á sus oídos con la velocidad del relámpago, y apenas lo supo, fué á decirle que le cumpliera la palabra que le dió en otro tiempo, allá en el jardín de la quinta. Inés se halló al principio confusa y turbada; luchaba consigo misma, y padecía en su interior horriblemente. Estuvo enferma algunos días, y nadie sabe lo que entonces le pasó; más yo vi con mis propios ojos que apenas convalació, hubo una tertulia en casa de Agustín, y algo separados de los demás, arrimados á un veladorcito, conversaban Inés y el condesito amigablemente, mirándose el uno al otro con delicia inenarrable, pero delicia que dejaba en el corazón de ella una gota de amargura.

Allí se decían nuestros dos jóvenes todas las ternezas, todos los requiebros, y todas las tonterías que se han dicho todos los novios desde que los hay en el mundo: allí se decían y repetían todas las finezas, todas las necedades, todas las promesas, todas las sandeces y todas las majaderías que se han dicho y repetido todos los amantes en el transcurso de sesenta siglos que lleva el mundo de existencia: sin que aprenda ninguno de ellos, sin que ninguno escarmiente en cabeza ajena, sin que ninguno se persuada de que lo entendieron más bien que ellos, los santos que despreciaron esos pasatiempos insulsos para mejor servir á Dios. Y lo peor de todo fué, que mientras ellos se miraban, se reían y requebraban, el ángel de Inés estaba escribiendo entristecido en el libro de la vida estas fatídicas palabras: ¡Santidad frustrada! ¡Vocación mal correspondida!

Renuncio á describir aquí la satisfacción que Agustín sentía cada vez que veía conversando á los dos; el gozo que llenaba su alma cuando veía que José llamaba hermanito á Fernandín y hermana á Carmen: gozo y satisfacción tan grandes como el escándalo que la resolución de Inés causó en el vulgo devoto: ó como las murmuraciones de que ella fué blanco en todos los salones de Sevilla,

especialmente en aquellos en que reinaba alguna vana deidad, que en vano pasaba en el tocador las tardes enteras para merecer luego una mirada del condesito; porque éste, más juicioso que los otros jóvenes de su edad, nunca pensó en elegir para compañera de su vida á una mujer casquivana, ya fuera ojinegra, ya pelirrubia. Lo que sí quiero dejar consignado (aunque no sea necesario, porque se deja entender fácilmente) es que Inés entabló sus relaciones con el Condesito, dejándose llevar de miras humanas, de un cálculo asaz mezquino, por conveniencia, y sin amarle; pero que á los pocos días estaba enredada en el fuerte lazo del amor, y enamorada locamente de José.

Nunca había conocido ella más amor que el de la familia, el afecto tierno que profesaba á sus hermanos, el respetuoso cariño que tenía á sus padres y la fina amistad que le unía con un reducido número de personas; mas pronto conoció, vió y sintió que había otro amor superior á todos aquéllos, otro amor que llenaba plenamente su corazón, haciéndole gustar emociones desconocidas, y esos sueños de color de rosa en que sueña despierta la juventud enamorada. ¡Pobre Inés! La palomita había caído en el lazo, la ovejita se había enredado entre las zarzas, y si el pas-

tor no acudía á sacarla, perecería sin duda devorada por el lobo. Todavía, haciendo ella un esfuerzo podía salir de los zarzales y romper el lazo que la aprisionaba, pero lejos de hacerlo así, cada día se enredaba más en el lazo que le armó el infierno para que errara su vocación.

Dios tiene prometido en la escritura santa ser fiel y no consentir que el alma sea tentada sobre sus fuerzas. El la ayuda en la tentación para que no caiga, y si por desgracia cae, le da la mano para que se levante; así el alma nunca podrá quejarse de Dios con razón, y Dios podrá argüirle en el día de la cuenta, de que si erró su vocación ó vivió mal, fué por sola su culpa y su mala voluntad. Viendo, pues, el amante Jesús que su paloma estaba ya presa en las redes del mundo, le envió un auxilio extraordinario para que con él pudiera romper los lazos que la ataban y volara libremente al antiguo nido de sus amores, nido que ella misma había formado dentro del divino Corazón.

Este auxilio fué una carta que recibió Inés cuando menos lo pensaba. Apenas se la entregaron, comenzó á mirar el sobre con mucha curiosidad, porque la letra no le era desconocida, aunque de pronto no podía adivinar de quién fuera. Miró el sello, y en el timbre que

lo inutilizaba leyó: *Villanueva del Ariscal*. ¡Ah! exclamó: ¿Si será de mi amiga Isabel la que quería ser capuchina? ¿Si le estará pasando lo que á mí? ¡Pero qué tonta soy! ¡Tengo más que abrirla y salir de dudas? Y diciendo y haciendo, rompió el sobre y comenzó á leer. Ee seguida empezaron á temblarle las manos y á ponerse pálida, lo cual observó Carmen, y se acercó preguntándole:

—Pero chiquilla, ¿qué es eso?

—¡Nada! una carta del P. Fray . . . me convidará para que vaya á la función;— y sin decir más se metió en su cuarto y cerró por dentro para leer la carta.

Supongo que tú querrás saber lo que la carta decía, ¿no es verdad, lector curioso? Pues voy á darte gusto, porque ella es un modelo de elocuencia y de literatura clásica, digna de figurar entre las obras del P. Granada ó de Fray Luis de León. Decía así:

Convento de Nuestra Señora del Loreto á 15 de

Señorita Inés de

Carísima en Cristo: muchos años llevo ya en este dulce retiro del claustro, gozando de una paz consoladora y de una alegría santa, interrumpida rara vez por los azares de la vida ó por las vicisitudes del mundo; pero nunca he

visto turbada mi paz ni apenada mi alma, hasta estos días en que he sabido tus ingrátitudes para con Dios y esa tu mudanza que ha entristecido á los ángeles y escandalizado á las almas buenas. ¡Válgame Dios, Inés! ¿Dónde están aquellos días en que tú venías aquí á consultarme tu vocación? ¿Dónde la promesa que hiciste ante la Inmaculada de ser toda y siempre de su Hijo? ¿Dónde aquel juramento solemne de no tener en la tierra más esposo que Jesucristo? ¡Ay de mí! planté en mi jardín un arbolito hermoso, con el designio de consagrar sus flores y sus frutos al Creador de todo; y veo ahora muerto ese árbol y próximo á ser devorado por las bestias del campo. Regaba yo con esmero un blanco lirio, una mata de azucenas, para depositar sus flores en manos del Esposo de las Vírgenes, y veo ¡qué dolor! veo que el lirio se deshoja, y que las azucenas van á ser cortadas por manos profanadoras. ¿Quién, hija mía, mudó tu pensamiento? ¿quién tu corazón? ¡Ay! que yo puedo hoy llorar sobre tí, como Jeremías sobre Jerusalén diciendo: *¿Quomodo obscuratum est aurum?* ¿Cómo se ha convertido en escoria el oro puro? Bien sabes tú que es justa la causa de este mi llanto, y por eso te escribo, á vez si mis voces te despiertan del letargo en que te hallas.

Acuérdate, Inés, de que Dios me ha dado para contigo corazón de Padre, y que esto junto con la ilimitada confianza que en mí tenías, es lo que me mueve á escribirte. Toma, pues, mi carta como uno de aquellos santos consejos que en otro tiempo te daba; y no lleses á mal estas advertencias paternales de un ser que mucho te quiere y que sólo desea tu felicidad. Y ante todo, dime, Inés, ¿qué falta, qué mengua ó que tacha has hallado en el Esposo de tu alma para que quieras divorciarte con él y tomar otro? ¿Has olvidado aquellas voces que mandó dar Dios á un profeta diciendo: toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo que hoy es y mañana se marchita y muere? Vanidad es, hija mía, toda criatura, y en ninguna hallará hartura tu corazón. Caña quebrada es para tí todo hombre, y como en ella te apoyes, caerás y te herirás las manos.

Pues si tienes alguna causa para divorciarte con el Esposo divino, dímela para sosiego mío; y si no la hay, ten entendido que El se afrentará de que lo dejes por otro, y te castigará severamente, tan severamente como ha castigado á otras que tú conoces, y que no quiero nombrar aquí. Escarmienta en cabeza ajena, si no quieres presenciar tu

desdicha, viendo agostado tu vergel, seca y muerta la flor de tus amores.

¿Cuánto mejor sería que mudando de consejo te afirmaras en tu propósito, imitando á la muchedumbre de santas doncellas que estimaron en tanto la virginidad y amaron tanto á Jesucristo, inspirador de ella, que ni amenazas, ni dádivas, ni tormentos las pudieron separar de El? ¿Cuánto mejor sería que á imitación de la gloriosa y heroica santa, cuyo nombre llevas, sufrieras el martirio antes que entregar tu mano á un simple mortal, quebrantando la fe prometida al Esposo divino? Ella más quiso ser atormentada que infiel á su Dios; y antes que entregar su mano al príncipe que la pretendía, entregó su cuello á la espada del verdugo. Perdió en la demanda la vida temporal y terrena, es verdad; pero ganó la celestial y eterna. Y á buen seguro que no está de ello arrepentida, pues cuanto más padeció por guardar la fe debida á su primer Esposo, tanto más copiosamente ha sido galardonada por El con delicias tan inefables y bienes tan verdaderos que el menor de ellos vale más que todo lo que aquí pudo tener, aunque se hubiera casado con el mismo Emperador de Roma.

Ya sabes, Inés, que pasa presto la figura de este mundo, que aquí se acaban

pronto los placeres y los señoríos también; y que la mujer que ayer andaba muy rica, y acompañada, y servida, y estimada, y llamada *Condesa ó gran señora*, mañana se muere y cesa todo, y se acaba todo, y nadie se acuerda más de ella; pero tu santa que despreció todo eso, recibió el ciento por uno y reina hoy en la gloria, y es aclamada y celebrada en todo el mundo.

Pues siendo esto así, ¿cómo vacilas y dudas? ¿Quién jamás dudó al elegir entre lo temporal y lo eterno, entre lo terrene y lo celestial, entre el oro y la escoria, entre Dios y el hombre mortal? ¿Qué es esto, Inés? ¿Has olvidado que el matrimonio puebla la tierra y la virginidad el cielo? Si lo haces por un título de nobleza, ¿quién puede ennoblecerte más que el Rey de la gloria? Si lo haces por tener una parentela ilustre, ¿qué timbre más alto que el de tener por madre á la Emperatriz del cielo, y por Esposo al Unigénito del Padre? Y, si lo haces por riqueza, ¿quién puede enriquecerte tanto como Aquél que tiene en sus manos todos los tesoros de la tierra? ¿Quién habrá que por alcanzar estos bienes no desprecie los otros? Tú misma conoces á muchas que por desposarse en el claustro con Jesucristo, despreciaron en el mundo un casamiento

brillante; pues, ¿por qué no has de hacer tú lo que otras han hecho?

Vuelve en tí, Inés, que aun es tiempo. Llama en tu socorro al Esposo de tu alma y á su purísima Madre; toma por abogada á una de las vírgenes que sufrieron el martirio por conservar su puteza; no dejes la oración y la frecuencia de sacramentos; divórciate con el mundo y apártate de la compañía de los hombres. Ya que Dios te ha hecho la señalada merced de conservar hasta hoy tu inocencia en medio de mil peligros; ya que esa nave de tu alma cargada de riquezas celestiales salió libre de aquellas recias tormentas que la combatieron en alta mar, no seas tan precipitada que vayas á naufragar á vista del puerto, anegando en sus amargas aguas ese tesoro de la virginidad que hasta ahora habías guardado. Si así lo haces, si renuncias al mundo por Dios, habrá también regocijo en el cielo por la renovación de tu propósito, como lo hubo cuando lo hiciste por la vez primera. Con eso Jesús te recibirá de nuevo por esposa, darás buen ejemplo á los que ya se han comenzado á escandalizar, y algún consuelo al afligido corazón de tu affino. y antiguo Padre

FRAY....

Quando Inés acabó de leer la carta temblaba toda de pies á cabeza, sin saber por qué. Quería enfadarse, y no podía, quería indignarse y no sabía contra quien, si contra sí misma, contra José ó contra el autor de la carta que tanto le había impresionado. Reclinó su fatigada cabeza sobre el almohadón de su lecho, y experimentó en su interior una lucha horrible en la cual no pronunció más palabras que éstas: Dios mío, ¿qué hago? ¿qué hago?... .. y lo que hizo fué levantarse de prisa y guardar la carta en su baúl, porque sintió pasos en la sala inmediata y temió que fuera su padre que venía á rompérsela. Y en efecto, si Agustín lee aquella carta, la hace mil pedazos; y no digo yo la carta, el hábito del primer fraile del Loreto que se le hubiera puesto delante lo hace él pedazos, y gracias que se hubiera contentado con eso.

De seguida avisaron á Inés que su amiga Concepción la esperaba; un poco más tarde se reunió la tertulia, y ella conversaba á solas con el condesito, muy alegre y satisfecha, como si tal cosa hubiera pasado. ¿Has visto tú, que esto lees, á una persona caída en un barranco, haciendo desesperados esfuerzos por salir de él? ¿Has visto cómo se agarra de la primera mata que halla á mano y comienza poco á poco á subir?

¿Y has visto cuando la planta se arranca ó él la suelta, cómo el infeliz cae rodando y se hunde más en aquel precipicio? Pues eso mismo le pasó á Inés. Para eso le sirvió el auxilio que Dios le proporcionó, mediante aquel buen religioso del Loreto, que fué el primer director de su conciencia.

Pero dejémosnos de reflexiones y sigamos nuestra historia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO XV

Un sueño y una realidad.

SABIDA cosa es, que Dios nuestro Señor reúne en sí las perfecciones de las criaturas todas, y todos los títulos de amor y veneración que en ellas hay. Por eso los libros santos nos lo pintan, ya como un padre que recibe con los brazos abiertos al hijo pródigo y desagradecido, de quien sólo recibió ingratitudes y desprecios; ya como un pastor amante que busca solícito la oveja perdida, alegrándose y regocijándose cuando la encuentra; ó bien como un esposo enamorado, que llama de noche á la puerta de su amada, esperando sentado en los umbrales á que ella le abra, dando un golpe y otro, y una aldabada y otra, hasta que conoce claramente que la ingrata le oye y no le quiere responder; y entonces se marcha entristecido, no tanto por el desaire sufrido, como por los bienes que pierde el alma necia

¿Y has visto cuando la planta se arranca ó él la suelta, cómo el infeliz cae rodando y se hunde más en aquel precipicio? Pues eso mismo le pasó á Inés. Para eso le sirvió el auxilio que Dios le proporcionó, mediante aquel buen religioso del Loreto, que fué el primer director de su conciencia.

Pero dejémosnos de reflexiones y sigamos nuestra historia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO XV

Un sueño y una realidad.

SABIDA cosa es, que Dios nuestro Señor reúne en sí las perfecciones de las criaturas todas, y todos los títulos de amor y veneración que en ellas hay. Por eso los libros santos nos lo pintan, ya como un padre que recibe con los brazos abiertos al hijo pródigo y desagradecido, de quien sólo recibió ingratitudes y desprecios; ya como un pastor amante que busca solícito la oveja perdida, alegrándose y regocijándose cuando la encuentra; ó bien como un esposo enamorado, que llama de noche á la puerta de su amada, esperando sentado en los umbrales á que ella le abra, dando un golpe y otro, y una aldabada y otra, hasta que conoce claramente que la ingrata le oye y no le quiere responder; y entonces se marcha entristecido, no tanto por el desaire sufrido, como por los bienes que pierde el alma necia

que no lo quiso recibir en su morada. Pnes de esta manera llamaba el Esposo divino á las puertas de Inés con santas inspiraciones, enviándole una gracia tras de otra para vencer la resistencia de aquel corazón ingrato. Una de las mayores gracias que le envió fué el misterioso sueño que vamos á referir.

Ilabíase acostado Inés cierta noche pensando en los días de su infancia y en su vida de colegio; se acordó de las dulces horas que pasaba entonces en oración delante del Sagrario, y con este pensamiento se durmió. Estando ya la noche muy adelantada, parecióle en sueño que veía una magnífica Iglesia gótica, alumbrada solamente por dos grandes lámparas, cuyos pálidos reflejos pintaban en lo alto de la bóveda imágenes y sombras tremulentas. El silencio y el pavor reinaba en sus anchurosas naves, y alrededor del Sagrario, formando semicírculos concéntricos, había un coro de serafines, adorando extáticos al Dios del amor. Jesucristo aparecía en la Sagrada forma lleno de majestad y rodeado de vírgenes puras, cual lo vió San Juan en su Apocalipsis. Con ellas conversaba familiarmente, quejándose con grandísima amargura y profundo sentimiento de las ingratitudes de Inés, la cual percibía en sus oídos la voz del Salvador triste y amorosa, co-

mo si fuera un suspiro de la brisa que se pierde entre las flores.

"Yo la elegí para mí, decía suspirando; yo la elegí para mí y la desposé conmigo, prometiéndole días de ventura y hermosísimos amores: yo la llevé al retiro de mis jardines para que, arrullada por la brisa y acariciada por las flores, sólo pensara en amarme. ¡Cuántas horas de goces celestiales, cuántos días de placer divino le hizo experimentar mi corazón tierno, al suyo ingrato! Ella era mi amada, mi electa, y es hoy.... ¡ay! cómo está la que dijo á mi corazón: ¡te amaré eternamente! Ella vivió para mí, yo para ella; y rebosando de júbilo vimos pasar los días llenos de amor y ventura; mas ahora.... mi corazón llora sin consuelo porque ha perdido á la que eligió para sí. ¡Llorad conmigo, vírgenes puras, de mi corazón enamorado! Y vosotros, ángeles del consuelo, tristes mensajeros de mis penas, recoged estos suspiros, id al borde del lecho donde la perjura duerme, y murmurad á su oído una palabra de perdón."

Sonando y todo como estaba, sintió Inés que su corazón se partía de pena; y más cuando le pareció que la voz de Jesús lánguida, triste y amorosa se dirigía á ella, diciéndole: ¡Ingrata! ¿Es posible que tan pronto se borrarán de tu memoria los dulces recuerdos de me-

jores días? ¿Es posible que olvidaras al amante que te dió las horas más felices de la vida? ¿No recuerdas qué dichosos volaban los días en torno nuestro, cuando millares de espíritus purísimos nos contemplaban en nuestros primeros amores? Las flores de mi cariño brotaban para ti blancas y puras, como la azucena; ninguna de ellas tuvo jamás una espina que te lastimara. Pues entonces, hija de Eva, ¿por qué has huído del ser que tanto te amaba?

Sí, te amaba, y tú bebías en mis ojos la luz, y la vida en mi alma, y el amor en el foco perenne que arde dentro de mi corazón. Entonces eras dichosa; y el pesar no amargaba tu pecho, ni la pena turbaba tu sueño placentero. Pues, ¡ingrata! ¿por qué me abandonaste? ¿por qué me has dejado? Si una joven mundana, si una de las hijas de Edon me hubiera menospreciado, me sería más tolerable; pero tú, hija de Sión, escogida entre millares, alimentada con mi cuerpo, y elegida para ser mi paloma; tú, mi amiga, mi amada, mi esposa, ¿tú dejarme por otro! ¡oh! esto es insufrible para mi amante corazón. ¿Por qué tanto desvío? ¿por qué tan grave injuria? ¿Qué te hice yo para que así me abandonaras?

¿No te acuerdas de aquellos días de fervor, cuando en el Santuario andába-

mos á porfía, yo á darte pruebas de amor, y tú á corresponder á ellas? ¿No te acuerdas de aquellas lágrimas tan dulces que yo te daba, y de aquellos tiernos suspiros que tú en retorno me volvías? ¿No recuerdas las promesas de serme siempre fiel y amarme con toda el alma? ¿Pues qué se ha hecho tu palabra? ¿Qué motivos te di yo, para tanta ingratitud? ¿Qué te hice, para que dejaras de amarme?

¿No te acuerdas, pobrecilla, cuando sentada á mi mesa, gustabas las dulzuras del amor divino? ¿No recuerdas cuando te arrojabas en mis brazos y yo te estrechaba sobre mi corazón santo, embriagándote en sus purísimos amores? ¿Quieres que tornen los días de ventura, que vuelvan las dichas pasadas, viviendo el uno para el otro, yo en tu corazón, y tú en el mío? ¿Ni una reprobación tendrá para sí este corazón que tanto te ama; ni un reproche para los días de tu infortunio, ni un recuerdo para el tiempo de tu desgracia? ¡Ven, pues, hija mía, ven! ¿A qué aguardas? Ven, que bastante tiempo te he esperado.

Al oír estas últimas palabras, Inés hizo un ademán para á echar á correr y unirse al coro de las vírgenes; pero sintió que una mano fuerte, como tornillo de hierro, la detenía sin dejarla partir:

entonces vió brillar veloz como un relámpago el reflejo de una espada, que descargó un terrible golpe sobre el brazo, que la detenía, haciéndole soltar la presa, y quedando él como rama desgajada del tronco. Al susto de aquel golpe y de aquel brazo mutilado, despertó Inés toda espantada, y no volvió á dormirse más en toda la noche. Las palabras que Jesús le dijo en sueños habían herido su corazón, la había impresionado hondamente, y tenían una explicación sumamente fácil: pero aquella mano, aquella espada, aquel brazo mutilado, ¿que podía significar todo eso?

En esto pensaba Inés sin poder conciliar el sueño; pensando en esto se levantó, y esto mismo tenía presente, cuando después de almorzar trajeron á su casa la fatal noticia de que el Condesito se había caído del caballo y se había roto el brazo por dos partes: por la muñeca y por junto al hombro. Púsose primero encarnada como la grana, luego pálida como la cera, y se retiró á su cuarto sollozando: ¡Dios mío, no lo castigéis que no es suya la culpa, sino mía! Ahora comprendo lo que significa aquel brazo mutilado por la espada de tu justicia. ¡Perdón, Señor! y miralo con piedad que él es inocente.

En los grandes desastres y en los tris-

tes acontecimientos de la vida el alma verdaderamente cristiana adquiere de repente una intuición maravillosa, una percepción clarísima y una conciencia cierta de la causa moral que los produce; y esa causa aparece á los ojos del alma con toda evidencia, y se presenta como es en sí, despojada de todos los disfraces y de toda la hojarasca con que nosotros intentamos desfigurarla á nuestros propios ojos. Inés adquirió entonces la íntima persuasión de que ella y sólo ella era la causa de aquella fatal desgracia, y se acordó de estas palabras de la carta que su director le envió: "Escarmienta en cabeza ajena, si no quieres presenciar tu desdicha, viendo agostado tu vergel, seca y muerta la flor de tus amores." Entonces conoció con mayor viveza que nunca, que debía ser toda de Dios y solamente de Dios, y que no podía pertenecer á nadie en la tierra, sin exponerlo y exponerse á un evidente castigo. Llevada de este pensamiento, tomó desde aquel instante una resolución irrevocable, y se tranquilizó, sin exhalar una queja, ni dar un solo suspiro, ni hacer una plegaria, como si tuviera en su mano la salud de José.

Este pasó tres ó cuatro días sin notable alteración. Al quinto observó su médico de cabecera que aparecían unas manchitas cárdenas en la rotura que

tenía el brazo cerca del hombro. Temió que la gangrena se presentara y pidió consulta de médicos, los cuales opinaron que se debía cortar el brazo, si se quería salvar la vida de José, antes que la gangrena se apoderara del pecho.

Cuando Inés lo supo, sintió en su corazón un remordimiento agudo, como si fuera ella un criminal que daba muerte al ser que más amaba. Sin poderlo resistir, tomó la mantilla y se fué á casa de la condesa satisfecha y tranquila, como si conociera el antídoto que curaría aquella enfermedad mortal. Abrazó á Concepción, que estaba llorando, besó á su madre, consoló á las dos, y dijo que quería hablar á solas con José. La condesa lo rehusó, alegando que el médico había prevenido que el enfermo no hablara con nadie; y mucho menos de cosas ó con personas que le pudieran emocionar. Inés repuso muy serena que llevaba el remedio para curar á José radicalmente sin peligro de su vida. Había tanta serenidad en aquel semblante y tal afirmación en aquellas palabras, que la condesa la condujo á la alcoba de su hijo, quedándose cerca de la puerta, á conveniente distancia.

Estaba él recostado en una ancha butaca, hecho todo una lástima, el semblante pálido y el brazo entablillado y ligado, sin poderlo mover. Al sentir pa-

sos abrió los ojos y se encontró frente á frente con los de Inés: se miraron un momento fijamente y con aquella mirada se penetraron las dos almas, y cada una vió lo que pasaba en el interior de la otra. Hubo un momento de solemne silencio que interrumpió Inés, diciendo:

—Perdóname José; yo sola he sido la causa de tu mal.

—No, Inés, perdóname tú el haberte querido quitar la dicha de ser toda de Dios y exclusivamente de Dios.

—Si yo no te hubiera dado motivo, no hubieras tú pretendido nunca semejante cosa.

—Nó Inés, la culpa es mía; lo que sufro es pena de mi pecado.

—De qué pecado?

—Escúchalo: iba yo montado en el caballo, y pensando en ti; cuando me saltó la idea de que podías de nuevo querer ser religiosa: y como te amaba apasionadamente.

—Te amaba? Esa palabra me hubiera destrozado en otro tiempo el corazón, ahora me sirve de consuelo; repítela.

—Pues como te amaba apasionadamente, dije para mí: Aunque viera que el Señor la llamaba, como á San Mateo, no la dejaría ir; y aunque viera que ella quería seguirle, la sujetaría tirándole del manto, así con todas mis fuerzas. Al decir esto, di tan fuerte refrenada al

caballo, que éste dió un bote y me tiró de un lado, poniéndome cual ves. Y gracias que no se me quedó el pie en el estribo y me arrastró por la carretera, haciéndome añicos.

Inés quedó pasmada de lo que oía y sólo supo contestar: ¡Ay Dios mío! ¡Cuán severos son tus juicios y cuán incomprensibles tus caminos!

Luego tomó la palabra y refirió su sueño á José. Este no pareció que se extrañaba de lo que Inés le refería: antes por el contrario, mostraba la misma indiferencia que una persona á quien cuentan una historia que tiene ya sabida y olvidada. Así es que no hizo más que sacar la moraleja y decirle á Inés con marcado sentimiento: Si ahora no respondes á la voz de Dios, serás inexcusable ante el tribunal divino.

Ella suspiró dulcemente, como quien se siente aliviada de la carga de un peso insoportable, y añadió: Sí, mi resolución está ya tomada.

—Y también la mía.

—¿La tuya?

—Sí, la mía; yo sólo pagaré el atrevimiento de haberle querido quitar á Dios un alma, consagrándole la mía entera.

—¿Y te harás religioso?

—Apenas me vea sano del todo.

—Pero si dicen los médicos que te han de cortar el brazo.

—¿Y tú lo crees?

—¡Yo, no! Al contrario, creía que Dios te daría la salud, apenas te conformaras con la resolución irrevocable que había yo tomado de meterme en un convento, y que venía con ánimo de comunicarte; cuanto más ahora, que tu quieres hacer lo mismo. Dios te confirme en esos santos deseos y me conceda la dicha de verte religioso.

—Ahora te exijo el secreto de cuanto te he dicho.

—Y yo te lo prometo firmemente.

José plegó sus labios y movió la cabeza con ese movimiento pesado con que parecen decir los enfermos: ¡dejadme descansar! lo cual visto por Inés le obligó á decir

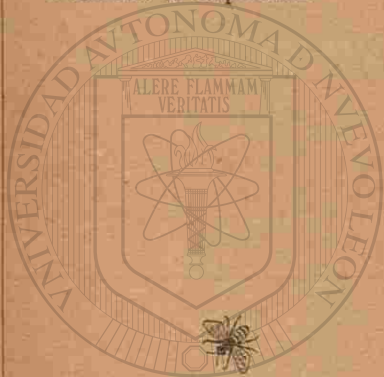
—Adiós, José; he cumplido un deber de conciencia y me retiro; no quiero molestarte más.

—Adiós, Inés—respondió él con los ojos llenos de lágrimas.—Adiós, y si alguna vez te acordares de mí, sea sólo para encomendarme á Dios.

—Adiós, José, y si alguna vez quieres hallarme no me busques en el mundo sino cerca de un Sagrario, mezclada entre los serafines que arden en amor divino ante la presencia de Jesús Sacramentado.

—Adiós, Inés. . . y si tú quieres encontrarme búscame en el Corazón de Jesús, donde pienso ostablecer mi eterna morada.

Y con esto se despidieron.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO XVI

Aclaraciones y cabos sueltos.

ANTES de pasar adelante, debo una explicación á los lectores para que no se formen una idea equivocada de lo que fueron los amores de Inés con el conde de Valdelirios. Nadie vaya á creer que hubo entre ellos acción ni palabra, que no fuera del todo honesta, pura y santa, porque se engañaría, quien tal creyese. Sus conversaciones ordinarias eran hablar de funciones de Iglesia, de los sermones oídos ó de cosas aprendidas en la lectura espiritual; á veces se tomaban cuenta de cómo hacían la oración mental, de lo que sentían en la sagrada comunión, de las novenas que habían terminado, y de los siete domingos que hacían á San José para que les inspirara lo que debía hacer antes de tomar una resolución irrevocable.

Otras veces hablaban de las vidas de los santos, y se enamoraban de San

Eleázaro y Santa Delfina, porque en su santo matrimonio conservaron la virginidad y guardaron la pureza de cuerpo y alma. Lo mismo les pasaba al hablar de San Eduardo, rey de Inglaterra, ó de cualquier otro de los rarísimos santos que en el estado de casados ganaron la palma de vírgenes conservando intacta la hermosísima flor de la pureza: y entonces el entusiasmo de los dos llegaba á su colmo, pensando lo dichosísimos que serían, si pudieran vivir juntos de esa misma manera. Mas ay! que esto no puede ser sin un grande y continuo milagro de Dios, tan continuo y tan grande que San Bernardo tiene por menor milagro el resucitar á un muerto que el conservar la pureza dos personas de distinto sexo cuando se tratan á la continua muy familiarmente.

Hay escondida en el fondo del corazón humano una pasión misteriosa, que en determinadas ocasiones se desarrolla y crece, como crece y se desarrolla el grano plantado en las entrañas de la tierra, cuando la lluvia lo fertiliza y el sol lo calienta. Esta pasión es la del amor, indiferente en sí misma; pero noble ó vil, angelical ó diabólica, según la cosa que se ama y según la manera de amarla. Esta pasión tiene un objeto santo y grandioso, cual es la propagación del género humano sobre la tierra, y hacia

él se dirige con gran ímpetu y vehemencia, arrastrando cuanto encuentra al paso, á manera de corriente arrebatada ó de río desbordado que salió de su cauce. Por eso es necesario de toda necesidad, encauzar á esa pasión y ponerle fuertes diques en los años de la juventud, si no queremos que arrastre hacia el abismo la inocencia, la virtud, el honor, la vida, el cuerpo y el alma de los jóvenes inexpertos. Esta pasión comienza á desarrollarse, apenas llegamos á la edad de la pubertad, y entonces es preciso que los padres redoblen la vigilancia sobre sus hijos, si no quieren verlos hechos víctimas de esa pasión, porque así como la pólvora se enciende y la cera se derrite con la presencia del fuego, así también se encienden las pasiones y se derrite el corazón humano en esa edad con la presencia ó familiaridad de personas de otro sexo.

Inés, que se había criado en los limbo de la inocencia, ignoraba estas altas verdades morales, y por esto se admiró cuando vió que sin pensarlo ni quererlo ardía en su pecho la llama de esa pasión misteriosa; y su admiración llegó al asombro y al espanto cuando sintió que su cuerpo y su alma se derretían con el calor de aquel fuego nunca de ella hasta entonces conocido; fuego que el demonio tomó por instrumen-

to de sus tentaciones, para tiznar y quemar con él aquella alma purísima, como ha quemado y tizado á millares y á millones de infortunadas hijas de Eva.

A pesar de las santas conversaciones que Inés tenía con el condesito, el demonio soplabá de vez en cuando sobre aquella pura frente algún pensamiento ruin y malo; y cuando más le atormentaban esos pensamientos era precisamente cuando rezaba sus devociones ó se ejercitaba en actos de piedad. Una noche, al hacer el examen antes de acostarse, la tentación se le presentó franca y descarada: el demonio comenzó á combatirla de frente, haciéndole sentir en su interior un descontento infernal y una vaga melancolía, que se deslizaba en el fondo de su alma como se desliza una serpiente por entre los matorrales de las selvas; imágenes desconocidas y halagüeñas vagaban por su mente representándole cosas que jamás vió ella: sombras confusas, á veces seductoras, á veces horribles, y siempre indecentes revoloteaban por su exaltada fantasía: figuras repugnantes y objetos á cual más torpes se grababan en su cabeza sin poderseles quitar de allí; sentía en sus oídos el eco de palabras seductoras y en el fondo de su ser una fuerza oculta que la empujaba hacia el pecado. Todas es-

tas sugerencias del infierno las rechazaba la pobre Inés, oprimiendo sobre su pecho el escapulario de la Virgen, y diciéndole con fervor: ¡No, Madre mía, eso no! ¡antes morir que pecar! ¡antes quiero verme amortajada, que perder mi inocencia ó la pureza de mi alma!

Pero el gusanillo de la conciencia, aquel gusanillo que tan malos ratos solía dar á Inés, le contestó esta vez con mucha amabilidad: Pues apártate del peligro, si no quieres perecer en él; desvíate del fuego, si no te quieres quemar; y al decir esto, le hizo recordar esta canción que había leído ella en una revista católica:

Fuego es para el alma casta
Un trato muy familiar;
Apártate de ese fuego,
Mira que te quemarás.

¿Mas para qué me estoy metiendo en tales honduras? ¿Para qué he penetrado en el santuario de la conciencia de Inés? ¿Para qué he descrito la pasión del amor con los peligros y tentaciones que lleva consigo? ¿Para qué he dicho yo todo esto? Pues lo he dicho precisamente para dar la voz de alerta á esas jóvenes incantadas que se quedan prendadas del primero que las mira; lo he dicho para dar en rostro á esas jóvenes inmodestas que en

medio de los salones ó en mitad de una plaza pública no se avergüenzan de dejarse abrazar de jóvenes tan irmodestos como ellas, valsando vertiginosamente con afrenta de la honestidad y de las buenas costumbres; lo he dicho, para avergonzar á esos padres bobalicones que llevan á sus hijas al baile, donde cualquier danzante puede con su brazo rodear la cintura de ella y estrecharla fuertemente, haciéndola dar vueltas al son de los rapidísimos compases de una polka (ó de una *puerca*, que no sé como se llama); lo he dicho, en fin, para afrenta de esas madres insensatas que permiten á sus hijas conversar libremente y á solas con el joven que pretende su mano. ¡Ay padres y madres! ¡Cuántas deshonras han salido de esas conversaciones! ¡Cuántos escándalos de esos bailes! ¡Cuántos desórdenes de esas danzas! ¡Cuánto pecado de esa horrible indiferencia vuestra! Si con el roce de un cuerpo humano se encienden las pasiones, como el fósforo con el roce de un cuerpo áspero, ¿á donde llegará el ardor impuro en que se abrasarán esas hijas vuestras metidas en medio de un baile? ¡Necios! ¿Y una vez prendido el fuego lo queréis atajar; y os quejáis, si no podéis hacerlo? ¡Cuánto mejor fuera no poner vuestras hijas al lado de esa llama que las tizna y obscurece la hermosura de

sus almas? Quitad la causa, si no queréis lamentar sus efectos. Alejad á vuestras hijas de las danzas lúbricas, de los bailes provocativos y de los festejos y cortejos prematuros ó fuera de tiempo; inculcadles el amor á la pureza santa, para que no tengan (como tienen tantas el día de hoy) un alma fea y asquerosa encerrada en un cuerpo hermoso.

No perteneció Inés á este desgraciado número, porque siempre conservó el candor de su alma con exquisito cuidado, y le bastó sentir dos ó tres veces la tentación referida, para tomar la resolución de despedir al conde y renovar el propósito que tenía de consagrarse á Dios en cuerpo y alma. Lo que no pudieron con ella los remordimientos de su conciencia, ni las murmuraciones del mundo, ni los consejos de Flora, ni la carta de su director, pudo una tentación contra la santa pureza. Tanto amaba esa celestial virtud, y tan bien le sentaba el nombre que le hemos dado de Amante de la Virginitad ó Lirio de este valle de lágrimas.

Inés se confirmó más y más en la resolución que había tomado, desde el momento en que vió realizado su sueño en la persona del condesito; y la puso en práctica despidiéndose de él en la forma que vimos en el capítulo anterior.

No era entonces Inés ni perfecta ni santa, pero tampoco podía ser llamada mala ni pecadora, pues por dicha suya no lo fué nunca. Podemos, no obstante, decir que á la sazón era una joven mundana, porque estaba unida al mundo por un lazo difícil de romper, cual es el de la vanidad ó ansia de figurar; y además profesaba las perniciosas teorías de tolerancia, de condescendencia y de atracción mundana que en ella hemos observado.

Por desgracia, contradecía la práctica á la teoría, pues ella en vez de atraer era atrída por la vanidad del mundo, por esa vanidad que se alimenta de bagatelas y futilidades y que tan poderosa influencia ejerce en el ánimo de la juventud. Atraída por esa fuerza seductora del mundo, corría Inés sin desconfianza alguna hacia el enemigo de su dicha, sin sospechar siquiera los lazos en que la envolvía y enredaba el mundo, ese mundo reprobado y funesto de que habla el Evangelio, mundo que nos seduce, nos cautiva, nos engaña y nos ciega, adulando nuestras pasiones para después perdernos con mayor seguridad. Cuando Inés se vió, casi sin darse cuenta, convertida en una joven mundana, conoció su engaño, y quiso salir de él, pero no tenía valor para resolverse á romper aquellos lazos tan dulces para ella, y es-

tuvo resistiendo á la gracia divina, y ahogando la voz de su conciencia, hasta que el triste suceso del conde, unido á su misterioso sueño, la hicieron renovar su propósito de consagrarse toda á Dios.

Aquel que conozca la humana fragilidad ó que sepa los esfuerzos que necesita la gracia divina para obtener sobre el alma una completa victoria, no se maravillará ciertamente de los tropezones, caídas y faltas de Inés: antes bien se maravillará de que así no fuera, porque, en hecho de verdad, un solo hombre ha existido en la tierra que fuera impecable por naturaleza, y esto porque sin dejar de ser hombre, era también Dios: era y es el Santo de los santos, Justo por excelencia, el Hijo unigénito del Altísimo. Y además de El, sólo ha existido una mujer en el mundo que, por singularísimo privilegio, no contrajo pecado, ni cometió falta, defecto ó imperfección alguna: mujer, cuya purísima inocencia y candidísima vestidura no fué manchada ni por el mas leve átomo de menudo polvo, y esta fué la que veneramos con el glorioso título de Inmaculada.

Los demás mortales, todos han sido manchados con la culpa original, todos han sentido peligrosas inclinaciones, todos han tropezado y caído en falta más ó menos graves, todos han tenido que

pelear con el demonio, padre de la mentira, todos han experimentado la lucha del mundo, enemigo del hombre; todos han tenido que combatir las pasiones de la carne, que con su peso corruptible agrava al alma; todos y todas han sido heridos en esos recios combates y en esas luchas espirituales antes de conseguir la victoria y empuñar la palma del triunfo; ¿qué extraño es, pues, que Inés hubiera tenido las mismas vicisitudes que todos tenemos? Pero si tuvo, en el camino que recorrió, sus pequeñas caídas, fué para levantarse de ellas con ánimo más esforzado; y si tuvo algunas faltas de correspondencia á la gracia y vocación divina, las expió después con heroica penitencia dejando á las de su clase un grande ejemplo que imitar, como veremos en lo restante de esta historia.



CAPITULO XVII

El se despide de ella, y ella del mundo.

EL tren correo que va de Huelva á Madrid llegaba á Sevilla una hermosa mañana de Agosto, cuando el sol lucía en el cielo su resplandeciente carro. Al pasar el grandioso puente que está sobre el Guadalquivir para entrar en la estación de la Plaza de Armas, la máquina acortó el paso y comenzó á silbar, anunciando la llegada. El andén estaba lleno de personas que esperaban á los viajeros procedentes de Extremadura, y de familias que iban á despedirse de los viajeros que en el mismo tren salían para Madrid. Allí estaban entre ellos todos los personajes de nuestra historia, que habían salido á dar el adiós de despedida al condesito de Valdelirios, que por prescripción facultativa marchaba á tomar las aguas de Panticosa.

Había curado ya perfectamente de la rotura del brazo; mas era tan grande la debilidad que se apoderó de él, que los médicos temieron que degenerara en tisis, y le mandaron para reponerse, que fuera á tomar los célebres baños que hemos dicho. Unos cuantos baúles, ya facturados contenian su equipaje, alrededor del cual velaba con diligencia el criado Nicéforo que habia de acompañarle en el viaje. Agustín con su familia, y la condesa con su hija esperaban la hora de marcha para despedir á José; pero ella, con ese instinto propio del corazón de una madre, notó en su semblante una cosa que nadie más que Inés habia notado. Vaya José—le dijo—no estés triste, hijo mío, que esta ausencia es cosa de quince ó veinte días: Cuando te ibas á estudiar no te ponías tan triste como ahora: ¿qué te pasa?

—Nada, mamá, que como quiero á V. tanto me da pena separarme.

La condesa, al oír esto, tuvo que hacerse bastante violencia para no dar un beso á su hijo delante de la gente. Y después añadió sonriéndose:

—Vamos, no seas niño, que parece que vas para no volver.

—¿Y quién sabe? ¿Quién sabe si no volveré?

Esto lo dijo José entre dientes á tiempo que se apartaba de su madre para

saludar á Jacinto que llegaba entonces; así fué que la condesa no hizo caso de ello.

Entre tanto llegó la hora de la marcha y la ronca voz del silbato se confundía con el eco de la campana de la estación y con el grito de *Señores viajeros atren* que daba un empleado á quien la pronunciación acusaba de verdadero andaluz. Mientras los pasajeros corrían á ocupar los asientos, el condesito pasó por el lado de Inés y le dijo muy quedo, y con un dolor que parecía partirsele el corazón: ¡Adiós! y que El recibiera en su misericordia este doloroso sacrificio: hasta ahora no sabia cuánto te amaba. ¡Adiós para siempre!

—¡Adiós!—le contestó Inés muy conmovida.—¡Adiós, y hasta el cielo!

—¡No, hasta el cielo, no! Tengo un vago presentimiento de que hemos de vernos antes de juntarnos para siempre en la patria bienaventurada.

José se colocó de un salto en el estribo de un coche de primera que ocupaban ya doña Fernanda, la condesa y otras personas de la familia. Todos se bajaron apresuradamente, porque el tren se disponía á marchar, y sólo quedaron en el departamento Nicéforo y su amo. Por fin arrancó la máquina, y José desde la ventanilla agitaba la mano en señal de despedida, correspondiendo al saludo

que le hacían los que en el andén quedaban, y así permanecieron unos y otros hasta que el tren desapareció internándose por la curva que forma la línea, para salir frente á la Macarena.

Dejemos á nuestro joven caminando hacia Panticosa, y volvamos á las dos familias que fueron á despedirlo. Ambas quisieron retirarse á sus casas, pero Inés se opuso diciendo: Déjenos ustedes uno de los coches y Concepción, Prudencia y yo iremos á dar un paseo por la orilla del río para disipar la tristeza.

Convino Agustín en ello, y las dos amigas, acompañadas de la Sra. Prudencia, partieron en su coche; pasaron por delante del puente de Triana, dejaron atrás la Torre del Oro, llegaron al palacio de San Telmo y se internaron por los paseos de las Delicias. Inés hacía ya algunos días que sentía en su pecho una tristeza sauta, hija de las voluntarias privaciones que se había impuesto á sí misma, durante la enfermedad del conde. Unido esto á la triste despedida que acababa de sufrir sintió decaimiento de ánimo, y necesidad de respirar el aire libre.

Son por lo común los hijos de Andalucía, y más que todos los sevillanos, de un carácter impresionable, y muy sensibles á las bellezas físicas y mora-

les; Inés pertenecía á este dichoso número de almas sensibles, y esperaba que la alegre perspectiva de las montañas, el aroma de las flores, el verdor de los árboles, y el aire libre del campo iban á devolver á su alma la perdida alegría.

Adelantábase el coche por la orilla del Guadalquivir hacia las dehesas y campos de Tablada, y la pobre Inés se quedaba sorprendida, viendo que la hermosura y maravillas de aquel paisaje no alegraba su corazón como otras veces. Tendía su vista por la fertilísima llanura, la dirigió hacia las colinas donde descansan Castilleja de Guzman y San Juan de Aznalfarache, miró luego las lejanas montañas de sierra morena que se confunden con el horizonte por la parte del Norte y del Oriente; fijó sus ojos en los rayos del sol que parecían caer perpendiculares sobre los picos más altos de las serranías de Morón y Ronda; los tendió de nuevo por la espaciosa campiña, observando los cien barcos que por el río navegaban; vió el humo que arrojaban las chimeneas de unos, y las blancas velas de otros que impulsados por la brisa bonancible cortaban lentamente las aguas; oía el cantar del marinero, mezclado con el gorjeo de infinitas aves que anidan en las orillas del Betis; y tanta belleza junta, y tanta poesía amontonada, no alegró esta vez su co-

razón. Antes, al contrario, todo aquello le pareció á Inés triste y descolorido, todo le pareció que estaba prediciéndole la pequeñez de las cosas del mundo y el desprecio que merecen. Esto causó en su alma una impresión viva y profunda que le hizo sentir por primera vez en su vida un efecto no sentido jamás: el tedio; pero lo sintió tan fuerte que estuvo á punto de prorrumpir con el Santo Job en este sublime lamento: "Taedet animan mean vitae meae."

Bajo la inspiración de la gracia, lo mismo que bajo el peso de un infortunio cualquiera, siente el corazón humano una imperiosa necesidad de apartarse de su semejante para recogerse á solas, concentrarse y meditar, siendo este un fenómeno que hallamos siempre en la vida de todos los santos y de las almas justas. Hablando Dios por un profeta (1), del alma que elige para sí, dice que la llevará á la soledad y allí le hablará al corazón. Por eso vemos que cuando El escoge á un alma para hacer de ella un modelo de virtud, la aparta del mundo y la levá á un retiro silencioso, para que allí, lejos del tumulto del siglo, oiga sus palabras y escuche su

[1] Oseas II, 14.

voz, la cual, aunque fuera tan potente como un trueno, no sería bien oída entre el bullicio y estruendo del mundo.

Inés sintió también esa necesidad imperiosa de apartarse de las gentes, y mandó al cochero que volviera para casa. Cuando entraron en la ciudad toda ella seguía su curso ordinario y su ordinario movimiento; y no obstante á Inés le pareció desierta, porque sentía en su alma una cosa que á falta de nombre que darle me atrevo á llamarla soledad de las ciudades. Sola estaba ella en realidad, porque á pesar de ir acompañada y hallarse en medio de la populosa Sevilla, las impresiones de su corazón la aislaban por completo del mundo, cual si fuera extranjero en su pueblo natal.

El coche corría presuroso por las calles de Sevilla, pasó por la plaza de la Gavidia, cruzó la de San Lorenzo, y siguiendo la calle de Santa Clara se paró en la puerta del convento de las Reparadoras. Bajáronse las paseantes para hacer una visita al Santísimo Sacramento, que estas religiosas tienen expuesto todo el día, y allí derramó Inés su corazón en la presencia de Dios. Habló después con la Madre Superiora, y pareció que recobraba su habitual alegría. Llegaron por fin á casa donde las esperaban con impaciencia para almorzar, y en ese mismo acto obtuvo licencia de su

padre para retirarse por diez ó doce días á hacer ejercicios espirituales al convento que acaba de visitar. Agustín no puso en ello grande obstáculo, porque le pareció que tenía asegurada la partida; y que el fin de los ejercicios de Inés coincidiría con la vuelta del condesito. ¡Cuánto se engañó! ¡Qué falaces son los juicios humanos!

Obtenida la licencia paterna, quiso Inés, antes de retirarse á los ejercicios, reunir á sus amigas en una tertulia de confianza. Convocó á todas las que componían el piadoso círculo de *Caridad elegante*, á las cuales recibió con suma cortesía, las convidó después á tomar un dulce ó un refresco, y las trató con regia munificencia. Allí abdicó la presidencia del círculo en su amiga Concepción, agradeció á todos el bien que le habían hecho, y les anunció que iba á retirarse por un poco de tiempo á la vida privada. Se despidió de ellas repitiendo que no contasen con ella para ningún acto público; pero que si alguna necesitaba privadamente, podía buscarla con toda confianza en el retiro de su casa, ó en la soledad del convento, donde iba á pasar los diez días de ejercicios.

Grande extrañeza causó este fenómeno en las amigas de Inés, y la que más y la que menos salió de allí haciendo

comentarios poco favorables á nuestra heroína.

—¿Si estará la pobre chiflada?

—No sé; pero como ha entrado la luna nueva . . .

—¡Calla! ¿si le daría José calabazas antes de irse?

—¡Mira, todo puede ser!

—¿Si se convertiría en el sermón del otro día?

Estos y otros por el estilo eran los comentarios que de ella hacían aquellas jóvenes que poco antes la ensalzaban. ¿Quién no conoce por aquí lo fútil de las alabanzas ó vituperios del mundo? ¿Y quién se fiará de ese tirano más mudable que el viento?

En fin, Inés se retiró al convento de las Reparatrices, y allí pasó quince días, que para ella fueron de gloria, porque Dios inundó aquella alma con un torrente de gracias celestiales. Horas enteras se estaba arrodillada ante la dulce presencia de Jesús sacramentado, suspirando ardientemente y pidiéndole con amargo lloro perdón de los dos años gastados en la disipación y en las vanidades de la tierra.

Cuando salía de la oración se le veía pálida y rendida, como si hubiera trabajado más de lo que sus fuerzas le permitían; pero su corazón estaba lleno de gozo espiritual, y tan lleno, que para

darlo á conocer empleaba la frase que dijo en cierta ocasión el Serafín de Asís: "¡He hallado un tesoro! ¡He hallado un tesoro!" Esta era la respuesta que daba, cada vez que la Madre Consolación le preguntaba cómo le iba en los santos ejercicios. Llegó el último día de ellos y nuestra joven, mudada toda y transformada interiormente, volvió á su casa donde pasaron cosas gordas y muy raras, tan gordas y raras, que nos van á dar materia para el capítulo siguiente.



CAPITULO XVIII

De cómo se escondió José donde nadie lo pudo hallar.

EL mismo día que Inés llegó á su casa, llegó también Nicéforo de vuelta de los baños á casa de la condesa. Venía solo, sin el condesito, pero con una carta de éste para su madre. Aunque José le había escrito ya diciéndole que pensaba enviar á Nicéforo delante y detenerse él en San Sebastián unos días, la condesa sospechó que aquella detención era misteriosa, y temió por su hijo. Hizo al criado mil preguntas y todas confirmaban su sospecha. Abrió la carta que Nicéforo le había traído, y vió que entre otras cosas le decía su hijo: "Mamá, no te apures; sé que mi ausencia te será penosa, pero un deber imperioso de conciencia me obliga á obrar así. No te apures ni pases cuidado por mí, pues vivo bajo la amorosa vigilancia del Padre celestial, y me acompaña

darlo á conocer empleaba la frase que dijo en cierta ocasión el Serafín de Asís: "¡He hallado un tesoro! ¡He hallado un tesoro!" Esta era la respuesta que daba, cada vez que la Madre Consolación le preguntaba cómo le iba en los santos ejercicios. Llegó el último día de ellos y nuestra joven, mudada toda y transformada interiormente, volvió á su casa donde pasaron cosas gordas y muy raras, tan gordas y raras, que nos van á dar materia para el capítulo siguiente.



CAPITULO XVIII

De cómo se escondió José donde nadie lo pudo hallar.

EL mismo día que Inés llegó á su casa, llegó también Nicéforo de vuelta de los baños á casa de la condesa. Venía solo, sin el condesito, pero con una carta de éste para su madre. Aunque José le había escrito ya diciéndole que pensaba enviar á Nicéforo delante y detenerse él en San Sebastián unos días, la condesa sospechó que aquella detención era misteriosa, y temió por su hijo. Hizo al criado mil preguntas y todas confirmaban su sospecha. Abrió la carta que Nicéforo le había traído, y vió que entre otras cosas le decía su hijo: "Mamá, no te apures; sé que mi ausencia te será penosa, pero un deber imperioso de conciencia me obliga á obrar así. No te apures ni pases cuidado por mí, pues vivo bajo la amorosa vigilancia del Padre celestial, y me acompaña

un ángel como al justo Tobías. Si tardo algún tiempo en escribirte, no lo extrañes ni te acongojes, porque en todo caso Inés puede darte noticias de mí."

La venida de Nicéforo y la carta de José produjeron una grande alarma en la condesa, que tomó de seguida el camino y se plantó en casa de Agustín, contándole lo que pasaba. Miraba con ansia y con sobresalto á Inés, y le repitió cien veces:

—Pero, hija, ¿no me dices nada?

—Señora, si no me ha escrito, ¿qué quiere usted que yo le diga?—respondióle ella con tanto sentimiento que obligaba á la condesa á creer que no sabía el paradero de José.

Pasó un día y otro, una semana y otra, y la madre se volvía loca, y Concepción lloraba, y Agustín con su familia se llenaba de congoja por la pérdida del conde, pues en realidad lo creía perdido. Cuando la condesa, ya casi desesperada, se proponía dar parte á la policía española y francesa, prometiendo una crecida suma al que le descubriera el paradero de su hijo; y el mismo día que iba á tomar el tren para recorrer el Norte de España en busca de José, recibió carta de éste; pero carta que le quitó toda esperanza de poderlo hallar. Como estas cartas son datos fehacientes para la historia, la vamos á poner

aquí tal cual salió de la pluma del condesito de Valdelirios. Decía así:

"Mi adorada madre: queridísima é inolvidable hermana: obedeciendo á la voz de Dios me he sepultado para siempre en el retiro de un claustro, donde espero vivir desconocido, como peregrino y extranjero en esta tierra de llanto. Inútil es que busquéis mi paradero, pues ciertamente no daréis con él; y para quitaros toda esperanza de poderme hallar, os hago saber que esta carta, escrita en el interior de Francia, será echada al correo en Barcelona, para que no podáis conocer por el sello el punto de su procedencia."

"Lo que me ha obligado á tomar esta determinación ha sido expresamente la voluntad divina, y ayudado de la gracia no volveré jamás la cara atrás, para no quedar convertido en estatua de sal, como la mujer de Lot."

"Cumpliendo un deber de hijo y de hermano os envío esta carta, que será la última hasta que me vea atado con los votos religiosos, de manera que nadie ni nada me pueda soltar de ellos, y os la envío para despedirme de las dos."

"Adiós pues, mamá queridísima; no puedes figurarte cuantísimo te agradezco hoy la solicitud y cuidados que en educarme has tenido, y quisiera con toda el alma podértelos recompensar; mas

Aquél que tiene prometido galardón eterno á todo el que le sirve, te recompensará por mí tus desvelos maternos. No quisiera abandonarte, y al escribirlo siento que mi corazón rebosa en amargura; no quisiera abandonarte para ser el consuelo de tu alma y el báculo de tu vejez; más aquél Padre amoroso que cuida de las aves del campo, cuidará también de tí, puesto que El es quien me aparta de tu lado."

"Adiós otra vez, madre querida, á quien amo con todo mi corazón; ¡adiós! porque no es razón que tus caricias y ternuras de madre, sean rémoras que me detengan en el camino de mi salvación. No llores por mí, madre mía, porque siento más tu llanto que mi pena. Mucho temo el dolor y desconsuelo que te va á causar esta mi carta; pero temo más mi propio peligro, temo más ser infiel á Dios, y antes que apartarme del Criador, debí apartarme de la criatura, aunque fuera mi madre. No me llores, madre amada; y toma por confortativo de tu pena el saber que soy feliz en este santo retiro, porque vivo bajo la amorosa vigilancia del divino Corazón del hombre Dios. El te envíe su auxilio desde lo alto, y te proteja siempre con paternal providencia. Y pues me despido de tí, dignate enviarme todas las noches con el ángel de tu

guarda una bendición amorosa, como la que yo le pido cada día para tí á la Virgen Madre."

"Otra cosa voy á pedirte antes de acabar esta triste carta manchada con lágrimas que caen de mis ojos, y estas es, que me perdones todos los malos ratos que en mi vida te haya dado. Perdóname, madre dulcísima, los disgustos que con mis travesuras de joven te haya causado y no dudes que ocupas y ocuparás siempre el primer lugar en el corazón de tu hijo.

José."

Cuando la condesa acabó de leer la cartá, estaha deshecha en lágrimas y á punto de morir de pena. ¡Oh hijo! ¡dulcísimo hijo mío!—exclamaba la pobre matrona—Gloria de mis antepasados! ¡Hijo más dulce para mi alma que la luz brillante del paraiso! ¿Qué haré sin tí? ¿Es posible que no te vea yo más entrar por mis puertas, llenando esta casa de alegría y gloria? Es posible que... y al decir esto cayó desmayada sobre un sofá.

Mientras prestaban á la buena señora los auxilios de la ciencia, llegó el cartero á casa de Agustín, y entre la correspondencia que dejó, iba una carta para Inés. Apenas la vió el padre, tomóla lleno de curiosidad y comenzó á

darle vueltas. Era el sobre de papel rico y muy recio con sello español y cuño de la estación de Irún.—¿Irún?—dijo Agustín—eso está cerca de Francia. ¡Veremos lo que dice!—Y con un delgado cuchillo de marfil, que le servía para cortar hojas, despegó el sobre con mucha facilidad, abrió de seguida la carta, y sin ponerse los anteojos comenzó á leer.

“Hermana mía, angel mío, y amada mía: Desde este retiro venturoso donde el alma disfruta la dulce paz que en vano se busca entre el bullicio de las ciudades; desde este convento solitario, mansión de la inocencia y morada de austeros penitentes, te envié con estas letras los afectos más puros de mi alma.”

“¡Oh Inés! ¡Oh paloma á quien los cazadores infernales han tratado y tratan de aprisionar entre sus redes! Sal de ese mundo engañoso y vuela presurosa al monte de la mirra ó al collado del incienso, donde apacienta sus ovejas el Pastor divino; vuela presurosa al claustro donde Dios te espera, y de donde yo, ¡ciego de mí! te quise un día apartar. Perdóname esta falta, hermana mía, y dame el consuelo y el gozo inefable de saber que te has consagrado á Dios toda entera en cuerpo y alma.”

“¡Oh qué ciegos son los que no ven la luz interior de la gracia divina! ¡Oh qué infortunados los que no sienten en el fondo de su alma el llamamiento de Dios! ¡Dichoso de mí que lo he sentido! ¡Dichosa de tí que has sabido hacer de un triste mortal el casto compañero de tu eterna felicidad! ¡Lo recuerdo hoy con una tristeza santa que me llena el corazón de celestiales consuelos; nuestro amor ha sido de corta duración, es verdad; pero ha sido puro como el que se tienen entre sí los angeles del cielo! ¡Qué dicha! Yo creía que estabas destinada á ser la compañera de mi vida, y Dios nos ha hecho conocer que nuestro destino es estar juntos en el coro de las Vírgenes, allá en la mansión de los conciertos eternos. ¡Bendito sea! Amalo mucho, Inés, y después de El, sea tu principal amor, el amor á la Virginitad.”

“Consuela á mi Madre y hermana, que las pobres bien lo necesitarán.”

“Adiós Inés; he aquí mi último encargo: que seas toda de Dios, y sola de Dios, y que guardes con esmero la preciosa joya de la Virginitad.”

“P. D. Inútil es que me busquen, porque tengo la seguridad de que no darán conmigo. No obstante, abrigo la confianza de que nos veremos, siquiera una vez antes de partir para la otra vida.”

La carta no decía más; ni tenía nombre ni fecha, ni cosa por donde se pudiera rastrear el lugar de su procedencia. Agustín se quedó como el que ve visiones, admirado, atónito y estupefacto; y creyendo que aquella carta encerraba un misterio, pasó el sobre despegado por los labios para humedecerlo, y, volviéndola á cerrar la colocó dentro de un libro. Dejó pasar un rato, y tocó luego el timbre de su cuarto. Un momento después se hallaba en la puerta una criada.

— Señor, ¿se le ofrece á V. algo?

— Sí; ¿sabes dónde está la señorita Inés?

— Sí, señor; en su cuarto de labores, bordando un escapulario; ¿la llamo?

— No; entrégale esa carta que acaba de llegar para ella, y dile de seguida á don Jacinto que lo espero aquí.

La criada salió por un lado y Agustín por otro. Antes que la primera llegara á su destino, se había colocado el segundo frente á Inés, detrás de la cortina que había en la puerta de cristales que daba paso á la habitación contigua. Quería él ver la impresión que causaba á ella la lectura de la carta. Inés la recibió de la bandeja en que se la presentó la criada, y besando con devoción la imagen del escapulario que estaba bor-

dando, lo dejó un momento para leer la carta.

Agustín la miraba con ansiedad, y no pudo notar en ella ni señales de gozo ni de turbación. Sólo observó que en medio de la extrañeza que le causaba, apretó sus rosados labios, arrugó un poco su tersa frente, y se encogió de hombros: signos que lo mismo podían significar *un veremos lo que sale, que un nada me importa*. Desorientado por completo con tales signos, se volvía el taimado padre á su despacho, cuando le salieron al paso su esposa y Carmen azoradas y diciendo:

— ¡Qué locura! ¡Qué barbaridad! ¡Si parece mentira! ¡Vamos, que eso no puede ser!

— Pero, ¿qué es eso?— preguntó él.

— Nada, hijo, que á la condesa le ha cogido una alferecía y se está muriendo.

— ¡Mujer!

— Lo que oyes: acaba de tener carta en que José le dice que no lo espere más, porque se ha metido á fraile en Francia y no le dice dónde, para que no lo pueda encontrar. ¿Has visto qué locura?

— ¡Si estará loco!

Y la pobre madre al leer la carta se ha desmayado y los médicos la están curando en este momento,

— ¡Qué diablura!

— ¡Si parece imposible tal cosa!

Cuando la conversación llegó á estos términos, la casa de doña Fernanda estaba revuelta y todos cuchicheaban y hacían comentarios, todos, menos Inés, que encerrada en su oratorio daba gracias á Dios, porque había llamado al conde para sí de un modo tan maravilloso, librándola al mismo tiempo á ella del mayor impedimento que tenía para entrar de religiosa.

Doña Fernanda y Carmen se trasladaron inmediatamente á casa de la condesa. Esta había recobrado ya el uso de sus facultades: pero estaba inconsolable. Sus amigas la animaban, la prodigaban mil consuelos, y le aseguraban que José volvería: más, por desgracia, aquellas seguridades salieron falsas.

La noticia corrió como un relámpago por la ciudad, y fué por unos cuantos días el objeto de todas las conversaciones; hasta la prensa diaria habló de ella. Pero donde tuvo más resonancia, fué en los círculos femeninos, donde ponían á la pobre Inés como digan dueñas, echándole la culpa de aquel secuestro, y afirmando muy rotundamente que la pícara sabía dónde paraba: — ¡Fíese usted de gatita mansa! — añadían las más envidiosas, burlándose de ella.

Mientras los demás se ocupaban en murmurar y formar juicios temerarios, Inés lloraba en el retiro de su cuarto el

tiempo perdido y los años mal empleados. Ni siquiera fué á visitar á la condesa hasta el tercero ó cuarto día, que ésta la mandó llamar expresamente.

— Bien hace en no querer venir — decía la noble señora, — porque comprende que su visita doblará mi pena; pero que venga, por Dios, pues estoy segura que sus palabras me servirán de consuelo.

No se engañó la condesa, porque la primera vez que Inés con su familia fué á visitarla, se renovó su pena; pero se calmó después. Allí, delante de todos, se leyeron las dos cartas, que hicieron derramar abundantes lágrimas á cuantos las oyeron. Se cotejaron los sobres y vieron que el mismo día fueron echadas al correo, una en Guipúzcoa y otra en Barcelona; lo cual demostraba claramente que José tenía un firme propósito de no dejarse encontrar.

Inés, á petición de la condesa, pasó en su compañía tres ó cuatro días, en los cuales le habló la joven al corazón con tanta dulzura, le pintó tan á lo vivo la dicha de un alma que se consagra á Dios, le hizo ver con tanta claridad los engaños y peligros del mundo, y le mostró con tanta energía el llamamiento divino que indicaba la resolución de José, que la pobre madre, sin dejar de sentirlo profundamente, se conformó al

fin con la voluntad de Dios, y dió por buena la conducta de su hijo; y cuando la buena señora, sin poderlo remediar, llamaba á su hijo ingrato, Inés le decía:

—Vamos, déjese usted de eso, que lo que no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor. Dos cosas sabemos de él: que está en un convento donde es dichoso, y que no escribirá hasta que profese, pasado un año. Conque á encomendarlo á Dios, y á esperar, que eso se pasa pronto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XIX

Ocupaciones de los dos.

LOS días de José deslizábanse tranquilos y alegres en la soledad de su convento, desde el cual se divisaban á lo lejos enormes cordilleras, ramificaciones de los Pirineos, cuyas elevadas cumbres cubiertas de nieves perpetuas semejan caprichosas pirámides y relucientes obeliscos. Aquellos gigantescos promontorios y escarpados riscos llevan todavía después de tantos siglos el sublime distintivo de la creación, y engañando la vista con sus fantásticas formas de pilastras, columnas y pórticos, se presentan á los ojos como palacios del tiempo, ó templos de la naturaleza.

Todos los días, cuando el sol naciente hería con sus rayos las nevadas cimas de los montes, José contemplaba con placer desde la ventana de su celda aquel bello panorama, y sumergido

en religiosas meditaciones, recitaba esta plegaria:

“Señor de los mundos, rey de las edades, amigo presente y juez futuro! Tú, cuyo poder mi corazón invoca, tú que has arreglado el curso de los astros y la sucesión de los tiempos, no permitas que se me escape con la juventud de mi vida la inocencia de mi alma.

“Resplandeciente aurora, albor delicioso de la mañana; tu voz pura grita á los mortales: ¡Despertad! ¡Ay, celestial aurora! ¡ay sol de justicia! ¡Despertad mis sentidos, y alumbrad siempre en este grato retiro los años de mi vida con la inocencia de mi alma.”

“Aciagas tempestades, que combatis al hombre que navega en el mar de su existencia; ¡dichoso el que os teme, y huyendo de los peligros del naufragio se acoge como yo á este puerto bonancible para salvar su inocencia!

“Oh, mortal, rey del mundo con el pensamiento, pero víctima y esclavo de tus pasiones! Tú, que viste perecer tu inocencia en los naufragios de la vida; tú eres el único ser que no renace con la aurora, ni se alegra con el día, porque el día y la aurora sólo brillan placenteros para el que guarda en su pecho la inocencia de su alma. ¡Oh Señor de los mundos y autor de los tiempos!

No dejes huir con la juventud de mi vida la inocencia de mi alma.”

Así pasaba José en el claustro los meses del noviciado, dedicado con fervor á la vida religiosa, mientras que Inés adoptaba para sí el mismo método de vida que observaba recién salida del colegio. Se dió mucho á la oración y á la lectura de libros piadosos; el recuerdo del tiempo perdido y los años mal empleados, llenaban su alma de tristeza y dolor hasta el punto de hacerle derramar copiosas lágrimas. Para resarcirlo de algún modo, reunía con licencia de su madre en la planta baja de la casa doce niñas de las más pobres, las enseñaba la doctrina, las entretenía cosiendo, y el día que fueron todas á comulgar con ella regaló á cada una un vestido nuevo.

La llama del amor divino abrasaba su corazón con ardoroso fuego, fuego que traía consigo vehementes deseos de mortificación y penitencia; fuego que la obligaba muchas veces á ocultarse para que no la vieran llorar como una Magdalena; fuego, en fin, que se traducía en ardientes suspiros arrancados de lo profundo del alma, ó en amorosas endechas cantadas al objeto de su amor.

Una noche, mientras la familia tomaba el fresco á la plácida luz de la luna en medio del magnífico patio-jar-

dín de la casa, Inés subió á su cuarto y descolgó la pequeña, pero hermosa imagen del corazón de Jesús que en él tenía. Abrió el piano y la colocó sobre la cubierta, como si fuera una pieza de música que iba á ensayar: puso sus blancos dedos sobre el teclado, miró con indecible cariño aquella imagen querida, mientras tocaba los primeros floreos de un andante; y soltando al aire su voz melodiosa, llena de fuego, que parecía salir de los labios de un serafín, cantó estos hermosos versos:

Morir de tu amor herida
Es, Jesús, tan dulce suerte,
Que no trocara esta muerte
Por la más dichosa vida.

De esa herida de tu amor
Es tan dulce la violencia,
Que al templarse su vehemencia
Siento mi mayor dolor.

Y este amor que así me hiere,
Con tal ansia al alma deja,
Que gime, llora y se queja
Porque de amores no muere.

Amarte, pues, sin cesar
Será mi dulce vivir,
Y amargo más que el morir
Dejarte un punto de amar.

Y así, mi alma, á Tí unida,
Vivirá cuanto vivieres,
Pues alma del alma eres
Y eres vida de mi vida.

Inés calló: y cruzando las manos sobre el pecho para detener las palpitaciones y los saltos que el corazón le daba, hizo enmudecer el piano. Largo rato hubiera permanecido de aquel modo, si no la hubieran sacado de su embeleso los aplausos de la familia que en el jardín paseaba, y de las criadas que subían corriendo las escaleras. El viento les había llevado la voz de Inés, y acudieron en tropel hacia ella, para escuchar aquel himno que parecía uno de los cánticos inimitables que compuso en sus mejores días Santa Teresa de Jesús, la inspirada poetisa del Carmelo; pero Inés, cogiendo apresurada la imagen á quien dedicaba sus amorosas endechas, encerróse en su cuarto para evitar las alabanzas, siempre peligrosas para una doncella.

Desde entonces Inés volvió á importunar de nuevo á su padre para que la dejara entrar en un convento: Conociendo ella que la oposición de su papá era motivada más que por otra cosa por la esperanza que tenía de poderla llamar condesa de Valdelirios, frustrada ya esa esperanza con la determinación

de José, le pareció que cedería fácilmente. No obstante se engañó nuestra joven, porque, si bien es verdad que aquel obstáculo había desaparecido, le salía al paso otro no menor que el primero. Viendo Agustín la solidísima virtud de su hija, su modestia angelical, su humildad profunda, su amor al retiro, su docilidad, su obediencia tan pronta como alegre, y sobre todo aquel desvelo por dar gusto á su padre y complacerle en todo, apartando de él cuanto pudiera disgustarle y adivinando sus deseos para satisfacerlos sin que se lo mandaran; viendo todo eso, cobró á Inés un cariño tan profundo, un amor tan apasionado, que la adoraba, que deliraba por ella y se quedaba lelo, cuando la oía hablar, ó la veía esconderse por los rincones para no ser objeto de las alabanzas de todos.

Este amor de que vamos hablando suele ser funesto, tanto para los padres como para los hijos, porque es un amor mal entendido, un amor ciego, un amor que tiene más de pagano que de cristiano, amor que ha privado de muchos santos á la Iglesia, de muchos héroes á los claustros, y de su felicidad temporal y eterna á muchos hijos y á muchos padres; á éstos por no haber dejado poner en práctica á sus hijos la voluntad divina, y á los hijos por no haber roto

esos lazos de carne y sangre que les separaban de Dios, como si Dios no hubiere dicho que aquel que ama á sus padres ó á sus hijos más que á El, no es digno de El. De este género era el amor de Agustín á Inés, porque al ver que las aspiraciones, los deseos, las prácticas y las virtudes de su hija propendían al claustro con más vehemencia que nunca, se ponía á decir: Y yo... ¿desprenderme de esta joven? ¿Dejar que se aparte de mí el ídolo de mi corazón? ¿Permitir que la alegría de mi casa se vaya á un convento? ¡No! ¡no! y ¡no!

Sin embargo, Inés no perdía ocasión ninguna, y cada vez que tenía oportunidad le decía á su padre:

— ¡Cuán dichosa sería yo en un convento! ¡Ay, cuándo me veré en él! ¡cuándo llevaré sobre mis hombros el santo hábito!

— Papá, ¿es verdad que me permitirá usted ser religiosa?

— Y así seguía preguntando, hasta que Agustín, entre irritado y cariñoso, le respondía:

— Vamos, déjate de tonterías y no seas niña.

— Pero, papá, ¿puedo yo oponerme á la voluntad de Dios? ¿No conoce usted que Dios me llama al claustro? ¿No ve usted que mis inclinaciones son esas?

¿No ve usted que allí sería dichosa, y aquí sería desgraciada?

—¡Calla! ¿desgraciada al lado de tu padre? Eso es una injuria para mí.

—Pero, papá, por Dios; no ve usted que?

—Lo que yo veo que son ilusiones tuyas y melancolías de andar siempre por los rincones.

—No, papá; permítame usted; no es eso, es la voz de Dios que me llama hace ya años; y ahora dígame usted de quién debo yo hacer caso, si de Dios ó de mi padre.

—¡Terca, terca! ¿Ese es el fruto de tus oraciones? Si me vuelves á dar otro mal rato con estas impertinencias, te prohibiré.

Agustín se quedó con la palabra entre los dientes, porque observó que los ojos de Inés se llenaban de lágrimas, y no quiso proseguir. Separóse de su hija, y ésta se volvió á su cuarto.

Escenas como ésta se repetían entre Inés y Agustín cada semana. Ella oraba de continuo, pidiéndole á Dios que su padre se diera por vencido y le permitiera retirarse á un convento; pero viendo que sus peticiones no eran despachadas en el cielo, determinó enviar con ellas la mortificación suplicante, que suele alcanzar tantas gracias como la oración fervorosa. Redobló sus peni-

tencias, afligió su cuerpo con el cilicio y el ayuno, y pronto apareció en su semblante un rayo de palidez que circundaba su rostro con aureola de santidad, dándole la dignidad y la hermosura del dolor voluntariamente aceptado.

Agustín temió que enfermara Inés de pena, si no la dejaba ser religiosa; conoció que él era la causa de aquella palidez; pero aun así le parecía su hija tan hermosa y tan amable que cada vez sentía más tarde la tal licencia. Ya casi iba á ceder á los ruegos de Inés cuando aconteció una desgracia en la familia. Doña Fernanda tuvo aquel invierno una enfermedad grave y larga que la puso á las puertas de la muerte; y en vista de ella resolvió Agustín no acceder nunca á los ruegos de Inés, porque si ésta se iba monja y doña Fernanda faltaba, ¿qué iba á ser de la casa? ¿qué iba á ser de él?

Así andaban las cosas cuando la venida de las galandrinas anunció á los sevillanos la vuelta de la estación florida; las avras primaverales desde su carro embalsamado acompañadas de los céfiros, derramaban sobre la Bética sus celestiales influencias; las aves juntaban sus más dulces armonías con el blanco susurro de las olas del Guadalquivir; las plantas y los árboles, lánguidos y yertos por los fríos del invierno, comenzaron á

reanimarse con el soplo vivificante de la primavera, y Doña Fernanda, participando también de los benéficos dones de la estación de los amores, se reanimó y convaleció.

Durante su enfermedad vino á visitarla y consolarla un tío suyo; sacerdote de mucha virtud, el cual regenteaba una parroquia cerca de Puentegeñil. Era este buen señor un modelo en su clase, hombre ya entrado en años, y por lo mismo respetado y querido de toda la familia, que lo miraba con la veneración con que se mira á un patriarca; y de él nos vemos obligados aquí á hacer mención, porque contribuyó con sus acertados consejos al desenlace de nuestra historia, en la forma que diremos.



CAPITULO XX

Quejas y pruebas.

CON la entrada de la primavera y la convalecencia de doña Fernanda había vuelto á la casa de Agustín la animación y la ordinaria alegría. Sucediáanse con frecuencia las tertulias edificantes y las visitas de cortesía, en las que todo eran plácemes, enhorabuena, parabienes, sonrisas y demostraciones de júbilo. Inés era la única que no participaba de aquel regocijo universal, porque sentía su corazón cubierto con el sombrío manto de la tristeza. Nadie sabía á punto fijo lo que tenía, pero todos adivinaban que la pena consumía su corazón, y que ella devoraba su pena en el silencio, sin dar á nadie parte. Hubo quien atribuyó aquello á la enfermedad de su madre, quien pensó que era efecto de la ausencia del conde y quien le preguntó por la causa de su pena; pero Inés se había encerrado en el silencio, y nadie descubrió el motivo de sus pesares.

Agustín sabía perfectamente que su injusta negativa era la causa de las amarguras de Inés, y haciéndose el desentendido, una noche la llamó para que cantara en una tertulia de familia que se había reunido. —Vamos, Inés,—le dijo— con esa cara tan triste y ese aislamiento en que te has encerrado, parece que estás despidiendo a nuestros amables huéspedes. Hay que alegrarse, hija mía, que ya no hay motivo para andar taciturna. Cerca de un año hace que no te oigo cantar ni tocar el piano; tu tío todavía no ha oído el metal de tu voz, tu mamá y la señora condesa desean verte alegre, conque esta noche es preciso que nos cantes una de esas canciones que tú sabes.

Inés por toda contestación exhaló un suspiro.

—Anda, mujer; y no te hagas rogar tanto.

—Pero ¿qué pieza quiere usted que toque?

—Tocar solamente no; tocar y cantar.

—Pero ¿qué voy yo á cantar, señor?

—La última canción que sepas.

—La última que he aprendido es muy triste y no agrada.

—Sí, ¡la última tiene que ser!—respondieron los demás á coro con Agustín.

—No, papá; que no va á sentarle bien á usted.

—¿Que nó? anda y dame ese gusto.

—Y después, ¿me concederá usted lo que yo le pida?

—Concedido.

—Inés sonrió forzosamente; sus mejillas se cubrieron de un subido carmín, y dando airosamente una media vuelta, sentóse al piano. Sacó disimuladamente un papelito de su faltriquera, pasó la vista por él, y tendiendo las manos sobre el teclado, hizo vibrar con sonoridad y armonía las cuerdas del instrumento. Pronunció entre dientes algunas palabras confusas, pero muy suaves, y animada con las miradas de su madre comenzó á cantar, acompañando su voz melodiosa con las notas más lánguidas y tristes del piano, estas décimas que ella misma había compuesto con el título de

QUEJAS

Yo he visto un rosal criado
Entre plantas olorosas,
Y allí daba frescas rosas
Cuando el tiempo era llegado;
Después lo vi trasplantado
Por su dueño á otro lugar;
Llegó Mayo, él fué á buscar
Rosas, y lo vió agostado . . .

*Pobre rosa transplantado,
¿Qué rosas podría dar?*
Si del huerto la frescura,
De los árboles la sombra,
De verde yerba la alfombra,
Y el correr del agua pura,
Es lo que exige natura
Para que crezca un rosal;
En medio de un erial,
Del sol estubo abrasado,
*Pobre rosa transplantado,
¿Qué rosas podría dar?*

Una salva de aplausos ahogó las voces del piano y el acento de Inés, la cual sin perder un punto la serenidad de su alma, cambió de tono repentinamente, y trocando en rápidas y agudas las notas tristes, continuó, cuando cesaron los vitores de este modo:

En mi infancia ví un jilguero
Que en una huerta anidaba,
Y dulcemente cantaba
Posado en un limonero;
Feliz siempre y placentero,
Allá, en el bosque sombrío,
En las orillas del río,
O en la fuente cristalina
Trinaba, y su voz divina
Alegraba el valle umbrío.
Después lo ví prisionero
En una jaula metido;

¡Ay! había enmudecido
El pobrecillo jilguero:
Un quejido lastimero
Se le solía escapar,
Cuando empezaba á trinar
Y se veía aprisionado:
*Pobre pájaro encerrado,
¿Cómo había de cantar?*
Si del huerto la frescura,
De las plantas el verdor,
Y el perfume de la flor,
Y del bosque la espesura,
Y del campo la hermosura,
Y el verse libre saltar,
Es lo que hace trinar
Al pajarillo pintado;

*Pobre jilguero encerrado,
¿Cómo había de cantar?*
¡Ay, qué pena, oh Dios amado!
¡Oh, qué trance este tan fiero!
¡Yo soy el pobre jilguero
En triste jaula encerrado!
Si allá en el claustro sagrado
Me viera, como me ví,
Si cantara entonces, sí,
De mi libertad gozando;
Pero encerrada y penando,
¿Quién canta, quién canta así?
Mas, ¡ten valor, alma mía!
No te conturbes ni llores,
Desecha ya tus temores,
Revístete de alegría,
Que puede ser vengá un día

En que te den libertad,
Vuelas á la soledad
De tu anhelado convento,
Y allí con tranquilo acento
Cantes con Dios la bondad.

V. ¿qué he de hacer entre tanto?

¡Oh, alma! Ama y espera.

Calla, sufre, persevera,

Vierte en silencio tu llanto.

No te rindas al quebranto.

No cedas á la tristeza,

Mira al cielo con firmeza,

Cállate y ten confianza,

Que en silencio y esperanza

Estará tu fortaleza.

Inés enmudeció, y esta vez no resonó ni un solo aplauso. Sollozos entrecortados y el ruido de respiraciones anhelantes que se escapaban de los oprimidos pechos era lo único que se oía en el salón. Ella volvió á los circunstantes sus grandes ojos azules rebosando candor, con esa mirada inquieta y vaga que parece investigar algo, cuya existencia se sospecha, y vió que de los de su padre y de otros muchos caían gruesas lágrimas sin hacer ruido. Todos habían adivinado en aquellos cantos la verdadera causa de las penas de Inés, y su voz las comunicó á los demás con tanta viveza que les hizo prorrumpir en triste llanto.

La tertulia se deshizo como por en-

canto: Agustín se levantó emocionado, prestando que iba á buscar unos cigarrillos: y los demás entraban y salían sin detenerse, como buscando una nueva impresión que viniera á borrar la profunda huella que el canto de Inés había dejado en todos los corazones.

Cuando á ésta le pareció bien, fué en busca de su padre que estaba conversando con el *tito Capellán* (como llamaban todos en casa al tío de doña Fernanda) y apenas se le puso delante, con mucha humildad y mucho cariño le dijo: —Papá, vengo á que cumpla V. la palabra que me tiene dada.

—A ver, ¿qué quieres ahora?

—Quiero que me de V. licencia para entrar en el convento de María Reparadora.

—Tú, siempre con la tuya, Inés.

—Pues, papá, no puedo resistir más; yo me muero, si sigue V. oponiéndose de ese modo á la voluntad de Dios.

—No, hijita mía, yo no me opongo á la voluntad de Dios, sino á tus caprichos femeniles.

—¿Papá, capricho una vocación tan combatida como la mía? Pruébeme V., padre mío, si ya no me tiene bien probada; examíe V. mi vocación, y, si es capricho mío y no voluntad de Dios, yo le prometo desistir de mi propósito; pero, si es lo contrario, desista V. y no me niegue una cosa tan justa y tan santa.

—Mira, tito y yo estábamos hablando de eso; él te examinará, que es más apto que yo para esto, y los dos nos atenderemos á su fallo.

—Al decir esto, Agustín se levantó, fingiendo que se ausentaba, para dejarlos en completa libertad; y lo que hizo, fué dar la vuelta y esconderse en la habitación inmediata para no perder ni una sola palabra de aquel solemne interrogatorio. El buen sacerdote comenzó de este modo:

—¿Vamos, Inés, has pensado bien lo que pretendes?

—Sí, señor, lo he pensado muy despacio.

—Y esa vocación que tú dices, ¿es reciente, ó trae ya larga fecha?

—Desde que tenía doce años.

—¿Y ha sido siempre constante?

—Hubo un tiempo (que nunca lloraré bastante) en que oponiéndome á los remordimientos de mi conciencia, quise contrariar mi vocación, y ofrecer mi mano á un ángel que la pretendía; pero todo aquello no sirvió más que para confirmarme en ella, y para que él se hiciera religioso.

—¿Y has consultado sobre el asunto con algún confesor prudente?

—Con todos los directores que he tenido; y todos me han dicho que no podía

desobedecer á esa inspiración divina, sin pecar, y hacerme desgraciada.

—¿Pero no ves, hija mía, que si vas á un convento te cargarán de humillaciones durante el noviciado, te ejercitarán en los oficios más bajos de la casa y te tendrán como el estropajo del convento, y hasta te mandarán que les beses los pies á las demás?

—¿Y qué cosa más gloriosa que hacer con mis hermanas lo que hizo Jesucristo con sus apóstoles la noche de la cena? ¿Qué cosa más dulce para mí que ejercitarme en los oficios humildes en que se ocupó mil veces la Madre de Dios?

—Pero ten entendido que esas cosas te las hará sufrir alguna, que quizás hubiera apetecido en el mundo la honra de ser tu doncella ó tu criada, y que allí por tener el mismo hábito que tú, te despreciará sin consideración ninguna.

—¡Ay, tito! Por esa parte estoy curada de espanto. Dichosa yo el día que sea despreciada por amor de Jesús.

—¡Bueno! pero has de considerar que te has criado con mucha delicadeza, y que allí tendrás una cama dura, un vestido áspero y una comida que muchas veces no te gustará.

—Podrá ser; pero pronto hará un año que visto lana interiormente, duermo sobre tablas, y como lo que menos me gusta. Guárdeme usted el secreto.

—No es bastante; mira que son muchos los trabajos, penitencias, incomodidades y fatigas de la vida religiosa, y no los podrá resistir.

—Si yo contara para ello con mis fuerzas solas, seguramente que no podría; pero Dios que me llama, me dará lo que me falta.

—Mas, si te vas, no podrás allí hacer el bien que harías, quedándote en el mundo.

—Esa fué la engañosa tentación que por poquito me hace ser infiel á Dios; pero tentación conocida, tentación vencida.

—Y si te vas, ¿qué va á ser de tu casa? ¿qué de tus padres? ¿qué de tus hermanos, que te miran como á su espejo?

—Pues lo que sería si en vez de llamarme Dios al claustro, me llamara á la otra vida. El cuidará de todos.

El sacerdote dejó de preguntar: estaba meditabundo y como admirado de lo que había oído á su sobrina.

Agustín temblaba detrás de la puerta como un azogado, y no sabía si retirarse ó volver. Por fin, hizo un esfuerzo desesperado, y dando la vuelta entró en el salón, preguntando:

—¿Cómo vamos de exámen?

—*Digitus Dei est hic*—contestó el sacerdote, moviendo la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso?

—Pues quiere decir que esa chiquilla es el diablo, ó no puedes detenerla mucho tiempo en casa sin hacerte reo de un gran pecado delante de Dios.

Estas palabras cayeron como una bomba sobre el corazón de Agustín, el cual quedó atónito y suspenso, mientras el *Tiito*, continuaba:

—Nada, Dios lo quiere y hay que obedecer.

—¿Qué horrible es esto para el corazón de un padre! ¿Conque tendré que desposeerme de este tesoro, ó aventurar mi eterna salvación? Pues en tal conflicto vete, hija mía, donde Dios te llama y no te olvides de este padre que te adora.

Estas últimas palabras las dijo Agustín sollozando, y al oírlas Inés se abalanzó al cuello de su padre diciéndole:

—Papá de mi alma, ahora sí que me quiere usted; ahora sí que yo le amo con amor centuplicado; yo haré el doloroso sacrificio de separarme de su lado, y usted de entregarle á Dios esta hija que tanto le ama. Si no fuera tan tarde, ahora mismo mandaba una tarjeta á la M. Consolación, comunicándole tan fausta nueva. ¡Ay, qué noche tan buena voy á pasar! Querido papá, Dios premie á usted el bien que me hace.

A todo esto el P. Capellán seguía meditabundo. Inés se marchaba radiante

de alegría, y Agustín quedaba llorando, sin ruido ni sollozos, como llora el que tiene en su corazón la fuente de las lágrimas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XXI

Escenas de familias.

AL día siguiente, la casa de Agustín estaba poco menos que alborotada. Se había corrido la voz de que él había otorgado á Inés su permiso para hacerse religiosa, y todos miraban al padre con esa mirada mezclada de extrañeza y curiosidad, que parece preguntar con ironía lo que ya se sabe; y á la hija la miraban con esos ojos tristes que revelan la compasión ó el sentimiento de una próxima despedida.

Inés, sin atender siquiera á lo que pasaba, ocupabáse en escribir tarjetas á ciertas religiosas amigas suyas á quienes había encargado antes que rogaran á Dios por ella, diciéndoles ahora que dieran gracias al Señor, porque al fin conseguía lo que por tan largo tiempo había pedido y esperado; la licencia de su padre para hacerse religiosa.

Entre todos los de casa, doña Fernanda tenía más deseos que nadie ver-

de alegría, y Agustín quedaba llorando, sin ruido ni sollozos, como llora el que tiene en su corazón la fuente de las lágrimas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XXI

Escenas de familias.

AL día siguiente, la casa de Agustín estaba poco menos que alborotada. Se había corrido la voz de que él había otorgado á Inés su permiso para hacerse religiosa, y todos miraban al padre con esa mirada mezclada de extrañeza y curiosidad, que parece preguntar con ironía lo que ya se sabe; y á la hija la miraban con esos ojos tristes que revelan la compasión ó el sentimiento de una próxima despedida.

Inés, sin atender siquiera á lo que pasaba, ocupabáse en escribir tarjetas á ciertas religiosas amigas suyas á quienes había encargado antes que rogaran á Dios por ella, diciéndoles ahora que dieran gracias al Señor, porque al fin conseguía lo que por tan largo tiempo había pedido y esperado; la licencia de su padre para hacerse religiosa.

Entre todos los de casa, doña Fernanda tenía más deseos que nadie ver-

se á solas con su hija para saber de ella la verdad de aquellos rumores; y por su parte Inés nada deseaba tanto como hallar sola á su madre para desahogar su pecho, depositando en el de ella su secreto, y gozar de la confianza y el cariño que la buena matrona le inspiraba. Así es que, apenas se vieron, entendiéronse con una mirada, y se retiraron á una habitación en la que ocuparon un sofá, sentándose las dos muy juntitas; y antes de tomar asiento, apenas habían pasado la puerta del aposento, interrogó la madre á la hija muy bajito, y con ese temor de quien siente que se le diga la verdad, de este modo.

—Y bien ¿son ciertos esos rumores?

—Sí, madre mía; gracias, después de Dios, á las oraciones de usted y á las palabras de tío Capellán.

—Pero, hija, ¿y tu padre te ha dado permiso para que te marches á un convento tan de repente? No puedo creerlo.

—Sí, mamá de mi alma; me dijo que me fuera cuando quisiera, y yo quiero marcharme cuanto antes, no sea que se vuelva atrás.

—Pero, mujer, no sería así: te daría permiso para que pretendieras al convento que bien te pareciera, y entre tanto,

—No, señora; si hace tiempo que ten-

go pretendido; para eso no pensaba yo que necesitaba licencia.

—Pues, Inés, el amor que te profeso y la pena que me da al quedarme sin ti, me hacen dudar de tus palabras. ¡Ay, ahora empiezo á barruntar lo triste que será verme privada de una hija como tú!

—Mamá de mi alma, ¿pero no me ha dicho usted mil veces que deseaba ver alguna de sus hijas consagrada á Dios? ¿No me ha dicho que desde pequeñita me ofreció á Dios en holocausto?

—Sí, hija mía; antes que nacieras te consagré á Dios por un sueño misterioso que tuve; después le he rogado mil veces que te escogiera para sí, y me disgustaba con tu padre cuando se oponía á ello; pero, á pesar de eso, siento herido mi corazón de madre con la declaración que me acabas de hacer: ¡Dios mío! ¡Yo sin mi Inés! ¡Yo sin mi Inés!

Viendo ésta que su madre estaba á punto de romper el llanto, le dijo sonriendo:

—Pero, mamá, consuéllese usted; ¿qué dicha más grande para una madre que tener una hija esposa de Jesucristo? ¿Qué gloria que ver un día á su hija en el coro de las vírgenes puras, reinando con Dios para siempre?

—Eso es lo que me consuela, hija mía; el pensar que serás una santa; el

considerar que en tí ofrezco á Dios una lámpara viva, que arderá continuamente como la llama del amor divino ante su sagrado tabernáculo. Si no fuera por eso, ¿cómo es posible que yo te diera licencia para encerrarte en un convento, dejándome á mí sumergida en un mar amargura?

— De modo que me da usted su consentimiento, y ofrece desde ahora el sacrificio, ¿no es esto?

— Sí, hija mía, sí; aunque sólo Dios sabe cuánto me cuesta; pero te lo doy con la expresa condición de que has de ser una santa y has de rogar mucho por tu madre.

— ¡Ay, mamá, la hija más ingrata del mundo sería yo, si no lo hiciera así! Desde ahora le prometo á V. elevar todos los días al cielo fervorosas oraciones, para que de allí desciendan bendiciones de dulzura sobre su corazón: desde ahora le digo que no tendré más aspiraciones que hacerme santa, y amar á Dios con toda mi alma. Y puesto que me queda poco tiempo para darle pruebas de mi amor, y para honrarla como usted se merece, permítame que le besé la mano y le pida ahora perdón de todos los disgustos que en vida le haya dado.

Inés se arrodilló, y doña Fernanda se

dejó caer sobre su cuello, llorando y diciendo:

— Hija de mis entrañas, encanto mío, consuelo de mi corazón, ¿qué ha de perdornarte una madre que se mira en tí como en el espejo de su cara? ¡Hija mía luz de mis ojos, alegría de mi vida! . . .

Media hora hubiera permanecido doña Fernanda abrazada con su hija, diciéndole mil ternuras, á no haber sonado un ligero ruido en la habitación inmediata, que la obligó á bajar la voz y á limpiarse las lágrimas, desprendiéndose de los brazos de Inés y levantándola del suelo. La madre, con la honda pena que puede suponerse, se retiró á su cuarto; y la hija volvió á caer de rodillas musitando esta oración:

— Dios de mi corazón y autor de mi vida: Tú que me diste la existencia, cuando yo merecerla no podía; Tú que me hiciste nacer de una madre tan buena en un siglo tan corrompido; Tú que librabas mi alma del naufragio de la culpa, conservando mi pureza como el lirio entre las espinas; Tú que arrancaste de mi corazón el amor del mundo, que ya comenzaba á seducirme; Tú que me llamas para tí con tanta misericordia, manlándome que me separe de los autores de mis días; Tú, Señor, mira con benignidad el afligido corazón de mi pobre madre, y acepta el propicio el

doloroso sacrificio que ella te hace; no porque sea yo digna de que tú me recibas, sino por el mucho aínor con que ella te lo ofrece. Acéptalo, Señor, y descienda sobre ella tu bendición copiosa, para que sus días sean felices como los de Sara al lado de Tobías, como los de Raquel al lado del patriarca Jacob; y cuando llegue su última hora, recíbela en el seno de tu misericordia, donde yo la vea el día en que desataba de los lazos de la carne vuele á unirme contigo en la eternidad venturosa."

Si doña Fernanda hubiera podido oír esta plegaria, es muy probable que hubiera llorado de gozo en medio de su mucha pena y que le hubiera parecido poco todo cuanto había hecho y podía hacer por su hija. Pero no la oyó, porque al salir del aposento donde dejó á Inés, se encontró con Agustín, que al verla llorosa, la acompañó á su cuarto preguntándole la causa de su llanto. Lo que hablaban allí los dos consortes, y en que hubiera parado la conversación, si Inés no llega á tiempo, podrá colegirlo cada cual por lo que vamos á decir.

Cuando nuestra joven terminó su oración, fuese en busca de su madre para consolarla, y encontró allí también á su padre á quien saludó de este modo: ¡Cuán agradecido le estoy, papá, desde

que me dió usted anoche el permiso para irme á la tierra de promisión, que tal conceptúo para mí el convento. ¿Cómo se lo pagaré?

—Déjame y no me atormentes, ni me hables de eso.

—Papá, eso no es tormento. Comprendo que á usted le dará pena, pero después de todo debe servirle de consuelo, que una de sus hijas se consagre toda á Dios. Por eso espero que me ratificará aquí delante de mamá la licencia que me tiene dada.

—¿Qué licencia ni qué tonterías? Tú estás soñando, mujer. ¿Cómo había yo de concederte una cosa, que me estará penando después toda la vida? ¡No! eso no te conviene ni á tí ni á mí. ¿Qué dirá el mundo y que...?

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Inés—¡esta otra! Por Dios, papá, déjeme usted ir á donde Dios me llama.

—No te canses, que no puedo permitirte, porque me costará la vida.

—Pero si Dios me llama, ¿qué he de hacer? ¿Quiere usted quitarme mi única felicidad en el mundo? ¿Quiere usted hacerme para siempre infeliz y desgraciada? ¿Es posible, padre mío?

—¿Y es posible que tú quieras quitarme la vida con esos caprichos?

—Papá, atienda usted á las lágrimas que lloro, y haga el sacrificio con la ge-

nerosidad que lo ha hecho mamá, dándome la licencia aunque con pena de su corazón.

—No; ni tu madre ni yo te concedemos semejante permiso.

Estas palabras produjeron en el alma de Inés una pena tanta viva y tan profunda, que secó por completo la fuente de sus lágrimas. Quedóse un momento suspensa, luego pálida, después temblorosa, y con un acento indefinible contestó á su padre: ¡Está bien! Su hija soy, y obediencia le debo; haga V. de mí lo que quiera; pero protesto ante el cielo y la tierra que Dios me llama á la religión, y que V. se opone á que yo cumpla la voluntad divina. Y sin decir más, dió media vuelta, y como fuera de sí se dirigió á la puerta.

Doña Fernanda quedó sorprendida, Agustín estupefacto y como herido de un rayo con las palabras de su hija, á la cual dijo:—¡Escucha, Inés, escucha! ¡no te vayas, hija mía!—Ella, como si nada hubiera oído, prosigue hacia la puerta. Agustín la sigue á la habitación inmediata, donde la detiene, asiéndola por el vestido, y mientras llegaba su esposa le decía:—¿Pero cómo sabes que Dios te llama? ¿qué prueba me has dado de ello?

—Demasiadas que le he dado, y Dios se encargará de darle á V. otras prue-

bas, que serán pruebas de justa indignación. Por V. lo siento, padre mío, y por lo mucho que lo quiero.

Un llanto compasivo acudió á los ojos de Inés y de su madre, y otro llanto amargo como las olas del mar á los de Agustín, que lleno de pavor y pena, contestó:—No quiero ser objeto de la indignación divina. Demasiado tiempo me he resistido á la voluntad de Dios, y me rindo desde ahora para siempre. No quiero impedirte tus santos deseos, porque me has herido el corazón. Dispón lo necesario, que tienes mi licencia y la de tu madre, aunque el dártela me cueste la vida.

—Gracias, padre mío, y Dios acepte el sacrificio de V. como aceptó el del justo Abraham, cuando fué á sacrificarle su hijo. Pero le suplico que no pierda el mérito de su acción tan heroica, arrepintiéndose otra vez de la licencia que ahora me concede delante de mamá.

—No, no te la negaré más; pero déjame que llóre y me abandone á mi dolor, como si fuera un niño. Tú no sabes lo que un padre siente la separación de un hijo; es como arrancarle un pedazo de su corazón.

—Sí, papá, lo comprendo, y por eso no sé cómo expresarle mi gratitud y los sentimientos de mi corazón. Dios pre-

miará á V. y le dará en mi ausencia los consuelos que yo no podré darle. Y tal vez este doloroso sacrificio sea el lazo de unión que nos junte para siempre en el cielo, después de una corta separación en este valle de lágrimas.

Agustín no supo qué contestar. El dolor anegaba su alma y le hacía estar meditando: su esposa se limpiaba los ojos con un blanco pañuelo, y su hija, deteniendo la respiración en su pecho oprimido, parecía contemplar desconsolada la pena de sus padres. Aquella muda escena hubiera durado largo rato, si Prudencia no hubiera llegado á la puerta, diciendo:

—Señora, el almuerzo á punto; y ni Don Agustín, ni la señorita Inés parecen por ninguna parte.

—Detente un poco, Prudencia, que yo sé dónde están: pronto iremos todos.

Los tres procuraron serenarse y disimular delante de la familia la turbación que les causó la anterior escena. Durante el almuerzo se pronunciaron frases entrecortadas que revelaron algo de lo ocurrido, y confirmaron á los demás en que, efectivamente, Inés estaba autorizada por sus padres para poner en ejecución el delicado proyecto de consagrarse á Dios, sepultándose en vida, dentro de un claustro.



CAPITULO XXII

Victoria de Inés: elige el Instituto de María Reparadora.

EL mes de Mayo había traído de nuevo á los mortales la alegría y los encantos de la naturaleza rejuvenecida. Por todas partes ostentaban su verdor los feraces campos de la Bética: los trigos crecidos dejaban escapar de su abultado seno las rubias aristas de las espigas: la fragancia de las viñas florecientes embalsamaba los campos; la nueva fruta que en esquímo los olivos presentaban, cubría con manchas cenicientas el verde oscuro del arbolado; y la brisa agitando las flores, los pámpanos de la vid, las espigas del trigo, y los ramos de la verde oliva, mezclaba en uno los suaves perfumes de las mieses, de los bosques y jardines.

Este mes de Mayo, llamado por antonomasia el mes de María, por haberlo dedicado la Iglesia al culto de la Reina

del cielo, se celebra con mucha solemnidad en toda la Andalucía, donde se cubren con artísticos ramos de flores naturales los altares de la Virgen. Apenas hay persona piadosa que se crea dispensada de ofrecer una flor, símbolo de su devoción y de su cariño, á la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza; y apenas quien deje de asistir á los ejercicios marianos, cantando con acento apasionado el

Venid y vamos todos
Con flores á porfía,
Con flores á María
Que Madre nuestra es.

Inés asistía todas las tardes con devoción singular á estos ejercicios, y á su vuelta de ellos, encontraba llena su casa de las antiguas amigas, que formaban el círculo de Caridad elegante. Se había corrido entre ellas la noticia de que Inés entraba pronto en el convento de las Reparatrices, y venían unas á darle el parabién, otras á compadecerse de ella, y las más á reñirle ó á burlársele, porque iba á esconder en una celda los encantos y la gracia de su juventud enviable.

No tuvo que sufrir poco nuestra joven con aquellas amigas que á veces reconvénian á su padre, porque le consen-

tían tal cosa. y á veces poniéndose del lado de Agustín, descargaban sobre Inés toda una batería de objeciones, que ella tenía que deshacer completamente para no verse perdida. En cierta ocasión una pelirrubia, muy relamida, se encaró con ella y le dijo:—Permíteme que te diga, querida Inés, que me parece una gran bobada lo que vas á hacer.

—Nunca será una bobada poner en práctica las inspiraciones del cielo.

—¿Y no puedes servir á Dios en el mundo como hasta hoy, sin amargar la ancianidad de tus padres?

—No; á Dios se le sirve únicamente cumpliendo su voluntad santísima, y ésta es que yo le sirva en el claustro; lo cual de ningún modo amargaré la ancianidad de mis padres, porque estoy segura de que en la hora de su muerte no tendrán mayor gozo que el verme ofrecida á Dios por ellos como víctima de expiación.

—Pues mira que debe ser una rareza indefinible esa de la vocación religiosa ó de las inspiraciones del cielo, como tú has dicho.

—Tú no sabes lo que dices, querida. ¿Quieres acaso negarle al Soberano Señor de cielo y tierra el derecho que tiene á escoger para sí algunas almas, que se consuman ardiendo en el fuego del amor divino ante su sagrado tabernáculo, á la manera que se consume la cera

que arde en el fondo del santuario? ¿O quieres quitarnos á los demás el derecho que tenemos á estar con la Magdalena postradas á los pies de Jesucristo, escogiendo para nosotras la mejor parte de que habla el Evangelio?

—Nada de eso; lo que quiero es saber qué es lo que hace una monja toda su vida detrás de una reja, gangueando latines, ni para qué quiere Dios á esas infelices encerradas entre cuatro paredes, como en un sepulcro.

—¿Que para qué las quiere? ¿que qué hacen? Dime, mujer, ¿qué es lo que hacen suspendidas de las bóvedas celestes, cual si fueran lámparas de la creación, esas lámparas resplandecientes que nunca el hombre contar pudo? ¿Qué es lo que hacen las flores del campo y el lirio de los valles, criados entre breñas ó entre riscos donde puedan ser vistos de los mortales? ¿Qué es lo que hacen los ángeles, que, estáticos de amor, rodean el trono del Altísimo? Pues lo que hacen los ángeles en el cielo, y las flores en el campo, y las estrellas en el firmamento; eso mismo hace la religiosa, que pasa su vida, no gangueando latines, sino cantando himnos de amor en su retiro santo, separadas del mundo grosero por una reja que aún me parece poco tupida y fuerte. Alaban á Dios, como Dios quiere ser alabado, y está dicho todo. Y si

me preguntas que para qué las quiere Dios de ese modo, yo te pregunto á mi vez: ¿Para qué suspendió en los espacios esa multitud de astros que apenas podemos divisar desde la tierra? ¿Para qué hace crecer en el desierto las plantas más hermosas, lejos de las miradas del hombre? ¿Para qué cría el diamante en las entrañas de la tierra y no colgando de las flores como perlas del rocío? Cuando me des la razón de estos misterios de la naturaleza, te daré yo la de aquel misterio de la gracia.

Inés decía esto con tal energía y abogaba por su causa con tanto ardor, que la pelirrubia se vió obligada á contestar:

—Dispensa, Inés, que no ha sido mi intento molestarte, sino hablar de lo que todas hablan.

—Estás dispensada, amiguita; pero con la condición de que no se combata más mi resolución irrevocable de hacerme religiosa de María Reparadora.

—Y por qué quieres abrazar ese instituto extranjero, tan moderno, y no otro cualquiera?—preguntó Concepción, queriendo mudar conversación, que se iba convirtiendo en acalorada disputa.

—Porque desde que conocí su historia me robó el corazón. Es verdad que esa Congregación, por haber nacido fuera de España, podíamos llamarla extranjera, si la religión no hiciera de to-

da la cristiandad una sola familia; y que es moderna, puesto que hace pocos meses que murió su ilustre fundadora, la condesa Emilia de Oultremont, que cambió sus títulos de nobleza y su esclarecido nombre por el de María de Jesús; pero así y todo, su corta historia me ha enamorado. Si no lo toman á mal, la contaré en breves palabras.

Concepción y sus amigas hicieron con la cabeza un signo afirmativo, é Inés continuó.

El mismo día y á la misma hora en que el santo Papa Pío IX definía *ex cathedra* el dogma de la Concepción inmaculada de María, esta divina Madre se apareció á su sierva la Condesa Emilia, que estaba extasiada ante el Santísimo Sacramento en la capilla de su palacio, y le reveló la fundación de ese instituto detalladamente, hasta con los colores del hábito blanco y celeste, para perpetuar la memoria de su pureza sin mancilla. Luego, declarándole el objeto de su fundación, le dijo, que si en el cielo pudiera sufrir, sufriría ciertamente por no poder estar en la tierra alrededor de los tabernáculos, adorando á Jesús Sacramentado, y atrayendo hacia El almas puras, que le desagraviaran de las injurias, ultrajes, y olvido que sufre en el sacramento de su amor. Y puesto que ella no podía dejar

el cielo para cuidar de su divino hijo en la tierra, quería verse reemplazada por otras almas ilustres que tuvieran para con Jesús el respeto, la ternura, el amor y el cariño que Ella no podía prodigarle ya en este valle de lágrimas.

Este es el espíritu de la congregación y el fin sublime de una religiosa Reparadora; ocupar para con Jesús presente y abandonando en el sagrario el lugar de su madre inmaculada; hacer aquí cerca de El el oficio que haría María, si viviera aún en la tierra: en una palabra, ser para Jesús Sacramentado, lo que fué la Santísima Virgen para Jesús mortal y pasible. ¿No es esta una dicha incomparable? ¿No es esta una ocupación que envidiarían los ángeles del cielo, si en ellos cupiera envidia? Las Hijas de María Reparadora tienen que resolver en cada momento de su vida este problema tan profundo como delicioso. ¿Qué haría mi Madre inmaculada en esta circunstancia en que yo me encuentro ahora? y la respuesta á esta sublime pregunta tiene que buscarla en su fe, en el amor de su corazón y en las reglas y constituciones de su Orden. Para no olvidar nunca su celestial destino llevan todas el nombre de *María*, visten los colores de la pureza de *María*, tienen los afectos de su corazón unidos á los de *María*, y á esta unión obedece

la adoración continua á Jesús Sacramentado durante el día, la hora santa en que se relevan unas ú otras durante la noche, y las comuniones frecuentes y la oración constante, y la mortificación no interrumpida, para identificarse en cuanto es posible con el corazón purísimo de María, á fin de reparar con su amor y gratitud de amor que el mundo ingrato niega á su Salvador y Redentor. El día que tenga la dicha de ingresar en el santo noviciado, seré dichosa, y vosotras, amigas mías, me acompañaréis con júbilo, porque aquél será para mí el día de bodas, pero de bodas celestiales.

Al oír esta hermosa narración de Inés hubo algunas que sintieron en su alma deseos de acompañarla al claustro consagrándose á Dios; pero ninguna intentó ponerlo por obra. Entre tanto los días iban pasando ligeramente, y la Amante de la Virginitad iba en ellos disponiendo sus cosas para unirse cuanto antes al coro de las vírgenes que rodean al Cordero Divino. Mil veces se acordó durante aquel tiempo del sueño misterioso que decidió su suerte, y le parecía oír en lo interior de su alma la voz amorosa de Jesús que el repetía: "Ven, hija mía, ven, ¿á qué aguardas? Ven, que bastante te he esperado." Y esta voz que resonaba de continuo en sus oídos, le hacía suspirar impaciente por la hora

dichosa en que abandonando el mundo y dando un adiós eterno á cuanto en él aman y codician los mortales, se había de entregar toda entera en cuerpo y alma al servicio de Dios.

Esa hora, de ella deseada y de su padre temida, llegó por fin, y fué una hora triste y dolorosa; como son todas las horas de separación y despedida.

CAPITULO XXIII

La Despedida.

LINES se había preparado para ingresar en el noviciado con diez días de ejercicios espirituales, en el mismo convento de las religiosas reparatrices. El día que había de trocar el traje seglar de pecadora por la librea de las esposas de Cristo, se engalanó desde por la mañana y lució durante el día sus mejores vestidos, para hacer más brillante el triunfo de la gracia sobre la naturaleza. Nunca despidió el sol tan luminosos rayos, nunca exhalaban las flores tan grato aroma, nunca las aves lanzaron al aire tan dulces trinos, como aquel en que iban á realizarse las esperanzas de toda su vida. Así al menos le parecía á ella.

Cuando volvió de la misa mayor se fué derechamente al cuarto de su madre, pidiéndola que le permitiera estar á su lado las pocas horas que le quedaban, puesto que sería la última vez que podría manifestarle su acendrado cari-

ño. Las cosas que allí se dijeron y las lágrimas que hija y madre derramaron aquella mañana, no son para contadas. Referiremos solamente un episodio de aquella larga y tierna despedida. Doña Fernanda, con los ojos humedecidos por el llanto, entre otras mil cosas, le dijo á Inés:

—Ahora que estamos solas, y antes que nadie venga á turbar la paz de nuestras lágrimas, voy á darte la última prueba de mi amor, confiándote al mismo tiempo un secreto, secreto que me sostiene, me alienta y me consuela en medio de la tempestad de penas que combate mi alma; pero quiero que este secreto quede encerrado en tu pecho y sepultado contigo, pues solo á tí se refiere.

—Yo se lo prometo, madre mía, por estas lágrimas que lloro.

—Pues bien; toma esa llave, abre el último cajón de mi cómoda y en él hallarás una cajita de nácar envuelta en un pañuelo de seda; cógela y traémela.

Inés entró en la habitación inmediata, y un momento después salía, trayendo en sus manos el encargo de su madre. Esta tomó la hermosa caja, y sacando de ella una cadena de plata de la cual colgaba un preciosísimo crucifijo de oro puro, se la presentó á su hija diciendo:

—Esta es la joya de más precio que he poseído en mi vida: me la dió mi amorosa madre, en un día tan triste como éste, el día que murió y nos separamos para siempre; pero al dárme la me dijo: "Guarda, hija mía, con toda fidelidad este recuerdo de tu pobre madre; y si (como he señalado) Dios te concede alguna hija destinada á reinar en el coro de las vírgenes puras, dáse la á ella en nombre de tu madre el día que de tí se aparte, como yo te la doy en este día que la muerte pondrá entre las dos un muro de perpetua separación. Guarda, pues, esta joya, hija de mi alma, llévala siempre contigo, y cada vez que la mires, acuérdate de los amorosos designios de Dios sobre tí manifestados mucho antes que al mundo vinieras.

Dña. Fernanda besó por última vez el devoto crucifijo, lo colgó al cuello de su hija, y las dos anegadas en llanto permanecieron abrazadas y como mudas un buen rato.

—Otra cosa me falta, mamá, para ir completamente satisfecha al claustro, — le dijo Inés á su madre después de aquellos solemnes momentos.

—¿Qué te falta, Inés mía?

—Su santa bendición y la de papá; no me quiero ir sin ella.

—Bueno, lo dejaremos para la tarde, porque si lo llamo ahora, no va á co-

mer de pena. ¡Pobre padre! ¡Cuánto nos cuesta tu separación, hija del alma!

La comida de aquel día no fué del todo triste, porque la amenizaron con sus chistes muchos convidados de la familia, que con la condesa de Valdelirios y otras amigas fueron invitados para acompañar á Inés en su toma de hábito; mas sus padres y ella comieron poco y sin apetito, por que la pena rebozaba en su interior. Terminado aquel acto, hija y madre volvieron á las habitaciones interiores para ocultar sus lágrimas á las miradas de los convidados. Agustín temía y deseaba la hora de la despedida; la temía por lo dolorosa, y la deseaba para beber cuanto antes aquel amargo cáliz y desahogar con el llanto su corazón oprimido por el peso del dolor. En esto pensaba el buen hombre, fumando con los circunstante, cuando llegó una criada lloriqueando, diciéndole que la señorita deseaba hablarle antes que saliera de casa, y le rogaba que fuera á sus habitaciones, donde le estaban esperando.

Agustín se puso en camino y se volvió otras dos veces antes de llegar, temiendo que el corazón se le partiera de pena.

Cuando llegó á la puerta se adelantó su esposa, diciéndole:

—Ha llegado la hora del sacrificio, y

és preciso que no neguemos á nuestra hija el último consuelo que nos pide.

—¿Y qué quieres ahora?—preguntó á Inés sin atreverse á mirarla por no romper el llanto.

—Papá, que me permita usted abrazarlo por última vez. Un sollozo se escapó del pecho de Agustín, y su hija se arrojó sobre su cuello, exclamando en el tono más alto del amor filial:

—Padre mi alma! Mucho le debo por la buena educación que me ha dado, por la licencia que da deirme religiosa, y sobre todo por el grande é inmerecido amor que usted me profesa. Una cosa le pido: que ame usted á Dios desde hoy como ha amado á esta indigna hija suya; á El traslado todos los derechos que tengo al amor de usted.

—Inés!—le contestó le padre.—Inés, ¿y no te veré más atravesando estos salones con ese aire modesto que te envidian hasta los ángeles? ¡Rosa encantadora! ¿te buscaré en vano por los jardines de mi casa y por la huerta de mi quinta? ¡Inés! ¿y no giré nunca más resonar tu dulce voz, que tanto alegraba mi alma, cuando te oía cantar angélicas plegarias? ¿Y no me presentarás más con tu sonrisa de cielo, el bordado de tus manos y la primera flor que daban tus macetas? ¿Y veré cubiertos de polvo los enseres de tu cuarto, y colgados de

la percha los vestidos que te adornaban sin morir de pena? ¿Y no te contemplaré más sentada á mi lado, siendo el embeleso de tu padre? ¡Ay, hija mía! Yo había contado con tu amor para que recogieras mi postrer suspiro, y ahora el lecho en que moriré estará solitario y sombrío porque no lo rodeará el ángel de mi casa. Yo contaba con tu cariño para que cerraras mis ojos, y ahora moriré y sin poderte bendecir cuando salga de esta vida.

—Bendígame desde ahora para entonces, padre querido, y por la pena que le causo y por todos los disgustos que en mi vida le he dado, postrada á sus plantas le pido que me perdone.

—Levántate, Inés, y no me acabes de matar; ¿qué te he de perdonar, si en toda tu vida no has hecho más que buscar el modo y manera de contentarme?

—Pues á lo menos deme usted su bendición, ya que no podré recibirla de su mano en la última hora.

—Aquel Dios que te crió para sí, y para sí te eligió, te bendiga; y ya que desprecias las bendiciones de la tierra, yo pido á Dios que derrame sobre tí las bendiciones del cielo, llenándote de felicidad, de dicha, de santidad y de gloria.

—Ahora usted, mamá,—dijo Inés volviéndose á doña Fernanda,—y ésta añadió llorando:

—La Santísima Trinidad te bendiga; el Padre te mire como hija amada; el Hijo como á esposa querida; el Espíritu Santo como á su tabernáculo y morada, y la Virgen María te proteja y cubra siempre con el manto de su pureza santa. Una cosa te encargo: que no te olvides ningún día en tus oraciones de pedir por tu casa, ni de rogar por tus afligidos padres.

—Yo le prometo, mamá, que si el Señor escucha piadoso las oraciones de esta su indigna sierva, llenará esta casa de celestiales dones, y á ustedes de consuelos inefables. No seré tan ingrata que me olvide nunca de unos padres á quienes debo mi vida y mi felicidad.

—Otro encargo te hago yo—añadió Agustín levantando á su hija del suelo; —que le pidas á Dios que me halle bien dispuesto cuando venga á pedirme cuenta de mi vida; y que cuando recibas la triste nueva de que tu padre ha muerto, ruegues á Dios por mí con todo fervor, y le ofrezcas por mis pecados tus penitencias y oraciones, que se elevarán al cielo como el humo del incienso para atraer sobre mi alma las divinas misericordias.

Inés no se atrevió a pronunciar más palabra, temiendo que á su madre le cogiera un desmayo y no pudiera acompañarla hasta el convento. Enjugóse el

llanto, y suplicó á sus padres que se prepararan para marchar, pues la hora estaba encima.

En la puerta de la calle esperaba un coche engalanado la llegada de Inés: era el de la condesa, que por medio de su hija quiso hacer con Inés la veces de madrina. Apenas bajó la familia, ocuparon el coche Inés y Concepción, doña Fernanda y la condesa; los demás convidados se dirigieron á pie hacia la calle de Santa Clara, mientras que el coche de Inés, seguido de los de otras amigas que le hacían la corte, daba una vuelta por los puntos más céntricos de la ciudad, terminándola en la puerta del convento de María Reparadora.

La ceremonia de la toma de hábito, precedida de una solemne renuncia del mundo y sus vanidades, de sus halagüeñas esperanzas y seductores encantos, fué tiernísima, patética é imponente. Inés se despojó de sus costosas galas y vistió su cuerpo con una túnica blanca, símbolo precioso de la inocencia; la ciñó á su talle con una hermosa cuerda, emblema de la mortificación con que había de cercar su pureza para guardarla de todo peligro, como se guarda el lirio rodeado de espinas para que no le ajen los animales del campo; colocó sobre ellos el largo escapulario, que como escudo inexpugnable había de defe-

derla de los del enemigo; puso sobre sus sienas el cándido velo que la consagraba virgen del Señor, esposa del Cordero immaculado; y después la cubrieron con un regio manto, blanco con franjas celestes, en señal del místico ó inefable desposorio que acababa de efectuar con Jesucristo, rey la gloria; manto que deslumbraba la vista con el vivo azulado de sus festones, y que era para Inés un perpetuo memorial que le recordaba á cada paso su elevación al rango sublime de esposa de Cristo, y que le hacía considerarse como hija de aquella Madre excelsa que, sin dejar de ser Virgen, tuvo por Hijo al mismo Dios humanado.

Vestida ya de Reparadora, Inés, que había trocado su nombre por el de María de . . . pidió á la Prelada que la primera hora que iba á estar en el convento se la dejara pasar á los pies de Jesús Sacramentado, dándole gracias por el beneficio recibido. La Superiora se lo concedió, y la familia tuvo que retirarse persuadida de que Inés no dejaría por ellos la adorable presencia de su Dios.

De buen grado nos detendríamos aquí á narrar la vida de Inés durante el noviciado, y sus trasportes de júbilo santo al verse ya contada en el coro de las vírgenes, y sus éxtasis de amor divino

y su mortificación asombrosa, y las heroicas virtudes que practicó en su nuevo estado; pero renunciarnos á ello porque es empresa arriesgada escribir la vida de una santa mientras vive sobre la tierra. Dejémosla, pues, en el claustro, gozando las delicias de la soledad, y apresuremos el paso para llegar cuanto antes fin de nuestra obra.



CAPITULO XXIV

Desenlace.

PASARON algunos años, sobre los cuales nos aconseja la prudencia correr un tupido velo. El otoño pasaba de largo, cubriendo al mundo con un tinte suave de tristeza, propiedad de todo bien que acaba y de toda ventura y placer que desaparece: las flores se marchitaban, los árboles se cubrían de palidez, sus hojas caían al suelo arremolinadas por el viento; la luz del sol se debilitaba; las nubes del invierno volvían á enseñorearse del horizonte, y las almas sensibles experimentaban un sentimiento de melancolía al ver pintado en la naturaleza la imagen de su vida. Pasa la juventud rápidamente, huyen los encantos con los días de la mocedad; sécanse las ilusiones cual si fueran flores de la imaginación; se debilita la inteligencia; pierde su brillo la memoria, y lentamente se apodera de la vida el frío de la ancianidad, cubriendo de ca-

nas nuestras cabezas, como cubre el invierno de blanca nieve la cima de los montes.

Estas secretas analogías de la naturaleza con la vida humana las percibe el alma contemplando las obras de Dios, y desaparecen á sus ojos cuando contempla las obras del hombre. Por eso las experimenta el campesino en su pajiza choza, y no las siente el magnate bajo los dorados techos de su artístico palacio; por eso las percibe el hombre fuera de los poblados y las pierde de vista al entrar en ciudades populosas.

Así reflexionaba consigo mismo un modesto religioso que acababa de desembarcar en el puerto de Barcelona y atravesaba muy temprano las solitarias calles de la ciudad condal, que se llenaban de gente cuando desaparecía el frío de la mañana, intenso por demás en aquellos últimos días de Noviembre. Vestía el humilde y austero hábito de los hijos de San Francisco, ceñido á sus lomos por una blanca cuerda: tenía bastante crecida la barba, y tan rubia que parecía de hilos de oro. Con su aire modesto y sus ojos bajos pasaba sin fijarse por delante de las maravillas que encierra la capital del principado como un hombre que tiene arraigado en su corazón el desprecio á lo terreno.

Entró en la calle de Gerona, y al lle-

gar al punto en donde desemboca la de Caspe, quedóse parado ante una iglesia de severa y elegante arquitectura, musitando:—Esta debe ser.—Entró y halló expuesto el Santísimo, y delante de El, tras la hermosa verja que separa la clausura del resto del templo, á cuatro religiosas reparadoras, haciendo la guardia de honor á Jesús Sacramentado. Hizo una breve pero fervorosa oración y se dirigió al torno, donde llamó á la madre Superiora. Lo que habló con ella no importa saberlo.

Cinco minutos después se abrían las puertas del recibidor, donde esperaban de pie y con ansiedad dos religiosas, con las cuales entabló este diálogo:

—La paz de Dios y el amor de su divino Hijo reine en vuestros corazones.

—Y también en el de V. R., buen Padre.

—¿Me conoces?

—Yo sólo para servirle, dijo una.

—Y yo temo equivocarme,—dijo la otra temblando.—¿De dónde viene V. R.?

—De Francia.

—¿De dónde es natural?

—De Andalucía.

—¿Conoció allí V. R.?

—Conocí á la Amante de la Virgindad.

—¡José! ¡José! ¡Qué dicha!

—¡Inés! ¡Inés! Vengo á cumplirte la palabra que te dí de vernos una vez en la tierra antes de marcharme al cielo.

—¿Y vas ahora á visitar la familia?

—¡No! Voy á las misiones de la Océania, donde espero conseguir la palma del martirio.

—¿Tan lejos, hermano mío?

—Sí; Dios me manda iluminar aquellas pobres almas con la luz de la fe, y enseñarles á amar la celestial gloria, y á darles á conocer á nuestro amantísimo Salvador, que no conocen todavía. En esta grande empresa necesito el auxilio de tus oraciones y he venido á pedirte.

—Cuenta siempre con mis oraciones y con mis lágrimas.

—Mucho te debo, hermanita mía, y espero deberte la conquista de muchas almas para Dios. Ten siempre presente que Dios nos ha destinado á vivir eternamente ¡juntos en la mansión de los conciertos inefables, allá en el coro de las vírgenes sin mancha; y cuando te venga la grata nueva de mi muerte, dirige tus plegarias al cielo para que Dios me saque pronto de la mansión donde se purifican las almas de los difuntos que mueren en su gracia.

—¿Y tardarás mucho en marcharte?

—Hoy mismo, después del medio día, se pone el vapor en marcha.

— ¡Oh, cuánto te agradezco esta última visita! ella mantendrá vivo en mi corazón el puro y santo afecto que desde niños nos hemos profesado. ¡Qué dicha la de las almas que se aman en Dios, por Dios y para Dios! Si no es imprudencia mía, recibe este escapulario, bordado por mi mano.

— Toma tú, en cambio, este rosario que para tí he venido haciendo por el camino; y no perdamos tiempo, que me queda muy poco, y quiero hacer en tu compañía una hora de oración delante de Jesús Sacramentado.

Isés y José se cambiaron aquellas prendas que habían de servirles de perpetuo y último recuerdo; ella marchó á relevar á la hermana que estaba haciendo la corte á la Divina Majestad, y él se encaminó á la iglesia y se arrodilló tocando á la reja. Empezaron su oración, que fué profunda y deliciosa, como la oración de los justos; parecían dos ángeles del cielo ó dos santos de la tierra; y cualquiera que los hubiera visto, creería que se habían renovado aquellos tiempos venturosos en que San Francisco y Santa Clara oraban en un mismo altar, ó aquellos días memorables en que San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús caminaban juntos por las ciudades de España.

Los "Amantes de la virginidad" ora-

ban juntos por última vez: él con el rostro encendido; ella absorta y como extasiada. Llegó á tanto su profundo recogimiento, que no sintió la salida de José, y cuando después de dos horas volvió en sí y lo buscó con la vista, él se hallaba ya en el vapor que había de alejarlo para siempre de la tierra que le vió nacer. Una hora más tarde la soberbia nave zarpaba con ruidito hacia Manila. El P. José, pues así debemos llamarle, contemplaba desde la popa las alturas del Montjuit, y cuando las perdió de vista despidióse para siempre de su amada patria.

Cruzando mares embravecidos, golfos y estrechos peligrosos, íbase internando el vapor por las costas africanas, y después por las de Asia, y luego por los dilatados mares de Oceanía. Llegó, por fin, á Manila, y allí embarcóse de nuevo el P. José con dirección á las islas Carolinas, y se estableció en el Archipiélago de Truso, célebre por la ferocidad de sus habitantes. Echó en aquellas remotas islas los fundamentos de su misión, llevando una vida verdaderamente apostólica. Convirtió en poco tiempo la tribu de matadones, y de ella hizo una cristiandad floreciente.

No contento con esto, abandonó una tarde la misión para internarse en las selvas, buscando almas para Dios; lle-

vaba su breviario en una mano y en la otra una gran cruz que de báculo le servía, y llegó hasta el río que sirve de frontera á la tribu de Matahones. Pasaron tres días sin que el P. José volviera á su residencia. Temiéndose un desastre, salieron en su busca dos hermanos, y después de un día de camino lo hallaron tendido debajo de un árbol, el pecho, atravesado por las flechas del salvaje, con la cruz sobre sus labios y el breviario sobre el pecho, abierto por la misma página en que comenzaba el oficio de difuntos.

Los hermanos derramaron una lágrima de dolor, besaron aquellos pies encallecidos por los caminos que anduvieron en las predicaciones evangélicas, y de repente, iluminados con luz de lo alto, deponen todo sentimiento, celebran sus exequias con un *Te Deum* y escriben su nombre en el catálogo de los mártires de la Orden. Cogen el cuerpo del mártir, y lo sepultan con toda reverencia al pie de un árbol gigantesco, en cuyo tronco grabaron la señal de la cruz y debajo de ella el siguiente epitafio.

"Aquí yace el Amante de la Virgindad, R. P. José de Valdelirios, conde del mismo título en España, y primer mártir de estas misiones católicas."

Rodearon después su sepultura de plantas aromáticas, y al cabo de pocos

meses se observó el extraño fenómeno de que un blanco lirio, flor impropia de aquel ardoroso clima, había nacido sobre el sepulcro. Escarbaron á ver de dónde procedía su raíz y hallaron con asombro que nacía del corazón del P. José. No es extraño que la flor, símbolo de la pureza, hubiera nacido de un corazón virgen y *Amante de la Virgindad*. Así terminó su gloriosa carrera aquel noble hijo de Andalucía.

Inés supo por revelación todo cuanto pasó á José, y dando gracias al cielo, ambicionó para sí la misma dicha; pero sobre todo la dicha de que se pudiera grabar en la piedra de su sepulcro este singular y rarísimo elogio:

Aquí yace otro Lirio de Pureza.

— ¿Y qué ha sido de los otros personajes de nuestra historia? La Condesa y doña Fernanda murieron con la muerte de los justos.

Concepción y Jacinto contrajeron matrimonio, y han propagado la noble descendencia de los condes de Valdelirios, que estuvo á punto de perecer con la muerte del P. José.

Carmen se ha conservado soltera y vive contenta en su casa, siendo el consuelo de Agustín y el báculo de su vejez.

Fernandín sigue la carrera eclesiástica; pronto será Sacerdote, y ofrecerá á Dios el sacrificio incruento por el alma

de su madre, según me ha dicho él mismo.

Inés brilla hoy por santidad en el firmamento de la Religión de María Reparadora, como una estrella de primera magnitud, y quizás otra pluma más bien cortada que la mía, tenga que ocuparse en escribir su santa vida.

Yo me contento, lector amado, con haber presentado á tus ojos los tropezones que dió en su camino para que sepas evitarlos; los lazos que el mundo y el demonio le armaron, para que á imitación suya sepas librarte de ellos; y la lucha que sostuvo contra todos los enemigos de su vocación, de los cuales triunfó completamente por un milagro de la gracia: y espero que esos ejemplos te serán provechosos, si Dios por su divina misericordia te llama al estado religioso.

Una cosa te encargo, antes de terminar, á ti que esto lees; que si eres madre de familia, seas tan buena como la Condesa y doña Fernanda; si eres doncella, que seas tan modesta y recatada como Inés y Concepción; si eres doncel, que seas tan honrado y virtuoso como Jacinto y José; y si eres Padre, que ni por miras interesadas, ni por amor mal entendido, quites á tus hijos la vocación religiosa, si por dicha suya recibieron del cielo tan sublime don.



APENDICE

COMO decíamos en la advertencia preliminar, cuando salió este libro á luz por vez primera, llevaba un prólogo hartó largo, en el que se declaraba el plan de la obra y los motivos que hubo para escribirla. Ambas cosas, aunque escritas para obviar los reparos que sobre el libro pudieran hacerse, descubrían demasiado el velo desde un principio, quitándole interés á la narración.

Por esta causa se omitió en su lugar y lo ponemos aquí ahora, no como prólogo, sino como apéndice, para que mejor se conozca la mente del autor y su previa defensa á los reparos y objeciones que se le puedan hacer. Dicho prólogo, escrito con chispa y soltura, decía así:

“Has de saber, lector piadoso, que en las misiones que predico con frecuencia y en las muchas horas de confesonario que tengo cada semana, y á veces cada día, he averiguado, como

dos y dos son cuatro, que gran parte de la impiedad y de la corrupción de costumbres que hoy vemos y lloramos, no tiene otra causa que la maldita lectura de novelas amatorias é impías, donde se pinta el vicio con toda su desnudez asquerosa, ó se escarnecen las cosas más santas de nuestra adorable Religión, ó se da por licita la satisfacción de las más viles pasiones, ó se hace á un mismo tiempo todo eso y mucho más. Viendo, pues, que ese torrente desmoralizador hace grandes estragos en el campo católico, sentí pena en mi alma, y quise poner una piedra en el gran dique que los buenos escritores están levantando frente á ese torrente desbordado para detener sus impuras y venenosas aguas; y esta piedra, llamémosla así, es la presente historia.

Y la llamo historia y no novela, porque los personajes que en ella figuran no son hijos de una imaginación delirante, cual los de las novelas románticas, sino personas de carne y hueso como tú y yo, sin otra mudanza que la de nombre; y además, porque los hechos que refiero no son ficticios, sino reales, y algunos de ellos se han verificado en los mismos lugares que nombro. Esto me obligó á seguir un rumbo opuesto al de los novelistas cursis y adocenados, tomandome un camino contrario al de ellos,

puesto que pretendo ir al polo opuesto; y lo hice con tanto mayor gusto, cuanto lo es el placer que á veces experimento en hacer la contra á quien se lo merece. Así es que cuando comencé á escribirla me calé el capucho y dije para mí: "¿Los novelistas de tres al cuarto van por el camino del infierno? Pues yo tomaré el del cielo. ¿Ellos procuran quitar almas á Dios? Yo procuraré dárselas. ¿Ellos acaban su tarea por un suicidio ó un casamiento? Pues yo terminaré la mía por lo más opuesto que se conozca en el mundo al casamiento y al crimen. ¿Ellos pintan con los negros colores de la mentira y la calumnia, al "sacerdote avaro," al "religioso hipócrita," á la "monja fanática," que arrebatan á los hijos y á las hijas del lado de sus padres para encerrarlas en un convento y heredar después su riqueza? Pues yo pintaré con los colores de la verdad á esos seres aborrecidos del mundo impío, dejándolos en el lugar que les corresponde; y haré ver la insensatez, el egoísmo y la impiedad de los padres que preciándose de católicos, se oponen á que sus hijos escuchen la voz de Dios y correspondan á la gracia extraordinaria de la vocación religiosa.

"¡Vocación religiosa!" En el diccionario católico, significa esta palabra un llamamiento divino, que encierra uno

de los misterios más profundos de la humanidad. Cada cristiano tiene la suya propia, y ya sea ordinaria ó extraordinaria, ya le deje en el mundo ó le lleve al claustro, es preciso de todo punto seguirla, porque de ella depende nuestra felicidad ó desgracia, nuestro porvenir temporal y eterno. Por desgracia, los padres olvidan con demasiada frecuencia esta gran verdad; olvidan que respecto de sus hijos no son más que lugartenientes ó auxiliares de Dios, y que por lo tanto, su deber es dirigir y probar la vocación de los mismos, y fomentarla si es necesario, pero jamás combatirla, si no quieren hacerse reos ante el tribunal divino. Y este crimen horrible lo cometen muchos padres y muchas madres, que desconociendo ó despreciando los principios generales que gobiernan el mundo, contrarian la vocación de sus hijos é hijas, cuando no responde á sus cálculos egoistas ó á sus miras ambiciosas. Cuántos y cuántas, por esta causa han perdido la vocación, y como árboles en el desierto, se han secado en el mundo sin dar flores ni frutos, mientras que trasplantados al jardín del claustro hubieran dado flores de virtud y frutos de vida eterna.

Pues si tú, que esto lees, sientes en tu pecho esa inspiración divina ó esa voz del cielo que se llama vocación, ruégote

que sigas leyendo hasta el fin, porque para tí expresamente se escribió este librito. En él verás una vocación fuertemente combatida, pero al fin triunfante por un milagro de la gracia; verás los lazos que el mundo y el demonio tienden á las almas escogidas, para que sepas librarte de ellos; verás los tropezones que en su camino dió un alma llamada por Dios al claustro, para que tú sepas evitarlos; verás, en fin, empuñando palma de victoria y corona de triunfo á dos jóvenes, que por haberse amado como se aman los ángeles del cielo, merecieron llamarse "Lirios del valle ó amantes de la virginidad," que con este doble nombre los distingue la historia.

Y no vayas á creer por esto que el presente libro no es más que una novela mística, porque más que eso, es una novela de combate, en la que asestos sendos palos á cuantos malandrines encuentro al paso, ya representen el tipo del católico á medias, ya del impío descarado, ya del error vergonzante y solapado ó bien del vicio disfrazado con traje de virtud y de costumbres laudables. Ni me objetes, lector discreto, que es impropio de mi austero ministerio el ponerme á escribir novelas, porque te diré que la escribí en ratos perdidos y por vía de recreo, mientras descansaba de las tareas de un estudio serio ó de las

fatigas de la cátedra. Ni alegues en tu favor que muchos tienen por superficial al ministro de Dios que en tales cosas se ocupa, porque los que así hablan, tendrán que convenir conmigo en que las novelas han llegado á ser en nuestros tiempos un arma poderosa de combate. Es verdad que se ha escrito mucho en pro y en contra de ellas, y es innegable que son inmensos los estragos que han producido en la sociedad, corrompiendo las costumbres, extraviando las inteligencias y pervirtiendo los corazones, pero debemos confesar que el mal no está en las novelas, sino en el abuso que han hecho de ellas los escritorzuelos impíos y de baja ralea. Las armas son buenas en sí mismas, porque se hicieron para emplearlas en la defensa de buenas causas; el mal no está en que cuatro malvados abusen de ellas, empleándolas en tiranizar al débil ó en quitar cobardemente la vida al pobre indefenso. Otro tanto sucede con las novelas.

Y lo que me admira en este punto, es que siendo ellas, como son, armas de combate, no hayan hecho más uso de ellas los defensores de la fe y de la verdad, esgrimiéndolas contra el enemigo, que en ese terreno nos hace la más cruda guerra. Por eso no tengo por superficial, sino por conocedor profundo del corazón humano y por digno del aplau-

so de todos los buenos, al ministro de Cristo que maneja tales armas en defensa de la religión, ridiculizando los vicios, ensalzando las virtudes, moralizando á los pueblos, recreando los ánimos, cazando almas para Dios con el cebo novelesco que tanto agrada á la juventud liviana, y convirtiendo en tribuna católica ó en púlpito de misionero, las páginas de una novela, que han venido siendo por mucho tiempo cátedras de pestilencia y focos de corrupción. El mal no se destruye sino con la abundancia del bien, y ese grande mal que han causado y están causando las novelas obscenas é inmorales, no se puede disminuir sino con la abundancia de novelitas morales en que campee la belleza literaria sin la fealdad del vicio.

Y sin más ni más te dejo ya, lector piadoso y discreto, y si no eres piadoso ni discreto, peor para tí; pero sea lo que fueres, te dejo el libro en las manos con libertad para que lo leas si te gusta, ó lo sueltes si te desagradan, pues de lo uno y de lo otro se le dan tres caminos al

Hijo de mi Padre.



INDICE

	Págs.
Advertencia preliminar.....	5
Prólogo.....	6
Capítulo I. Machacar en hierro frío.....	7
" II. ¿Quién era ella?.....	17
" III. Que dice quién era él, con otras cosas necesarias para la buen inteligencia de esta historia.....	25
" IV. La prisión: Cuadro de costumbres andaluzas.....	32
" V. El Loreto.....	40
" VI. Que explica cómo se dió el asalto y se ganó con él un poco de terreno, que luego se perdió otra vez.....	48

INDICE

261

	Págs.
Capítulo VII. Que refiere cómo volvió á ganarse hoy lo que ayer se perdió.....	56
" VIII. El cual trata de lo que verá el curioso que lo lea.....	65
" IX. La Noche buena: Episodio interesante.....	78
" X. La tentación vencida.....	91
" XI. En el cual el autor calló de intento la materia de que trata.....	103
" XII. De cómo á Inés se le fué apagando la luz, y poquito á poco se quedó á obscuras.....	115
" XIII. De cómo Inés, habiéndose quedado á obscuras, comenzó á tropezar.....	124

	Págs.
Capítulo XIV. De cómo lués, al tercer ó más trope- zón, vino á caer donde no quería.....	127
„ XV. Un sueño y una realidad.. . . .	149
„ XVI. Aclaraciones y cabos sueltos.	161
„ XVII. El se despide de ella y ella del mundo.	171
„ XVIII. De cómo se es- condió José donde nadie lo pudo hallar..	181
„ XIX. Ocupaciones de los dos.	193
„ XX. Quejas y prue- bas	203
„ XXI. Escenas de fa- milia.	215
„ XXII. Victoria de Inés: elige el insti- tuto de María Reparadora ..	225
„ XXIII. La despedida. .	234
„ XXIV. Desenlace.....	244
Apéndice.....	253

OBRAS DE VENTA

DE LA

Casa Editorial Herrero Hnos.

10--CALLEJON DE SANTA CLARA--10

MEXICO

Devoto amante de Jesucristo (El), ocupado en desagrarle y rendirle afectuosos obsequios y adoraciones á su dulcísimo corazón, ó sea colección escogida de sagrados ejercicios con que el piadoso cristiano fomenta en su alma la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, dispuesta por un indigno esclavo suyo. Tercera edición, aumentada con el "Día feliz" en su obsequio. Tela flexible \$ 0 60

Breves ejercicios para honrar durante treinta días al *Sagrado Corazón de Jesús*. Segunda edición, aumentada con la Santa Misa, Sagrada Comunión y un método sencillo para la oración mental. Tela flexible. \$ 0 50

Sagrada Comunión es mi vida (La), ó cánticos de amor del alma fervorosa, cuyas delicias se cifran en la Sagrada Comunión, por Humberto Lebón, nueva edición traducida de la 31 francesa. Tela y planchas. \$ 0 60

Manuale subdiaconorum et diaconorum circa Breviarii Romani recitationi et functionum suarum exercitium, etc., redactum A. P. Anastasio García, A. Sanctissimo J. Nomine Scholarum Piarum. Superioribus aprobantibus. Precioso libro que, en 300 páginas, reúne cuantas rúbricas el Subdiácono y el Diácono deben saber en el desempeño de su ministerio, tanto público como privado. Tela flexible \$ 0 60

**Parvum Cæremoniale in Sacrosanto Mis-
sæe sacrificio celebrando juxta Ritum Roma-
num cui accedunt nonnullæ aliæ, rubricæ con-
cessionibus, benedictionis et aliâ scitu digna,
coordinatum A. P. Anastasio García Schola-
rum Piarum. Editio 3^a melius digesta et no-
tabiliter aucta. Superioribus aprobantibus.
Tela flexible \$ 0 60**

**Sacro trimestre, ó sean Marzo, Mayo y
Junio, consagrados respectivamente á San Jo-
sé, á la Santísima Virgen y al Sacratísimo Co-
razón de Jesús, escritos en francés por el au-
tor de las Arenas de Oro. Segunda edición no-
tablemente mejorada. Tela y planchas \$ 0 50**

**Vida ó la muerte ó la primera Comunión
(La), lecciones y ejercicios devotos para dispo-
nerse á recibir la Sagrada Eucaristía, prece-
didos de una instrucción relativa al Sacramen-
to de la Penitencia: obra utilísima para los
niños que comulgan por la primera vez y para
toda clase de personas, por el doctor D. Fran-
cisco J. Miranda, prebendado electo de la Ca-
tedral de Puebla. Tercera edición notablen-
te corregida. Tela y planchas \$ 0 50**

**Maná del sacerdote ó colección de oracio-
nes, exámenes, meditaciones y suaves indus-
trias, no menos abundantes que oportunas pa-
ra la santificación del alma, con preces y ben-
diciones casi indispensables al eclesiástico, por
el R. P. D. José Mach. Tela y planchas \$ 0 50**

**Ramillete espiritual de los devotos imitado-
res de Nuestro Padre San Francisco. Manual
completo de piedad, por el P. José Calasanz
de Levaneras, capuchino. Un tomo en 8.º en-
cuadernado en tela y planchas \$ 1 00**

UNIVERSIDAD

ANIL

UNIV

DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS





DE NUEVO
BIBLIOTECA

